

lo que genera

# REVISTA DE CRITICA CULTURAL

JUNIO 2005 Nº 31 \$ 4.000

CeDinci



## la Crítica

revistas literarias, académicas y culturales

## área de artes visuales PROGRAMACIÓN 2005

Jornada de debate "Bienales y Curatoría"

31 de Marzo

Día Nacional de las Artes Visuales

13 de Mayo

Los Comics Flamencos Actuales,  
muestra de 22 artistas Belgas.  
Sala el Farol de la Universidad de  
Valparaíso.

11 al 30 de Junio.

Taller de habilitación y administración  
de espacios de exhibición. Valparaíso.

14 al 17 de noviembre



CONSEJO NACIONAL  
DE LA CULTURA Y LAS ARTES

PROYECTO  
SISMO  
POR LA CULTURA Y LAS ARTES

Galería de Arte gtm  
Gabriela Mistral

Acción de Gracia Barrios de APECH. Foto Carlos Arroyo

Galería Gabriela Mistral

**Fulbelt: archivo plataforma** / Patricio Vogel  
30 marzo - 14 mayo

**Eco sistema** / Bernardo Oyarzún  
26 mayo - 2 julio

**Nada es grave** / Pablo Núñez G.  
14 julio - 20 agosto  
Encuentro con el artista, martes 23  
agosto, 19 hrs.

**Exposición regional**  
Curadores: Alberto Madrid (Valparaíso),  
Loreto Pérez (Talca), Simonetta Rossi  
(Concepción)  
1 septiembre - 8 octubre  
Encuentro, martes 27 septiembre, 19 hrs.

Exposición de **Francisco Brugnoli**  
20 octubre - 3 diciembre  
Encuentro con el artista, martes 6  
diciembre, 19 hrs.

**Palestina** / Claudia Aravena  
15 diciembre - 21 enero  
Encuentro con la artista, martes 10 enero  
2006, 19 hrs.

Programa de itinerancia  
SISMO, Chile se mueve con arte

**Galería de Arte Universidad Católica de Temuco**  
Colección de Arte Contemporáneo del Consejo  
Nacional de la Cultura y las Artes  
Debates Estéticos  
Septiembre

**Galería de Arte Contemporáneo,  
Universidad de Talca**  
**Fulbelt: archivo plataforma** / Patricio Vogel  
29 septiembre - 5 noviembre  
Encuentro con el artista, martes 29 septiembre, 19 hrs.  
**Eco sistema** / Bernardo Oyarzún  
10 noviembre - 31 diciembre  
Encuentro con el artista, martes 10 noviembre, 19 hrs.

Día de las Artes Visuales. Foto de B. Di

REVISTA LATINOAMERICANA  
DE CIENCIAS SOCIALES

Debate  
(A la memoria de Norbert Lechner y Enzo Faletto)

[4]

SOLEDAD BIANCHI

Por las ramas de *Araucaria de Chile*

[14]

JORGE MONTEALEGRE

Algunas notas (autocomplacientes y hasta nostálgicas) sobre *La Castaña*

[16]

BRUNO BOSTEELS

Literatura, Economía, Política (fragmentos)

[18]

REVISTA CAL

Dos respuestas a algunas preguntas sobre la crítica literaria en Chile  
(Martín Cerda y Cristián Huneus)

[24]

ENRIQUE LIHN

*Artes y Letras* mercuriales, un suplemento del anacronismo

[26]

REVISTA NÚMERO QUEBRADO

Editoriales

[28]

MIGUEL DALMARONI

Dictaduras, memoria y modos de narrar: *Punto de Vista*, *Confines*,  
*Revista de Crítica Cultural*, *H.I.J.O.S.*

[30]

REVISTA PUNTO DE VISTA

Editoriales

[40]

NICOLÁS CASULLO

Inactualidad, fin de fiesta (*Pensamiento de los Confines*)

[44]

REVISTA EL OJO MOCHO

Editorial

[46]

REVISTA LO

Editorial

[50]

MARÍA DE LA LUZ HURTADO

*Apuntes*, estrategias críticas y para la memoria

[51]

LUIS E. CÁRCAMO-HUECHANTE

Ciudad poética en la transición chilena (*Piel de Leopardo*)

[52]

MILTON AGUILAR, SERGIO PARRA

Apuntes sobre *Matadero*

[59]

FEDERICO GALENDE

Esa extraña pasión nuestra por huir de la crítica (*Extremoccidente*)

[60]

SANDRA LORENZANO

Algunas notas sobre *Debate Feminista*

[64]

Imagen portada: *Ejercicio N° 2*. Colectivo P/a (Marisol Frugone, Catalina Gelcich y Carolina Hernández). Galería Metropolitana, Septiembre 2001

Directora: NELLY RICHARD

Consejo Consultivo: DIAMELA ELTIT / FEDERICO GALENDE  
CARLOS PÉREZ W. / CARLOS OSSA / WILLY THAYER

Casilla 50736, Correo Central, Santiago de Chile  
[www.revista-de-critica-cultural.cl](http://www.revista-de-critica-cultural.cl)

Distribución, publicidad y suscripciones:

ANA MARÍA SARVEDRA / LUIS ALARCÓN  
Fono / Fax: (56-2) 563 0506  
E-mail: [revista@entelchile.net](mailto:revista@entelchile.net)



CENTRO CULTURAL  
PALACIO  
LA MONEDA

Diseño Gráfico: ROSANA ESPINO

Imprenta Salesianos

CENTRO DE  
DOCUMENTACIÓN  
DE LAS ARTES

C  
Fonds

Prince Claus Fund for  
Culture and Development

Hoge Nieuwstraat 30  
3514 EL Den Haag  
The Netherlands

tel. +31 70 427 4203  
fax. +31 70 427 4277  
[info@princeclausfund.nl](mailto:info@princeclausfund.nl)  
[www.princeclausfund.nl](http://www.princeclausfund.nl)

The Prince Claus Fund stimulates  
and supports activities in the field  
of culture and development by  
granting awards, funding and  
producing publications and by  
financing and promoting networks  
and innovative cultural activities.  
Support is given both to persons  
and to organisations in African,  
Asian, Latin American and  
Caribbean countries.

más de 1.500  
archivos disponibles

Encuestas CEP  
Catálogo en línea

www.cepnicile.cl

búsqueda / importación / despacho a domicilio

**TAKK**  
LIBROS REVISTAS

Andrés de Fuenzalida 19, Providencia  
Teléfono: 233 63 21  
www.takk.cl  
e-mail: libreria@takk.cl

# ARCIS Libros

Tres décadas después  
Lecturas sobre el derrocamiento  
de la Unidad Popular

GLOBALIZACIÓN, IDENTIDAD  
Y JUSTICIA SOCIAL

América Latina  
Análisis Histórico de  
un Golpe de Estado

Concepción y análisis  
de políticas sociales

Jean-Paul Sartre  
Fenomenología,  
crítica y dialéctica

Intervenciones

La deconstrucción y el  
retorno de lo político

UTOPIA(S) 1973-2003  
Revisar el pasado, criticar el  
presente, imaginar el futuro

Suscríbase a la  
**Comunidad de Lectores LOM**  
y reciba por un valor mensual de \$ 5.000 un libro a elección  
o por \$6.500 un libro más la Revista Rocinante

Contáctenos al E-mail [comunidaddelectores@lom.cl](mailto:comunidaddelectores@lom.cl) o al teléfono 688 52 73

Tarjeta de beneficios  
Comunidad de Lectores LOM  
Alfredo Barraza Quiroz  
12.544.862-1  
12/05/2009

15 AÑOS  
1990-2005  
democratizando el libro

Conozca todo nuestro  
catálogo en [www.lom.cl](http://www.lom.cl)

Problemáticas del Currículum  
Educativo. Hoy

las obras y sus relatos

NOMBADA

Anuario  
Ciencias Políticas

Libertad 53 Metro U.L.A./  
Mail: [publicaciones@universidadarcis.cl](mailto:publicaciones@universidadarcis.cl)/ Fono: 386 6412  
Mencionando este aviso obtendrá un 30% de descuento

A la memoria de  
Enzo Faletto y Norbert Lechner

En esta sección pretendemos estimular, tomando como punto de partida el análisis de un libro de reciente aparición, la discusión en torno a temáticas relevantes de la actualidad latinoamericana. Nuestro objetivo no es realizar una exégesis crítica de la obra, sino más bien plantear y sugerir, a partir de ella, nuevos interrogantes a la investigación. En este debate sobre el libro de Norbert Lechner, *La democracia en Chile* (Buenos Aires, Editorial Signos, 1970), participan: Luis Barros, Enzo Faletto, Joaquín Duque, Inés Reca y su propio autor, Norbert Lechner.

REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES, publicada por la Escuela Latinoamericana de Sociología, Instituto Coordinador de Investigaciones Sociales de la FLACSO| N°s 1 / 2, junio / diciembre, 1971.

#### LUIS BARROS:

El objeto de estudio del autor es el desarrollo político de Chile interpretado desde el punto de vista de lo que el autor llama un proceso de democratización. Como hipótesis de trabajo, Lechner plantea un esquema dicotómico, clase dominante versus clase oprimida que, paulatinamente y en la medida que toma conciencia de sus intereses, va convirtiéndose en clase dominada; e identifica las posiciones de control político con las posiciones de control social y económico. La dinámica del proceso radica fundamentalmente en la contradicción dominación-emancipación, entendiendo por este último término la minimización de la dominación del hombre por el hombre, que se materializa en un aumento de la participación política de las clases dominadas al interior de una estructura de dominación. De allí que, el proceso de democratización podamos definirlo en términos del aumento de la participación política de las clases dominadas al interior de una estructura de dominación. La descripción que Lechner hace del proceso de democratización para el caso chileno señala que, en su origen, es decir cuando se organizan los primeros sectores de la clase oprimida, fundamentalmente el movimiento obrero hacia la década del 20, la acción política de esta clase se caracteriza por su contenido revolucionario. Sin embargo a medida que se desarrolla este proceso de democratización, el autor señala que el resultado, en vez de ser la consolidación de la tendencia emancipadora es, por el contrario, la institucionalización del conflicto. La clase dominante es capaz de absorber, dentro de su estructura de dominación, la participación política de los sectores de la clase oprimida que se han convertido en clase dominada. Postular como resultado del proceso de democratización en Chile, la institucionalización del conflicto me parece que es el meollo de la obra de Lechner.

Para describir la participación política en el proceso de democratización, en este contexto de institucionalización del

# REVISTA LATINO AMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

## SUMARIO - JUNIO/DICIEMBRE, 1971

M. C. TAVARES y J. SERRA. Más allá del estancamiento: una discusión sobre el estilo del desarrollo reciente en Brasil .....	2	JOSE LUIS REYNA. Movilización y participación políticas: discusión de algunas hipótesis para el caso mexicano .....	146
ANIBAL QUIJANO. Cultura y dominación .....	39	SERGIO BAGU. Industrialización, sociedad y dependencia en América Latina .....	172
FERNANDO H. CARDOSO. Comentario sobre los conceptos de sobrepoblación relativa y marginalidad .....	57	AYRTON FAUSTO. La nueva situación de dependencia y el análisis sociopolítico de Theotonio dos Santos .....	198
ADAM PRZEWORSKI y FERNANDO CORTES. Per cápita o sin cápita: una recomendación para el análisis de datos agregados .....	77	OMAR ARGUELLO. Notas sobre el movimiento campesino chileno .....	212
ALDO SOLARI. Algunas paradojas del desarrollo de la educación en América Latina .....	87	RESEÑAS .....	229
MANUEL VILLA. El surgimiento de sectores sociales medios y la Revolución mexicana .....	103	DEBATE: La Democracia en Chile. Norbert Lechner .....	257
		INVESTIGACIONES .....	275

FLACSO ESCUELA LATINOAMERICANA DE SOCIOLOGÍA  
INSTITUTO COORDINADOR DE INVESTIGACIONES SOCIALES

conflicto, el autor analiza el sistema partidista, particularmente en dos momentos: primero, en 1938 analizando los partidos del Frente Popular: Radical, Socialista y Comunista, y segundo, en 1964, momento de la llamada "revolución en libertad", con el Partido Demócrata Cristiano.

En este análisis del sistema partidista y fundamentalmente de la organización e ideología de los partidos, recurre a la tipología weberiana, que distingue dos tipos ideales: por una parte, el partido del patronazgo, orientado a conquistar el poder para sus dirigentes e instalar su séquito en las posiciones de la administración pública; y, por otra, el partido ideológico, orientado hacia metas materiales concretas o hacia principios abstractos y que es instrumento para alcanzar determinadas metas políticas.

Apoyándose en estos tipos ideales, al abordar el proceso político chileno del año 38, es decir, la asunción al gobierno del Frente Popular, considera que, tanto en su tipo de organización como en su contenido ideológico, así como por la calidad de la participación política que favorecen con respecto a las clases dominadas, los Partidos Radical, Socialista y Comunista de esa época, se aproximarían al tipo ideal del partido de patronazgo.

De hecho, fundamentalmente el Partido Radical y en menor grado los Partidos Socialista y Comunista, habrían sido partidos que reúnen los elementos que caracterizan y distinguen a un partido de patronazgo: énfasis en la organización partidaria sobre la organización de clase; énfasis en la conquista de posiciones de autoridad a través de un sistema de clientela y su contrapartida cual es el abandono de una política de cambio social; por último, y desde el punto de vista de su acción, una orientación eminentemente pragmática. Esto habría llevado a que la organización de estos partidos y la forma en que ellos van traduciendo la participación política de sus representados, desembocara en un proceso de burocratización y en la implementación de un sistema de clientela. Esta situación permite que, si bien hay un aumento en la participación política, cualitativamente ésta se traduce en la aceptación de las reglas del juego institucional vigente, institucionalizándose así el conflicto.

Lechner caracteriza el periodo desde el Frente Popular hasta la llamada "Revolución en Libertad", como una permanente institucionalización del conflicto cuya característica fundamental, sería haber desplazado el conflicto de clase al ámbito parlamentario, traduciendo dicho conflicto en términos de una competencia partidista dentro de las normas institucionales. De este modo, estos partidos más que estar representando la tendencia emancipadora, estarían, de hecho, actuando como intermediarios entre la clase dominante y los sectores de la clase dominada.

Con respecto a la llamada "Revolución en Libertad", el autor caracteriza al Partido Demócrata Cristiano como un "partido ideológico". Sin embargo, al analizar el contenido de su ideología concluye que ésta tampoco pretende un cambio de la estructura de dominación. La movilización de la clase dominada que, en cierta medida, instaura el partido D.C. reafirma la institucionalización del conflicto. Así, se plantea que el orden social está subordinado a un orden moral superior, el orden cristiano, que fundamentalmente plantea la armonía entre los distintos intereses sociales e ignora, es más, niega, el conflicto de clases. De allí que en toda la política reformista D.C. la bandera ideológica esté referida siempre a una conquista del pueblo, pero nunca de la clase dominada como tal.

Para resumir, me parece que la tesis de Lechner, al describir lo que ha sido el desarrollo político chileno, desde el punto de vista de su democratización, es la siguiente: que este proceso, en vez de tender a la superación de la contradicción fundamental entre dominación y emancipación, ha dado como

resultado la institucionalización del conflicto, sino que, partiendo de este supuesto me gustaría plantearle el siguiente problema.

El mecanicismo de institucionalización del conflicto, según Lechner, habría sido fundamentalmente la transformación de las asociaciones de poder, tanto partidistas como gremiales, que estarían representando y organizando a la clase dominada, en partidos de patronazgo. Ello habría permitido que la clase dominante cooptase tanto a los dirigentes como a los miembros de este tipo de partidos, a base de otorgarles las posiciones de administración del Estado y distribuirles ciertos privilegios.

El problema que se plantea es el siguiente: este tipo de partidos, ¿es cliente de quién? Del Estado. ¿Quién reparte el tipo de privilegios que permite y exige la institucionalización del conflicto? También es el Estado. De allí me pregunto, ¿en qué medida esta tendencia característica del proceso político chileno no ha dado como resultado una cierta disociación entre control político y económico? ¿En qué medida al consolidarse una fuerte burocracia estatal, ésta controlaría el aparato del Estado de forma tal que logra una cierta autonomía relativa con respecto a la clase dominante? De suerte que ya no podríamos, en su relación con las clases dominantes, considerarla como un mero cuadro administrativo; por el contrario, tendría una cierta capacidad de negociación con respecto a sus propios intereses, fundamentalmente el financiamiento del Estado de cuya expansión depende su subsistencia.

Para resumir, el problema que me gustaría discutir es el de la formación en Chile de un fuerte sector medio ligado a la burocracia estatal. ¿Cuál sería el significado político de dicho sector en sus relaciones con la clase dominante como con otros sectores de la clase dominada.

En segundo lugar, y siempre aceptando la hipótesis del autor acerca de la institucionalidad del conflicto, interesaría discutir cuáles son las posibilidades de desinstitucionalización del conflicto en este momento.

#### NORBERT LECHNER:

En primer lugar, quiero manifestar mi acuerdo con la síntesis presentada.

Considerando la distancia existente entre la redacción del libro y el momento actual estimo necesario hacer algunas indicaciones de tipo autobiográfico, no para explicar mis vacilaciones de entonces, sino como ilustración del desarrollo de una problemática y su cuestionamiento.

Cuando llego a Chile en 1965, recibo el impacto de lo que significa "tercer mundo" y subdesarrollo. Vivo el apogeo y el desencantamiento de la "Revolución en Libertad". Mi formación estructural-funcionalista no me permite conceptuar esta experiencia. Comienzo a estudiar a Marx y de regreso en Alemania participo en el movimiento estudiantil (1967-1969). Partiendo del análisis de la economía política llegamos a plantearnos: ¿Por qué el sistema capitalista no explota en sus contradicciones? Este análisis nos conduce al nivel de los fenómenos superestructurales: el capitalismo tardío se mantiene mediante la manipulación de las masas; si su base de poder radica en la internalización total de las normas del capital, la estrategia política debe ser un proceso de aprendizaje práctico-colectivo. Este intento de provocación y

demostración de los antagonismos sociales camuflados culmina en la primavera de 1968. La reflexión posterior sobre nuestra práctica nos lleva a reconocer que la revolución no puede ser impulsada sólo al nivel lingüístico, psicológico, es decir, como revolución cultural o liberación existencial; la crítica a las instituciones burguesas separadas de su base económica es abstracta o es absorbida por el sistema. Por lo tanto, se hace necesario desarrollar en teoría y praxis la mediación entre la vida inmediata, las necesidades subjetivas de las masas y aquellas categorías que habíamos obtenido del estudio de Marx. Me dedico entonces a estudiar el carácter afirmativo de las Ciencias Sociales; qué significa para América Latina la introducción de la metodología metropolitana, con su ideología y sus intereses explícitos e implícitos. En este mismo sentido, inicio una investigación sobre la función estabilizadora de la ayuda externa como pregunta sobre la relación entre universalidad tecnológica y racionalidad burguesa. Pero siempre subyace el problema inicial: ¿Por qué no hay revolución en América Latina? ¿Por qué no se rebela el hombre contra una explotación y una opresión tan descarada? Llega septiembre de 1970 y el electorado chileno pone en tela de juicio el orden capitalista. El juicio teórico sobre la crisis del capitalismo se transforma ahora en cuestión práctica.

Y nosotros enfrentamos la necesidad de reescribir la historia, quizás la ciencia llegue siempre *post festum* y debamos reconceptualizar la historia permanentemente.

Sobre este contexto cabe preguntarse: ¿hasta qué punto he logrado en mi trabajo captar la lógica del proceso? Ello nos introduce en todo un debate epistemológico y metodológico. Se trata de una discusión urgente que sin embargo —es importante recalcarlo contra los neo-positivistas— nunca puede ser aislada del análisis del proceso social. Es a partir del antagonismo de la sociedad capitalista que podemos discutir el enfoque dicotómico clase dominante / dominada. Pienso que la dicotomía empleada tiene fecundidad con respecto a una perspectiva histórica; pero indudablemente no logra captar la riqueza, la complejidad del momento.

Entonces, ¿qué valor puede tener un trabajo de este tipo? El libro presenta un primer esquema interpretativo; fue escrito en un momento en que no había ningún antecedente. A partir del escaso material se trataba casi de reconstruir la historia chilena. De allí que el trabajo no sea sino una aproximación provisoria, un intento al menos de problematizar el desarrollo político de Chile. Creo que estas observaciones preliminares nos pueden ayudar a situar mejor los problemas señalados.

#### LA AUTONOMÍA DEL PODER POLÍTICO FRENTE AL PODER ECONÓMICO

Respecto al primer punto: la instauración de la burocracia en el poder político, se plantea todo el problema del capitalismo monopolista del Estado que surge en los años 30. Confieso la debilidad de mi trabajo al tratar este problema tan fundamental para la comprensión de las actuales estructuras. Para analizar la formación del capitalismo monopolista de Estado hay que tener en cuenta dos hechos.

Primero, que el Estado no es ninguna entidad homogénea, refleja y reproduce todas las contradicciones sociales aun cuando parezca situarse por encima de la lucha de clases. Segundo, en cuanto a la burocracia (para tomar el Estado en un sentido más estricto), el aparato estatal está limitado por la racionalidad del modo de producción dominante. Es decir, aquí en Chile en tanto garantía de la producción y reproducción de las relaciones capitalistas de producción. Aquí nos enfrentamos ya a un problema de la coyuntura actual. Quisiera prevenir contra la ilusión del llamado "Estado Social de Derecho" como posible pauta de la política de la Unidad Popular. El Estado Social de Derecho es, en cierta manera, la conjunción de la teoría burguesa con el revisionismo marxista desde Lasalle, Bernstein y Kautsky. En oposición o mejor, como inverso necesario de cierto tipo de economicismo, el Estado Social de Derecho se caracteriza por el politicismo, por la afirmación de que puede llevarse a cabo una transformación social mediante el control del aparato estatal sin cambios radicales en la esfera económica. Esta tendencia se traduce en dos lemas: por una parte, redistribución del ingreso y por otra, el logro de un crecimiento económico que permita implementar dicha política. Llamo la atención sobre este punto porque diversos elementos en la política de la UP sugieren tal modelo socialdemócrata. Un ejemplo es el slogan comunista: ganar la batalla de la producción. Si bien este lema hace hincapié en la producción, la concibe solamente como aumento cuantitativo sin enfatizar la contradicción principal entre capital y trabajo asalariado. Me parece que tal táctica corre peligro de detenerse en una redistribución.

Quiero añadir que, incluso dentro de la teoría económica burguesa, no es posible hacer una redistribución efectiva del ingreso. Es el capital quien rige la distribución del producto social y la política gubernamental solamente puede propiciar cierta redistribución al interior de cada clase.

El segundo punto se refiere a la diferenciación de la clase dominada. Es cierto que el libro esquiva en cierto modo el problema de la clase media. Sin embargo, existe un grupo social que denominamos mal o bien "clase media" y que en gran parte vive del aparato estatal. Ello, nos remite al problema de la burocracia. Un enfoque fecundo me parece estar presente en el análisis de Marx sobre el trabajo productivo. Recuerdo un artículo de Martin Nicolaus en *Study on the Left* sobre el análisis marxista de la clase media. Ahí se vislumbra como Marx tiene implícitamente una teoría de la clase media basada en el trabajo productivo, es decir, en cuanto clase no-productiva. A partir de la teoría del valor del trabajo concebimos la fuerza de trabajo como única mercancía capaz de producir más valor de lo que representa. Es producción de la plusvalía apropiada por el capital. Ahora bien, esta apropiación se realiza más y más bajo la forma de plusvalía relativa. Como la mayor productividad del trabajo conlleva fuertes inversiones en maquinaria, la tasa de ganancia cae tendencialmente. Simultáneamente aumenta el volumen de ganancia y a la vez la tasa y volumen del surplus. La cuestión es ahora, ¿a dónde va ese creciente surplus? Este se divide en capital que es reincorporado al proceso productivo y en renta para trabajo no-productivo. El incremento del surplus y de los productos excedentes impulsa

la extensión del sector de servicios (privados y públicos). Con el aumento de la producción de renta aumenta también el consumo de la misma; es decir, para mantener el equilibrio del sistema, el capital crea una clase de no-productores que viven a expensas del proletariado y aseguran el poder de la burguesía. Este grupo estabilizador sería la llamada clase media. Vale la pena retomar las indicaciones de Marx en su teoría de la plusvalía, donde criticando a Smith y Ricardo señala como una clase más y más grande, vive de una clase más y más pequeña que produce una plusvalía cada vez mayor. A partir del concepto de trabajo productivo se trataría de estudiar el problema en una formación social con predominio de relaciones socialistas. Por lo que conozco, la burocracia es una cuestión más bien escamoteada en la discusión de los países socialistas. Sin embargo, encontré una indicación interesante en un manual germano-oriental, que define a la burocracia a través de una productividad derivada o de segundo grado, diciendo que es el aparato o grupo social que hace más productivo el trabajo productivo del obrero. Conociendo el combate que libran los chinos contra la división social del trabajo sería importante conocer el planteamiento teórico subyacente. Obviamente todo esto no es sino una primera intuición acerca de cómo abordar la diferenciación de la clase dominada y enfocar una investigación sobre la burocracia chilena.

#### ENZO FALETTO:

Parece interesante la posibilidad de enfocar el tema de la significación de la clase media y de la burocracia en función del problema de la plusvalía relativa. Sin embargo, resulta difícil pensar que, en una forma de capitalismo como el capitalismo latinoamericano, cuyo rasgo monopolístico es real pero también su carácter dependiente es muy fuerte, el tema de la plusvalía relativa sea un elemento de explicación real de la significación de los sectores medios y de la burocracia. Creo que el análisis en estos términos es muy apropiado en un momento del desarrollo del capitalismo que se da más en los países del centro, pero me parece difícil pensarlo en esos mismos términos para los países latinoamericanos, donde incluso el origen histórico de los sectores medios y de la burocracia del Estado tiene otros rasgos.

Mi impresión es que en tu libro tratas de conjugar, de alguna manera, dos hechos: por un lado, que la forma del desarrollo capitalista en estos países presenta una cierta peculiaridad, pero, por otro lado, que esta peculiaridad no impide que se apliquen al proceso los conceptos generales de análisis del capitalismo.

Siguiendo el tema planteado por Luis Barros, preguntaría si esta conceptualización es válida frente a un fenómeno tal como la enorme significación del aparato del Estado en estos países. Si la aceptamos como válida, es posible derivar la idea de que el aparato del Estado adquiere significación como burocracia —y todo lo demás— en un momento del desarrollo del capitalismo en que la plusvalía absoluta ha sido reemplazada por la plusvalía relativa y el problema del consumo pasa a ser entonces uno de los problemas importantes. Sin embargo, para que la plusvalía relativa funcione debe suponerse también

una alternativa de consumo masivo; en estos países, de hecho, no hay un consumo de masas como en el caso de Alemania Federal o los Estados Unidos. Ello obliga a pensar hasta qué punto una aproximación por esa forma de conceptualización representa una buena alternativa de análisis.

#### **N. LECHNER:**

No estoy de acuerdo con ello. Creo que el problema básico más que de capitalismo de Estado es de capitalismo monopolista de Estado. Aunque éste no se presente en forma pura, la diferencia es importante desde el punto de vista de la totalidad imperialista porque permite apreciar la conjunción de empresas multinacionales, monopolios nacionales y Estado. Lo que no sé es cuál es la mediación entre el modelo que puede abstraerse a partir de la sociedad alemana o norteamericana y aquel derivado de la formación social chilena. En este sentido, creo que la "teoría de la dependencia" no nos ayuda en nada, ha sido un camino que ha llevado a un impasse.

Con respecto al problema de la desinstitucionalización del conflicto, quisiera enfocarlo a partir de un mayor nivel de abstracción. El Estado surge como algo abstracto por encima del hombre concreto, como un interés común, universalidad abstracta de un interés particular de clase que, mediante el aparato estatal, garantiza y organiza la sociedad burguesa atomizada. Marx habló de la síntesis de la sociedad burguesa bajo la forma del Estado. De ahí que como estrategia, la lucha contra la burguesía no pueda ser sólo una lucha por el poder del Estado, sino que sea también siempre una lucha contra el Estado.

Tengo la impresión de que en la situación actual chilena, esto ha sido un poco olvidado. De allí cierta fijación en el Parlamento que impide innovar en el plano de la movilización popular. Existe de hecho una cierta contradicción entre el Mensaje Presidencial del 21 de mayo y la práctica política. En el Mensaje hay un rechazo a este tipo de continuidad; en la práctica política, sin embargo, es notorio el peso de una tradición legalista-burguesa. Un ejemplo de ello, es la reducción de la formación de la Asamblea del Pueblo a una cuestión de Cámara única. No quiero decir con esto que la fase actual deba definirse por la destrucción del Estado, pero si debe contener el germen de ésta, debe apuntar prácticamente a que el individuo real recobre en sí al ciudadano abstracto. Con miras a esta superación tendencial habría que estudiar cuidadosamente el problema del doble poder. Considero a éste a partir de la base económica, a partir de la transformación de las relaciones de producción como condición de la posibilidad de desinstitucionalización de la lucha de clase. La dualidad de poder es la forma política social en que se revela y expresa la contradicción determinante entre capital y trabajo asalariado. Pienso en el doble poder no sólo como estrategia para la conquista del Estado, sino como "escuela proletaria", como proceso de aprendizaje donde las masas se capacitan para hacer concientemente la historia. Evidentemente, este concepto va más allá de las contradicciones entre partidos burgueses y obreros. Se refiere más bien a la contradicción entre institucionalidad y espontaneidad subyacente a toda estructura política.

Por una parte, hay necesidad de seguridad, calculabilidad y cohesión que satisface la institución y, por otra, está la rebeldía del hombre contra la dominación, esa fuerza innovadora y liberadora de la espontaneidad.

#### **ENZO FALETTO:**

Simplemente para ser "abogado del diablo". En tu concepción hay un intento de concebir la lucha como una revolución política y, al mismo tiempo, como revolución social. A tu juicio, esta revolución social se inicia, fundamentalmente, no sólo al apoderarse del aparato del Estado, sino destruyendo el Estado como expresión de la dominación de una clase, en la medida en que las relaciones anteriores entre las clases se modifican. La concepción de Lenin es el planteamiento clásico del doble poder; pero si bien la constitución del Estado revolucionario aparece teóricamente muy clara, no lo es así en la práctica. La salida de Rosa Luxemburgo que descansa bastante en el espontaneísmo de los sectores obreros o de las masas capaces de crear sus propias formas de organización, también presenta una serie de problemas y, en algunas interpretaciones, está muy próxima a la tesis anarquista.

Tu intento es volver a la tesis original de Lenin, en términos de que el problema de la revolución social se resuelve, en el momento de la transición, en el doble poder. Pero ese doble poder, ¿hasta dónde evita la contradicción que plantea entre institucionalidad y espontaneidad?

#### **N. LECHNER:**

Esto es algo que estoy planteándome recién. Pienso, sin embargo, que la única posibilidad de romper el impasse en que estamos, es tratar de hacer clara esta contradicción, pero no en términos de competencia partidista.

#### **E. FALETTO:**

Sin embargo, la situación en Chile es distinta. En un primer momento se supuso en forma tácita que los Comités de la Unidad Popular podían constituir la forma del doble poder. En este momento lo que hay es un control de ciertas partes del estado, fundamentalmente del Ejecutivo y de ciertos organismos de planificación económica y otros que se oponen a otros sectores del Estado, fundamentalmente al Legislativo y al Judicial, lo cual lleva a replantear la tesis del doble poder como contradicciones que se manifiestan en términos del Ejecutivo contra el Parlamento o el Ejecutivo contra el Judicial. Y esto no es el esquema leninista que supone la constitución de una forma de Estado que expresa un tipo de alianza de clases totalmente distinta y se da de un modo organizativo distinto que se opone al Estado burgués.

Desde una perspectiva ortodoxa podría afirmarse que en Chile, en estos momentos, no hay un doble poder porque no existe el embrión de un Estado reforma de alianza de clases. Pero, ¿no será acaso que las características específicas del Estado en los países latinoamericanos hacen posible el planteo de la tesis del doble poder a partir del Estado burgués?

Por ejemplo, todo el mundo se pregunta qué pasó con los Comités de la Unidad Popular que eran la alternativa de crear el poder popular frente al poder

burgués. En términos económicos y políticos estos fracasaron; no fueron capaces de reemplazar las instituciones políticas tradicionales ni de transformarse en formas de expresión del poder popular, en una expresión de doble poder.

Quizás el problema radique en la forma en que se constituye históricamente el poder. El Estado adquiere en Chile, fundamentalmente a partir de 1930, una enorme capacidad de intervención en el plano económico y social. El poder del Estado implica una particularidad en relación al modo de comportamiento de las clases. La burguesía chilena sólo funciona si el Estado la protege; si no la protege, quiebra. De modo que el Estado no es el simple instrumento de dominación de la burguesía; ésta ha podido consolidarse y vivir a expensas del Estado, pero del Estado nacional. En el momento en que se logra a través de todas las formas de lucha de clases, apoderarse de ciertos aparatos del Estado, es posible pensar en lanzar a éstos en contra de esa burguesía parasitaria. Creo que la relación clásica europea, Estado-burguesía, no se da en el caso latinoamericano. En tu libro señalas al analizar el desarrollo de la Democracia Cristiana, la utilización del aparato del Estado pero también que es necesario no confundir al Estado con el Estado burgués clásico.

#### **N. LECHNER:**

En primer término, creo que indicaste un importante problema a investigar: ¿por qué fracasaron los comités de la Unidad Popular?

En segundo lugar, volviendo al plano económico, cabe preguntarse: ¿por qué la UP se niega a definir el área de propiedad social? ¿Por qué no la establece en términos del cambio de las relaciones de producción? La instaura oscuramente como propiedad estatal, lo que por sí mismo no significa nada si se mantiene dentro del esquema de capitalismo de Estado. Si lanzara una ofensiva al nivel de las relaciones de producción, tanto en la industria como en el campo, reemplazando los actuales tipos de comité de producción por otro tipo de organización daría una base a partir de la cual plantear el problema del doble poder.

### **¿CLASE MEDIA, CLASE POLÍTICA?**

#### **L. BARROS:**

A partir de lo que venimos discutiendo sobre las clases medias, me surge la siguiente pregunta: si la ampliación de la participación política de vastos sectores de la clase dominante es de naturaleza tal que, a la larga, se traduce en una fuerte disociación entre control económico y control político. Si los sectores de la clase dominada llamados "medios", originalmente cooptados en términos de clientela, se convierten a la postre en un sector capaz de negociar las condiciones en que brindan su apoyo político. Si lo que fue inicialmente clientela, debe considerarse en adelante como posible aliado. Entonces, ¿en qué medida este aliado, desde las posiciones que ocupa en el aparato estatal, no es capaz de imponer ciertas modificaciones en la organización económica misma? ¿En qué medida estos sectores son capaces de

negociar no sólo a nivel de la distribución, sino que, para asegurarse un buen fondo a distribuir, son también capaces de influir en la producción misma, y esto a partir de su control del aparato de Estado?

#### **N. LECHNER:**

Tú planteas este problema desde el nivel político y luego bajas al nivel económico; quizás habría que abordarlo analizando más claramente el período de los años 30 –que yo no conozco– y a partir de las condiciones de esa formación económica considerar cuáles son las bases que sustentan a ciertos intereses políticos. Porque las relaciones de poder no se basan en un puro juego político, sino que tras ellas hay ciertos intereses que corresponden a los intereses de clase. Y ello plantea la necesidad de analizar a partir del proceso económico mismo por qué hay ciertos intereses que corresponden a los intereses de clase. Y ello plantea la necesidad de analizar a partir del proceso económico mismo por qué hay un grupo que se impone y no otro.

#### **E. FALETTO:**

Hoy día en la mañana estaba leyendo un trabajo de Gramsci que puede tener alguna incidencia en nuestra discusión; se refiere al carácter de la burguesía italiana. En este caso la burguesía del norte, cuando constituye el Estado italiano aparece con un enorme hecho en contra, su significación numérica muy reducida y su primera medida es reducir el número de electores. En alguna forma, guardando las diferencias, en el momento de dominación bajo forma oligárquica, en los países latinoamericanos la forma de dominación burguesa se sustenta en una reducción de la participación electoral, es decir, mantiene su dominación por su capacidad para excluir de la participación política a un fuerte sector. Sin embargo, hay un momento en que ello ya no es posible, pero, esa burguesía por su escaso número, no es capaz todavía de crear una organización política propia que legitime su dominación.

En el caso italiano, señala Gramsci que la masonería pasa a constituirse en la forma política de organización burguesa, cosa que *mutatis mutandis* en el caso chileno es bastante interesante indagar. Gramsci se pregunta cuál ha sido el papel de los sectores medios en Italia, señalando que la dominación burguesa se expresa a través de la utilización de los sectores medios como clase política que legitima el poder de la burguesía. En esa perspectiva se interrogaba también acerca de qué posibilidades tiene el proletariado italiano, en el momento en que haga la revolución, de contar con una intelectualidad que le sea propia, y no descansar en la intelectualidad que le proporcione la clase media. Es probable que el proletariado logre, en algún momento, apoderarse del poder político. Pero, para legitimar su dominación, si no logra crear su propia intelectualidad orgánica tendrá que establecer una alianza con aquellos sectores capacitados para ejercer las funciones de administración burocrática: los sectores medios. Esto conduce a considerar que el papel de los sectores medios, no obstante su significación en el plano del análisis económico, adquiere más relieve en términos de la legitimación de la dominación de la burguesía o de otro grupo. En algunas coyunturas los sectores medios, concebidos

como clase política más que como clase económica, parecen adquirir una relativa autonomía –pensemos en el Frente Popular—. Sin embargo, rápidamente, se transforman en los ejecutores de la política de la burguesía. Pero, ¿cómo definirlos? ¿Por la función que cumplen dentro de determinadas relaciones de producción, es decir, en términos marxistas clásicos? O, ¿cómo un grupo, cuya posibilidad de ser analizado radica más en su capacidad de otorgar legitimidad a una dominación que ellos, como clase, no pueden tener, puesto que no constituyen una clase, sino más bien un estamento político? Da la impresión que, el problema que se juega en Chile, es que todo el desarrollo del Estado –en función de la debilidad de la propia burguesía– otorga una enorme significación a los sectores medios, por constituir el aparato que legitima la dominación burguesa. El grave problema que ahora se plantea es que ese grupo puede desempeñar esta misma función en una alianza con el proletariado, donde el tono lo imponen estos sectores de la clase media.

Gramsci señalaba que la revolución burguesa en Francia tiene las características de "revolución burguesa total", porque la burguesía se constituye a la vez en clase económica y clase política y, por tanto, la revolución burguesa asume esa forma de "dominación total". En Inglaterra la burguesía tiene una importante significación económica, pero para establecer su dominación política debe aliarse con la "gentry" (o pequeña nobleza rural) y de ahí la contradicción entre su capacidad revolucionaria en el plano económico y su carácter reaccionario en lo político. El problema general es: ¿en función de qué se definen los sectores medios? ¿En función del papel que desempeñan dentro del funcionamiento de la economía o en función del papel que desempeñan dentro de la legitimación del poder político? La tesis planteada por L. Barros es que su función es más la legitimación del poder político que una verdadera función económica.

#### **N. LECHNER:**

Si, esto podría ser. Pero creo que en lo que estamos de acuerdo es que a la base debe haber un grupo, aunque sea pequeño, que esté creando plusvalía y acumulando, para que luego pueda pagar esa clase media. Que la clase media exista más como clase política que como consumidor de plusvalía, no significa que el problema básico deje de ser el de la creación de la plusvalía. Ahora bien, en Chile, actualmente, ha cambiado el tipo de valorización del capital?

#### **E. FALETTO:**

Me parece correcto tu planteo. No se puede definir a la clase media "per se", siempre se define en función de la alianza que establece. Por sí misma no constituye una clase, pero eso no impide que al establecer una alianza imponga también un carácter a esa alianza. La pregunta de qué es la clase media no tiene respuesta si no se da respuesta a qué es la alianza de la clase media, es decir, con quién entra en alianza. Pienso que tu análisis de todo el proceso que conduce hasta Frei, da una buena respuesta a qué es la clase media durante ese momento. Entra como aliada de una forma monopolística de desarrollo del capitalismo, incluso del capitalismo nacional, en sus vinculaciones

con el capitalismo externo. Sin embargo, en este momento pareciera que, un sector de la clase media, entra en alianza con un sector del proletariado. Pero además el proletariado puede definirse por otras alianzas posibles, con el campesinado y con el subproletariado. El problema concreto es definir en este momento cuál es dentro de esa alianza del proletariado, el elemento fundamental. ¿Cuál es la alianza que predomina? ¿Aquella con los sectores de clase media, o la que establece con el campesinado o la que establece con el subproletariado?

#### **N. LECHNER:**

Estoy de acuerdo. Y al respecto, plantearía el problema del PC. Aceptando que el problema de la clase media es un problema de alianzas, que está sobredeterminado por el tipo de acumulación que se realiza y por el grupo que aparece como el más fuerte; ¿por qué entonces el PC hace actualmente el juego político y no económico? Porque teniendo en cuenta que está haciendo una alianza con la clase media, tiene que saber que su hegemonía es posible sólo en la medida en que imponga un tipo de acumulación socialista. Sin embargo, el PC no va a eso, por el contrario, da una batalla por el aumento de la producción sin modificar a fondo las relaciones sociales de producción, se deja a nivel político la lucha por la conquista de una hegemonía que es más aparente que real, en cuanto no se garantizan sus bases económicas.

### **ALTERNATIVAS POLÍTICAS DEL PROLETARIADO**

#### **E. FALETTO:**

Para ello es posible una respuesta: la hipótesis sería que el Partido Comunista no puede dejar de representar los intereses de la clase obrera industrial. Ahora, ¿cuál es el rasgo de estos intereses? La mantención de su relativo privilegio. Eso no significa que la clase obrera industrial en Chile sea una especie de aristocracia obrera ni cosa por el estilo, pero tiene sí una situación de privilegio relativo con respecto a ciertos sectores campesinos y sobre todo frente al subproletariado.

El problema de la clase obrera industrial y minera en este momento es la mantención de su relativo privilegio con respecto a los otros sectores con los cuales podría establecer una alianza. Y la única posibilidad de mantenerlo es acentuar su alianza con los sectores medios ¿Qué implica esto? Que la política del gobierno mantenga un rasgo de economismo y redistribución. Y toda política de este tipo, en alguna medida, aunque intente mejorar a los sectores más bajos tiene siempre que contemplar la mantención de los niveles alcanzados.

Quizás –y esto no es debrismo– haya en este momento una contradicción real entre subproletariado y proletariado y entre sectores campesinos y proletariado. Por tanto la alianza del proletariado y los sectores medios depende de la capacidad que tiene el proletariado a través de esa misma alianza de imponer al Estado una política de redistribución que siga favoreciendo su privilegio relativo. Si cambiara de aliado, y pasara a aliarse con los sectores del subproletariado o con los grupos de obreros agrícolas, tendría

que tirar por la borda la posibilidad de mantener su privilegio relativo.

Esto nos vuelve a plantear un problema: ¿cuál es el tipo de las actuales contradicciones? Creo que sigue siendo la contradicción entre burguesía y proletariado; claro que ésta puede pensarse en términos revolucionarios o reformistas –en el sentido no peyorativo dado a esta palabra por Lenin–. En términos reformistas se expresa en una alianza con los sectores medios; en términos revolucionarios en una alianza con el subproletariado y el campesinado.

Esta es una alternativa política del proletariado pero, sin embargo, hay ciertos elementos económicos que impiden que esa alternativa surja espontáneamente. Los Comités de Unidad Popular que surgieron en forma mucho más espontánea de lo que generalmente se cree dejaron de funcionar, entre otras causas, por una decisión política. Y ello porque la forma tradicional de alianza que se expresa a través de los partidos políticos sigue resultando más conveniente a la clase obrera que la alianza que significaban los comités de U.P.

#### **INÉS RECA:**

Me gustaría hacerte una pregunta para concluir con lo anterior: ¿qué relación habría entre las posibilidades de persistencia o no de la institucionalización del conflicto y estas dos alternativas políticas del proletariado? ¿Establecerías una relación entre la alternativa reformista y la persistencia de la institucionalización del conflicto? O, de todos modos, ¿cualquiera de las dos alternativas implica un corte con el proceso anterior?

### **LA ESTRATEGIA POLÍTICA DE LA UNIDAD POPULAR**

#### **E. FALETTO:**

El supuesto sobre el cual trabaja la mayor parte de los grupos de gobierno es que la alternativa reformista tiene límites estructurales y que lo que se ha hecho es quemar muy rápidamente esta etapa. Una serie de problemas que se están planteando a sólo seis meses de Gobierno significa que esta etapa se agotó en muy poco tiempo y que ya no quedan muchas alternativas reformistas; el programa o gran parte del programa se ha cumplido en muy poco tiempo enfrentándonos a una temática política que no podíamos prever en su integridad. Comienzan a surgir contradicciones reales que, hace meses atrás, sólo podían plantearse a un nivel teórico. Para ser bien claros, en las industrias intervenidas se plantea cuál es la forma o el esquema de participación. Hablar antes sobre si iba a ser co-gestión o dirección obrera o administración del Estado, etc. Eran todas alternativas teóricas. Ahora es un problema real, ¿qué se hace concretamente en una industria intervenida?

#### **N. LECHNER:**

Es cierto, sin embargo, pienso que esta línea reformista se desarrolló sobre la base de determinados acuerdos políticos que significaban jugarse al nivel de la distribución, sin considerar que una reforma de este tipo tiene sus límites. Si esto hubiese sido previsto, deberían haberse impulsado transformaciones al nivel

del proceso de producción mismo, de las relaciones de producción. Junto a la estatización se habría comenzado a cambiar simultáneamente el sistema de producción. Esto no se ha hecho. Al llegar ahora a los límites de la política redistributiva, es posible que se quiebre el juego político de alianzas, no teniendo base alguna sobre la cual iniciar otro tipo de alianza.

#### **E. FALETTO:**

También puede plantearse lo siguiente: ¿hasta dónde no se cometió un error agotando el programa reformista en términos reformistas? El supuesto era: hay una parte de reformismo que todavía es viable y hay que agotarla rápidamente. Para ello se hizo redistribución e incluso todo el programa de movilización fue planteado en términos de redistribución. El programa de la Reforma Agraria no se pensaba, fundamentalmente, en términos de su significación económica, sino en términos preferentemente políticos, como forma de movilización política. Del mismo modo, el programa de vivienda, el de salud, es decir, todo el programa de servicios.

Sin embargo, este tipo de movilización política acentúa el economismo. Creo que, a nivel de gobierno, se estaba consciente de que la etapa de reformismo –entendiendo por reformismo, política distributiva– era una etapa corta, que se cubriría rápidamente pero no se fue capaz de crear una nueva alternativa. Cuando se llega al momento en que ya no es posible movilizar en función de una mayor redistribución sino que es necesario movilizar en términos de una alternativa política distinta, pero se ha orientado toda la movilización en función de la capacidad de redistribución, se llega entonces a un impasse.

Por último, ¿cómo se inserta el problema de las clases medias dentro de esta alternativa? También el redistributismo se hizo pensando en que el carácter de la economía chilena era tan monopolístico que se podían tomar una serie de medidas que golpearan el sector monopolístico, contando con la complicidad o la neutralidad del resto de los sectores incorporados al monopolio. Este supuesto se expresa claramente en los trabajos de Martínez y Aranda y en los de Garretón en los que se concluye que la estructura de la economía chilena era lo suficientemente monopolística como para que 150 grupos controlaran toda la economía y dijeron entonces: liquidamos a estos 150 grupos y el resto no va a sentirse afectado, va a ser neutral. De hecho lo consiguieron.

#### **N. LECHNER:**

Si, tenían razón.

#### **E. FALETTO:**

Realmente el sector de la mediana y de la pequeña industria fue neutral mientras se agredió al sector monopolístico. Ahora, las dificultades consisten en que el Estado y el sector nacionalizado sean o no capaces de reemplazar al sector monopolístico en todas sus relaciones con el resto de la economía. En estos momentos, hay problemas de créditos con respecto a los sectores de la industria mediana y pequeña, problemas de abastecimiento, problemas de "stock", etc. Es decir, se contó con una cierta neutralidad pero no se cuenta todavía con la capacidad real de reemplazar los monopolios al momento de su liquidación.

Una alternativa que se juega es: reemplazarlos cons-

tuituyendo el monopolio estatal, y la otra: reemplazarlos liquidando también a sus aliados. Pero estos problemas sólo logran plantearse ahora. Lo que habría que analizar es cuál fue la estrategia política de liquidación de la etapa reformista y, dentro de esa estrategia, la alianza con la clase media. Creo que esta fue fundamental porque si alguien determinó el modo que asumió la estrategia política fueron los sectores medios.

#### L. BARROS:

No sé si Faletto estaría de acuerdo con esta conclusión acerca de las clases medias: cualquiera sea el tipo de alianza que establecen, pareciera una constante que su criterio para legitimar esas alianzas es un criterio de eficiencia. Si se quiere: apoyamos a aquel que nos da más.

Si esto fuese efectivamente así, ¿no estaría dando una respuesta a las alternativas de alianza del proletariado? ¿En qué medida una transición al socialismo asegura y mantiene a corto plazo una eficiencia económica que permita satisfacer esta base de legitimidad que supondrían los sectores medios?

#### E. FALETTTO:

Qué hacer con los sectores medios, es un problema que se está planteando también al nivel de Gobierno. Se supone que la economía chilena ofrece en este momento la posibilidad de que cierto tipo de consumo adquiera la forma de consumo masivo sin alterar el patrón de consumo de los sectores medios.

Sin embargo, la alianza con los sectores medios es siempre inestable. Pienso que el problema no consiste en definir la capacidad de alianza de estos sectores, sino la capacidad que la burguesía o el proletariado tengan para establecerla con los sectores medios. Ahora bien, esta alianza define la política de la burguesía o la política del proletariado. En otros términos, ¿qué significa para la burguesía o para el proletariado como enajenación de su propia política? Para la burguesía freista, por ejemplo, significó tener que enfrentarse con el sector latifundista.

Centrar el análisis del proceso chileno o latinoamericano en el análisis de los sectores medios como aquellos sectores que definen el proceso político, me parece falso. Realmente no lo definen pero sí le dan el tono, porque para que la burguesía, en un caso, o el proletariado, en el otro, establezcan una alianza con ellos, tiene que hacer ciertas concesiones y eliminar ciertos aliados.

Ahora, puesto que la clase media constituye, en gran parte, el aparato de legitimación a través de su control del aparato burocrático del Estado, este hecho también pasa a definir la forma que asume el Estado. Más concretamente, si la burguesía elige una alianza con los sectores medios, define un tipo de funcionamiento del Estado que no es el Estado oligárquico burgués de 1920, es otro tipo de Estado. Si el proletariado establece una alianza con los sectores medios para definir la etapa de transición, va a definir un tipo de Estado que no podrá diferenciarse mucho –al nivel formal– de un Estado Social de Derecho.

#### J. DUQUE:

Me parece importante considerar que las alianzas potenciales, en cierta medida, también se definen por

la situación política previa. Comprender la coyuntura actual requiere la consideración de las modificaciones políticas operadas durante el gobierno DC. Quisiera subrayar que el tipo de alianza DC fue más allá de los sectores medios, incluyendo a sectores del campesinado y del subproletariado. Existió toda una movilización de amplios sectores que tradicionalmente no habían sido incluidos en la lucha por el poder. Y esta movilización impulsó en el momento de su llegada al poder un límite político a la Unidad Popular respecto a las posibilidades de alianza de dichos sectores y al carácter de la misma.

Me interesa destacar que si bien es cierto que una política reformista tiene límites estructurales, es necesario considerar también los límites que le imponen, al menos a corto plazo, factores de la coyuntura política.

#### E. FALETTTO:

Si me permites, en tu intervención hay varios puntos importantes. De cierta manera el gobierno DC, tal como está analizado en el libro de Lechner, expresa una forma de la dominación burguesa a través de un tipo de alianzas con otros sectores. También el gobierno de la Unidad Popular es expresión de una forma de alianza del proletariado con otros sectores. El problema es que la Democracia Cristiana logró alianzas con sectores del subproletariado, de pobladores, de campesinos y sectores medios, pero fundamentalmente fue un gobierno burgués reformista, dentro de lo permitido, no era la burguesía reaccionaria. La Unidad Popular también logró alianzas con sectores del subproletariado, con sectores medios y campesinos. Pero, ¿quién es el eje de la alianza? No es más la burguesía, de hecho –teóricamente– es el proletariado. Pero, ¿que proletariado? El proletariado reformista, en el sentido no peyorativo antes apuntado.

Quiero enfatizar que el problema de las clases que entran en alianza requiere analizar previamente cuál es la característica de la clase que asume el centro de la misma. Si se trata de entender lo que pasa actualmente, hay que considerar cuál es el carácter del proletariado en este momento. ¿Por qué es reformista? ¿Es reformista en función de sus alianzas o porque es reformista en esas alianzas? Y si es esto último, habría que indagar entonces qué es lo que determina su reformismo y para ello los elementos de análisis puramente estructurales, incluso los análisis económicos, pueden tener extraordinaria significación. Creo que estos son los puntos centrales.

Con respecto a las otras clases que entran en la alianza, sectores medios, etc., ellas pasan a definirse en función de la clase que es el centro de la misma, burguesía o proletariado, y del carácter que asume.

La clase media aparece optando entre una alianza con un proletariado reformista o una burguesía reformista; mientras el proletariado siga siendo reformista, en alguna medida los sectores medios van a poder seguir optando por él, pero si deja de serlo, termina esta alianza.

#### N. LECHNER:

Pero, ¿por qué el interés del proletariado en mantener su reformismo? Yo preguntaría si el proletariado

realmente cree en un reformismo, en un tipo de cambio limitado a la redistribución.

### EXPERIENCIA HISTÓRICA CONCIENCIA DEL PROLETARIADO CHILENO

#### E. FALETTTO:

Hay que considerar si este problema puede analizarse sólo al nivel de la conciencia o al de los determinantes de la conciencia. Yo lo plantearía en relación con el problema del partido.

Aunque no deben descuidarse otros determinantes históricos significativos, las experiencias políticas más importantes que marcan al proletariado chileno, son el Frente Popular y después el Ibañismo. La única experiencia real del proletariado desde 1930 en adelante es su alianza con los sectores medios, cualesquiera haya sido la forma, semipopulista con Ibañez, o a través de organizaciones populares con el Frente Popular.

#### I. RECA:

Considerando al proletariado librado a sí mismo, siendo cómo es reformista y teniendo en cuenta su experiencia anterior, es decir, considerando los elementos mencionados hasta aquí, pareciera que de las alternativas de alianza señaladas, la alternativa reformista es la más probable. Sin embargo, cabe destacar también otro punto, ya mencionado, que es el de los límites estructurales de ese reformismo.

#### E. FALETTTO:

Creo que hay experiencias históricas que determinan ciertos niveles de conciencia. Ahora bien, en un momento determinado el partido tiene que entrar a quebrar la conciencia existente e iniciar un proceso de lucha interna dentro del proletariado. El proletariado chileno no tiene un 1905 ruso, lo que tiene es la experiencia de un reformismo y de una cierta movilidad social que ese reformismo significó. Por lo tanto, la acción del partido es quebrar ese tipo de experiencia y darle la posibilidad de asumir un tipo distinto a la que su propia experiencia política lo determina. Eso significa que la alternativa reformista es la que se impone pero, sin embargo, ésta tiene un corto plazo. Si el proletariado no la supera, el autoritarismo de derecha es una alternativa.

El que el proletariado sea reformista no significa que tenga la posibilidad de construir su reformismo. Si sigue siendo reformista, en la imposibilidad del reformismo, las alternativas fascistas, para decirlo de un modo exagerado, no son despreciables. No es la crisis del proletariado revolucionario la que conduce al fascismo... es el proletariado que se niega como revolucionario frente a una alternativa que no deja otra salida más que la revolución que ellos no quieren enfrentar, lo que da como salida el fascismo.

Tengo la siguiente impresión. El libro de Lechner es la explicación hasta el momento de la crisis de la dominación burguesa. Hasta allí llega. Y el problema que se plantea ahora es: ¿y después de la crisis, qué? Para explicar la crisis de la dominación burguesa Lechner recurre a un intento de análisis histórico de la constitución de la forma peculiar de la dominación burguesa en Chile. Pero habría que hacer este mismo

análisis con respecto al momento de la crisis. Creo que, en términos muy generales, tú hiciste la historia de la constitución del poder de la dominación burguesa y no la historia de las contradicciones de la dominación burguesa.

#### N. LECHNER:

De allí que si tenemos que abandonar conceptos que podían tener cierto valor para un período y para una fase determinados, se presenta el problema de reescribir la historia. Tenemos que reinterpretar todo, incluso el Frente Popular, con nuevas categorías. Pero, ¿dónde obtener estas categorías? Obviamente, ellas no afloran por sí mismas de la historia. La falta de ciertas conceptualizaciones representa, a mi juicio, el problema fundamental. Así por ejemplo, sobre la Unidad Popular los científicos sociales estamos hablando más bien sobre la base del sentido común. Así también, recurrimos al concepto de doble poder como una categoría abstracta cuando habría que reconstruirla a partir del proceso chileno. Esta categoría es el elemento central para la definición de la transición.

#### E. FALETTTO:

Yo pienso también que el doble poder es el punto central, doble poder que se define en términos de una situación revolucionaria, considerando que no necesariamente dicha situación conduce a la revolución. Pero el problema de la transición, tal como está planteado en estos momentos, más que transición habría que llamarlo situación revolucionaria, no necesariamente transición al socialismo. Esta situación revolucionaria se expresa en términos de doble poder, pero ¿cómo analizar, en términos menos abstractos, esto que es doble poder? A partir de las alianzas de clase, y los núcleos centrales de estas alianzas: burguesía y proletariado? Y habría que recuperar la definición de la burguesía en el momento de su crisis de dominación, así como la significación del proletariado, quien ya no aparece como simple elemento que constituye la posibilidad de dominación de la burguesía sino como el elemento que constituye la posibilidad de su crisis. Es decir, hasta Frei el análisis del proletariado constituía la posibilidad de dominación de la burguesía; en este momento además de constituir esa posibilidad, constituye también la posibilidad de la crisis de esa dominación. Y, por tanto, la recuperación de la historia del proletariado tiene otro sentido.

#### L. BARROS:

No obstante, la necesidad, en términos generales, de recuperar el proceso histórico, quisiera puntualizar algunos problemas para la investigación, algo más específicos, que han surgido de esta discusión. En primer término, la necesidad de una conceptualización de las clases medias teniendo presente el grado y carácter del desarrollo capitalista en nuestros países.

En segundo lugar cuáles serían las experiencias históricas que a nivel de la conciencia y de la ideología estarían marcando al proletariado chileno y determinando sus posibles alianzas. Y por último, plantear concretamente el problema del doble poder considerando las características específicas de la formación social chilena.

# araucaria

por las ramas de  
de Chile

Las recuerdo semanales, de todos los lunes, en París; entretenidas e interesantes, con mucha discusión, ideas, proyectos, y aliviadoras de la nostalgia: eran las reuniones de la revista *Araucaria*, que yo asumía como una militancia de lujo. Mis imágenes no son demasiadas y son difusas y más estáticas que en movimiento. El tango se equivoca y, en este caso veinte años es mucho, a pesar de su importancia en mi y en mi quehacer personal pues fue allí donde comencé a escribir sin pausa y porque fue allí donde conocí mejor, y desde dentro, del funcionamiento y de las relaciones humanas en el Partido Comunista de Chile, que yo había elegido para volcar mis inquietudes sociales y políticas, y que terminé por abandonar, hacia 1981, en silencio y con dolorosa dificultad... Entonces, es obvio, también me retiré de *Araucaria* pues era de partido y de "el Partido", aunque no todos sus colaboradores ni lectores pertenecieran a él.

Carlos Orellana, su Secretario de Redacción, ha contado su historia de la revista (!), y yo, una de las integrantes de su Consejo de Redacción, hablaré otra mirada, sabedora de lo que fue hacer la publicación en los algo más de cuatro años que en ella colaboré, estando menos enterada de los "tejemanejes" partidarios sobre ella que Carlos -a mi entender, en ocasiones, el verdadero Director-, pero más próxima a los rumores que la rodeaban y que, por lo general, sólo llegan a los militantes de base, tanto ayer como hoy, y en todas las agrupaciones políticas.

¿Empezaré desde el comienzo?: ¿desde esa reunión, en 1977 o 1978, cerca de Montmartre, tal vez en el departamento de Eugenia Neves, donde por primera vez yo me sentaba cerca de Volodia Teitelboim y podía conversar con él? Volodia, a quien todos los otros asistentes conocían y algunos..., incluso, tuteaban. Había más personas, pero sólo "veo" en mi memoria, a Carlos, Eugenia y Luis Bocaz, todos mayores que yo y antiguos afiliados del Partido Comunista. Volodia, esa especie de mito -ya en ese entonces!- pues desde sus 22 años había sido incorporado al Comité Central, y en él seguía, aunque no cesaba de comentarse su constante y ya tradicional pugna por ayudar a que los "obrenistas" ampliaran su visión sobre los intelectuales ("trabajadores de la cultura", se les prefirió llamar durante el gobierno de la Unidad Popular). El camarada Volodia, a quien tanto gustaba París -que Walter Benjamin llamó: "capital del siglo XIX"-, pero debía residir en Moscú, como disciplinado miembro de la instancia suprema de un Partido incondicionalmente pro-soviético, y jerárquico y vertical al extremo. Volodia, autoridad máxima en sus idas a Francia, y no sólo de *Araucaria* sino del PC de Chile, que sumaba, allí, dos o tres centenas de militantes. Sin embargo, era en las reuniones de la revista donde se exhibaba: si referían al arte, sus pareceres podían discutirse, mas si algún matiz político-ideológico guardaban, (tácitamente) eran irrefutables y se volvían decisiones "oleadas y sacramentadas" (y este vocabulario religioso no lo utilizo por casualidad al referir a un Partido -en esos años ¿y hoy?)- tan litúrgico, tan lleno de ritos y dogmas y hasta de adscripciones y reverencias que casi exigían fe absoluta). En esas ocasiones, el Director era implacable y no siempre directo.

Aparte de algunos lugares-comunes y deformantes hasta el ridículo, es poco lo que en Chile se conoce del exilio: no se ha querido saber de él, no se ha querido enfrentar, y como a pocos les interesa, se ha optado por el silencio, el murmullo, el olvido... El exilio, ese castigo, no fue homogéneo porque cada uno lo vivió de manera diferente: de acuerdo a su militancia, a su edad, a su oficio o profesión, entre tantos factores. Por otra parte: no era lo mismo residir en Rumania que en Italia, en Moscú o Mozambique, en Berlín (de Alemania Federal), Costa Rica o Berlín (de la Alemania Democrática)... Fue así como en sordina, primero, y con menos fuerza que la llamada "renovación socialista", también en el PC chileno comenzaron a oírse voces críticas y discordantes con las visiones y acuerdos monolíticos, no sujetos a cuestionamientos. Por supuesto, a *Araucaria* llegaron artículos que acogían un malestar informe y amplio, que abarcaba desde los modos de funcionamiento y la "democracia" interna hasta las distintas interpretaciones del marxismo, pasando por las dudas respecto a las bondades de los llamados "países socialistas", entre otras inquietudes. "Por supuesto", éstos no se publicaron, "no podían publicarse", y no olvidó los drásticos juicios del Director, descalificando a personas, no posiciones. Por supuesto, no era fácil guardar el equilibrio para que esta revista (atípica en el PC, hay que decirlo) continuara existiendo, a causa del rechazo -y hasta animadversión- que le tenían algunos personeros del Comité Central por considerarla elitista y que desviaba dineros que debían ir a la solidaridad, a la "resistencia". Por otra parte, no siempre se comprendía la relación del militante con ella y algunos dirigentes medios exigían que todo adherente la comprara: la sorpresa

era grande al no encontrar el ya habitual boletín informativo centrado exclusivamente en *el Partido*, su día a día, su quehacer partidario, sus actitudes frente a la dictadura, sus posturas ideológicas... En algunos militantes hubo molestia y se concretó en escasas y anónimas acciones: una vez, en el Consejo de Redacción, recibimos las ilustraciones del pintor Guillermo Núñez, arrancadas del número 4: habían sido consideradas demasiado "abstractas". Sin embargo, la inmensa mayoría apoyaba la revista que, por lo demás, por su variedad de temáticas, de campos, asuntos, colaboradores, siempre podía despertar interés. Porque ella trascendía las fronteras del PC no sólo en difusión y recepción sino, también, en

autores, aunque yo diría que los contornos de este círculo eran menos amplios que el de las anteriores y se prolongaban sólo hasta los "amigos" y "compañeros de ruta", de acuerdo a los vaivenes partidarios, si se trataba de textos más políticos o referidos a la contingencia. De modo distinto, si se trataba de participantes ligados a otros ámbitos: las disciplinas artísticas, especialmente. En este caso, la amplitud era tal que su casi exclusivo límite era ser oponente de la dictadura.

*Araucaria* tenía secciones que se intentaba se mantuvieran de trimestre en trimestre. De modo semi o totalmente explícito, algunos nos hicimos cargo de una de ellas, lo que no significaba decidir de modo individual su "contenido" pues siempre se hacía una propuesta y cada uno de los integrantes del Consejo de Redacción opinaba, hacia sugerencias. Así, Luis Bocaz fue el "inventor" de los "Capítulos de la Cultura Chilena", que recogieron material básico sobre: la plástica, la música, la universidad, la ciencia, el teatro, las ciencias sociales, el cine, y todavía hoy me parecen importante antecedente, si se quiere conocer la historia de una de esas áreas. Interesante era la mirada que, tanto aquí como en la revista completa, quebraba con la jerarquización entre alta cultura y cultura popular. Interesante, también, la parca visión hacia las artes y otros campos del saber, sin priorizar uno ni desmerecer otro. Interesante, asimismo, la convergencia de disciplinas de los escritos de cada ejemplar, cruce que se iniciaba en el mismo Consejo de Redacción por las diversas actividades y proveniencias profesionales de cada uno.

En parte por ésta, pero, además, por mi pasión por la literatura y por un algo de reticencia e indiferencia de los otros hacia las decenas y decenas de manuscritos y producción literaria que llegaba, me fui transformando, de cierto modo, en su lectora más entusiasta. Es verdad que la sección "Textos", de los tres primeros números, acoge exclusivamente a autores consagrados, chilenos y latinoamericanos, pero, poco a poco, con seudónimo o con el nombre real, desde el "interior" y el exilio, comenzaron a aparecer otras firmas, menos canónicas y hasta algunas absolutamente nuevas: Jorge Montealegre, Mauricio Redolés, Bruno Montané, Roberto Bolaño, entre tantos. Rara vez primó otro criterio que la calidad para seleccionar los textos y publicarlos. En mi correspondencia con quienes querían llegar a ser colaboradores, pude "conocer" a muchos: a través de ella me enteré, por ejemplo, de la dedicación y constancia de Bolaño para llegar a ser escritor profesional, costara lo que costara... Supe, asimismo, de la generosidad y modestia de Julio Cortázar cuando, a solicitud mía, escribió al diario *El Mercurio* exigiendo que no publicaran los artículos suyos que les llegaban a través de la Agencia española EFE, pues no quería aparecer colaborando en un medio que había hecho todo para contribuir a despeñar el gobierno de Salvador Allende. Supe, también, de la inmensa producción artística de chilenos, de Chile y del exterior, porque éste fue otro de los rasgos de *Araucaria*: no concebirse jamás como revista del exilio sino, "simplemente", como una revista chilena y, por esta razón, siempre intentó acortar la separación que la dictadura quería hacer profunda e irremediable entre los exiliados y los "de dentro": así, no se ahorraban esfuerzos para conseguir colaboraciones desde todos los lugares, con énfasis particular en Chile.

Entre los muy numerosos, y casi incontables, proyectos y realizaciones que existieron en el exilio chileno, creo indudable que *Araucaria* ocupa un espacio significativo. Justamente, para enterarse de ese tiempo y sus complejidades, esta revista me parece un documento insoslayable: leer *Araucaria* es recorrer y percatarse cómo era un Chile que hoy no existe, y no sólo porque haya terminado el régimen militar.

Soledad Bianchi

NOTA  
) Carlos Orellana: "Bitácora personal de una historia colectiva", en: C.O.: *ARAUCARIA de Chile* Índice General (1978-1989). Santiago, Ediciones del Litoral, 1994.

## sumario

A los lectores	5	ne documental chileno / Nelson Villagra: los cien rostros latinoamericanos de un actor	101
De los lectores	6	De «La ciudad y los perros» a «Jaguar» (Ricardo Figueroa)	117
Mirar el 87 con los ojos abiertos (Victor Valentín)	9	calas en la historia de Chile	
La muerte de un actor (Volodia Teitelboim Antonio Skármeta Declaración del P.C. de Chile)	15	Jaime Concha: Luis de Valdivia, defensor de los indios	123
nuestro tiempo		los libros	
Eduardo Galeano: Defensa de Nicaragua	25	Andrea Morales: Historia de la intolerancia en el pueblo mapuche	135
El «Irangate» y la América Latina (Carlos Fuentes)	33	Pilar Tordera: El pueblo Mapuche y la sociedad chilena	147
conversaciones		textos	
Marta Harnecker: Los cristianos en la Revolución Sandinista Conversación con Luis Carrión	37	Virginia Vidal: Sobre lucha y poesía del pueblo mapuche	158
exámenes		Selección de poesía mapuche	164
Sergio Vuskovic: Cristianos y marxistas en América Latina	49	crónica	
La iglesia chilena perseguida por la dictadura (Hernán Sotol)	57	El cataclismo de Damocles (Gabriel García Márquez), p. 183 / Chile vive (Raúl Zurita: Arte y Auschwitz, p. 187 / Carlos Orellana: Ho-manaje a un pueblo pertinaz), p. 189 / Al- lende, demócrata intransigente (Humberto Díaz Casanueva), p. 194 / Varía Intención (El «cul- tural Mapocho» o la memoria activa - El va- lle del espíritu - El rock contra Pinochet - Auto de fe - La Dictadura y los libros)	198
temas		INDICE GENERAL: N.º 29 al N.º 36 (años 1985-1986)	208
Tomás Gutiérrez Alea: Confesiones de un cineasta	79	Las pinturas y dibujos de portadas e interiores del presente número pertenecen a Andrés Ga- na (n. en 1946), pintor residente en París	
Breve mirada al cine cubano (Sol Aymará), p. 90 / La fiesta del cine pobre (Pamela Ji- les), p. 93 / Asomarse al mundo en el Festi- val de Leipzig (Luis Alberto Mansilla)	95		
capítulos de la cultura chilena			
Jacqueline Mousca: Variaciones sobre el cri- ne (Contiene: Sergio Bravo, pionero del ci-			



sobre

# La Castaña

## 1. NACE EN EL MUNDO DEL TRABAJO

La *Castaña* se publica al inicio de los '80, en un momento en que un sector de los "escritores jóvenes" se vincula más con la publicidad (trabajando, generalmente, como redactores creativos) que con la universidad intervenida. En ese ámbito laboral se produce el encuentro de escritores (principalmente poetas) y gráficos (diseñadores, dibujantes). Esta complicidad (de los *currículos ocultos* –vocacionales y políticos– de quienes trabajábamos en publicidad) era propicia para la incorporación de la irreverencia, el humor, el cómic; y la búsqueda de soluciones *no-literarias ni académicas ni clandestinas* para construir una "revista de poesía" (autogestionada, independiente, antidictatorial, progresista, de bajo costo, sostenida con trabajo voluntario, sin fines de lucro, de factura profesional). Obviamente, al revisar sus ocho números resulta ser más que una revista de poesía y no sólo –como se definía– "de humor, gráfica y poesía".

## 2. ILEGAL, PERO NO CLANDESTINA

Entre las publicaciones de oposición (desde las clandestinas "más peligrosas" hasta las legales-permitidas) *La Castaña* era "ilegal, pero permitida"; es decir, solicitamos autorización para circular; la dictadura nunca la dio, pero la publicamos igual, con nuestros nombres y dirección; y se distribuía por mano e incluso se vendió en algunas librerías. Siempre quisimos superar cierta "dureza" estética y retórica del subterráneo; una superación en calidad gráfica y literaria, respecto de las otras publicaciones ilegales. Sin ser especialmente costosa y nunca lujosa, recurriendo a materiales precarios como el papel de envolver, quisimos probar que una revista "popular" o "pobre" no tenía por qué ser "fea", descuidada,

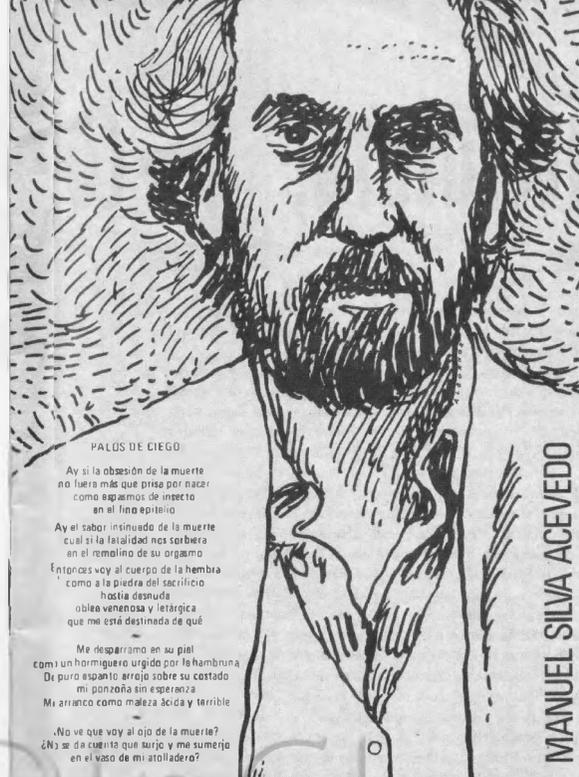
mal escrita. Sin ser insensibles al dolor ni políticamente desinformados, preferimos el humor y la ironía al tono grave y panfletario. De hecho nos vimos prefiriendo la semilegalidad a la clandestinidad, la reivindicación de las autorías al nombre de batalla.

## 3. LA BELLEZA BAJO LAS PÚAS

*La Castaña*, desde su nombre quiso ser una metáfora, que se explicó en su N°0: "*fruto nutritivo y sabroso que está envuelto por una cáscara correa, llena de púas*". En un momento caracterizado como de "apagón cultural" nuestro sello se llamaba "Ediciones *Tragaluz*". Al rescatar la escondida belleza del papel de envolver –de tono castaño– buscábamos acercarnos al propósito ético y político de "convertir la miseria en dignidad". Todo significaba.

## 4. RESQUICIOS LEGALES

Actuando en la superficie, como en una lectura pública de poemas, nuestro mensaje irónico era muchas veces una "indirecta". Así, "reciclábamos" textos para que tuvieran una lectura contingente. Por ejemplo, uno que criticaba la dictadura de Ibáñez –"El delito del rumor", de Jenaro Prieto– o el discurso de Sacco y Vanzetti, o textos de Kafka, Michaux, de cronistas, etc. O, sin comentarios, proponíamos textos que resultaban irónicos como éste de Dalí: "*Lo peor para la humanidad es la libertad... la prisión es lo mejor... la libertad es un principio funesto*". Queríamos potenciar texto y contexto. A esos textos, le sumábamos siempre alguno de connotación ecologista y/o de rescate de pueblos originarios.



## 5. POLÍTICA DE INCLUSIÓN

En la selección de textos y de colaboradores gráficos no había –diría– una opción estética explícitada. La invitación era abierta (y no se pagaban las colaboraciones). Era inclusiva, privilegiando a quienes no tenían tribuna en Chile... o tenían poca. Por ello, siempre y en todos los números hubo escritores exiliados (Uribe y Bolaño, por ejemplo, cuando eran prácticamente desconocidos en Chile); siempre hubo algún(a) inédito(a) (Pedro Maldonado, cuando no firmaba Lemebel). También de diversas generaciones (Gonzalo Rojas, Teillier, Hahn, Hernán Castellano, Millán, Ana María del Río, Rodrigo Lira, Teresa Calderón, Verónica Zondek, Mauricio Electorat, Andrés Morales, etc.). Buscábamos mostrar también la otra faceta de los autores (escritores dibujando; Lihn, por ejemplo; cantantes y dibujantes escribiendo; Isabel Parra y Payo Grondona; Roberto Matta; José Palomo y Rufino, por ejemplo). Habitualmente publicábamos alguna muestra ("poetas chilenos jóvenes en Europa", por ejemplo). Obviamente funcionó como un medio de expresión propio y nos publicamos nosotros mismos. Estábamos fuera de otros circuitos. Nos alejábamos del panfleto y de cierto snobismo. Los títulos que publicamos en las Ediciones *Tragaluz* denotan las zonas de expresión con las cuales estábamos conectados: *Palabra de mujer* (Heddy Navarro) *Exilios* (J. M. y Bruno Serrano), *Contradiccionario* (Eduardo Llanos), *Señales de Humo* (Sergio González). Por último, diría que no teníamos un discurso crítico explicitado, salvo la "revisión de la crítica" en el Chile de entonces que hace Eduardo Llanos: *A propósito de Anteparaiso*.

## 6. CALABAZA, CALABAZA.

En estos días –ya del 2005– creo que esta mezcla de poesía, gráfica, humor y crítica social, también está en la revista "Calabaza del diablo", con su suplemento satírico "La momia roja". Fue –creo que ya dejó de publicarse– una iniciativa que podría situarse en el carril de *La Castaña*. Puede haber otras, pero las condiciones han cambiado demasiado como para hacer comparaciones. No era el colmo de original, pero nos gustó hacerla. Eso es todo.

*Fraternalmente, Jorge Montealegre  
(y Hernán Venegas, el otro editor, quien  
tendría mucho que decir sobre la gráfica)*

# Literatura, Economía, Política

(fragmentos)

## 1. Usos de la literatura

“Todo libro comienza como deseo de otro libro, como impulso de copia, de robo, de contradicción, como envidia y desmesurada confianza”.

“Homenaje a Roberto Arlt”, el texto de Ricardo Piglia que cierra la colección de relatos *Nombre falso*, a primera vista gira enteramente en torno a la temática del plagio como eje para una nueva visión de lo literario. Esta visión ubicaría el acto de escribir entre los dos polos extremos de la originalidad, la cual resulta indesable además de ser ilusoria, y la falsificación, la cual se vuelve deliberada hasta el punto de convertirse en un auténtico deber. En realidad, como otros críticos ya han sugerido, de lo que se trata en este relato sería de conjugar, a través de la idea del plagio, no a una sino a dos figuras claves de la literatura argentina moderna: no sólo a Arlt sino también a Borges. El proyecto consistiría en combinar las modalidades de ambos precursores en la dirección de una sola poética del relato, allí donde antes había un diálogo de sordos tributario de aquellas viejas polémicas, tan determinantes para la historia de la literatura argentina, en torno a los grupos de Boedo y Florida. Piglia franquearía por fin el abismo entre la literatura social y la autonomía del texto. Mostrar, mediante una práctica nueva del relato, la falacia de estas oposiciones y otras como la de compromiso y vanguardia: tal sería finalmente la ambiciosa síntesis posibilitada por la idea del plagio—todo ello, al parecer, sin necesidad de que se excedan los límites mismos de “lo literario”, con todo lo que esta noción encierra o promete.

El experimento de Piglia comienza aunando la práctica con la teoría del plagio a partir del epígrafe inicial para el libro *Nombre falso*, epígrafe que aparece transcrito como una frase atribuida a Arlt cuando de hecho es una cita no por ello menos enigmática de Borges: “Solo se pierde lo que realmente no se ha tenido”. Sin comentar por ahora los posibles significados de la frase, podemos observar cómo el simple gesto de una cita falsamente atribuida no sólo cumple ya el programa del plagio antes de dar comienzo al relato donde éste será el tema principal, sino que, por la doble referencia, anticipa también la hipótesis de que la deuda del autor no será menos fuerte hacia Borges que hacia Arlt.

Incluso más allá de *Nombre falso*, como bien se sabe, el proyecto de reescribir la historia de la literatura argentina a partir de esa combinación, uniendo dos modos de narrar aparentemente incompatibles, será una constante en todo el trabajo ulterior de Piglia, no sólo como escritor sino también como crítico y como profesor, hasta el punto en que el mismo durante mucho tiempo pensaba usar el título *Entre Borges y Arlt* para reunir sus ensayos críticos que ahora conocemos en varias ediciones como *Crítica y ficción*. “Cruzar a Arlt con Borges”, dice en una entrevista de los ochenta, “es una de las grandes utopías de la literatura argentina”, y añade: “Arlt y Borges son los dos grandes escritores argentinos y en algún sentido a partir de ellos se arman todas las genealogías, los parentescos y las intrigas de la literatura argentina contemporánea”. Así, lo que en el texto final de *Nombre falso* emerge como una doble reescritura de la tradición del escritor argentino,

prepara también los famosos debates sobre Arlt y Borges que aparecerán más tarde en *Respiración artificial*, sin duda alguna el libro más famoso y más discutido de Piglia.

Desde este punto de vista, los aspectos literarios que comparan los dos precursores convergen en el uso creativo de la tradición a través del desvío irónico o paródico de autoridades y traducciones; en el manejo delirante de citas falsas o rectamente atribuidas; en la mezcla heteróclita de géneros, entre altos y populares, narrativos y ensayísticos; en la causalidad del crimen y el relato de su investigación; en una visión paranoica de la sociedad basada en el complot y en la traición como acto heroico más allá del bien y del mal; y, finalmente, en la incorporación al texto del papel del lector como detective encargado de descifrar un enigma de tipo policial—materias y técnicas, todas ellas, que también marcan con su sello inconfundible la narrativa y la crítica de Piglia.

Hasta ahora, sin embargo, esta lectura bastante común, ceñida a los efectos intra o interliterarios del plagio y la falsificación, ha sido incapaz de dar cuenta del pensamiento crítico-político que como un relámpago atraviesa las páginas de “Homenaje a Roberto Arlt”. Tampoco se puede entender la fuerza maudita de *Nombre falso* si antes ignoramos que, más que una continuidad, hay un profundo quiebre ideológico que separa el texto final de esta colección de todo el proyecto ulterior de *Respiración artificial*. Con este quiebre no me refiero sólo al golpe militar de marzo de 1976 como a un referente histórico externo sino, más bien, al cambio de rumbo que desde el interior de ambos textos de Piglia —el uno publicado justo antes de la dictadura cuando el autor junto con gran parte de su generación vive todavía una etapa de fervor revolucionario y el otro ya plenamente bajo el régimen de los militares— afecta tanto la historia política como sus repercusiones en la genealogía literaria. Lo que se pierde en este cambio de rumbo, en primer lugar, bien puede afectar la dimensión prescriptiva de la política como procedimiento de emancipación de la colectividad. La ausencia de esta dimensión, sin embargo, no dejará de trastornar también el estatuto del acto literario propiamente dicho, abriendo una fractura en mi opinión difícil de saldar entre el proyecto que culmina en *Nombre falso* y el que comienza con *Respiración artificial*.

Para seguir la lógica textual de “Homenaje a Roberto Arlt”, mi hipótesis será que en este relato coexisten dos series de acción y significación imbricadas, la primera literaria y la segunda política, las cuales hace falta articular de manera rigurosa, sin separarlas en términos de una exterioridad estanca, ni abandonarlas a una falsa profundidad interpretativa. Esta hipótesis es ciertamente coherente con la tesis del propio autor, hoy día en verdad ya un tanto trillada, según la cual un relato narra siempre dos historias, una visible y otra invisible. “Un relato visible esconde un relato secreto, narrado de un modo elíptico y fragmentario”, así lo afirma Piglia: “No se trata de un sentido oculto que dependa de la interpretación: el enigma no es otra cosa que una historia que se cuenta de un modo enigmático”. En razón de la fama de la que goza esta tesis desde hace varios años, resulta más sorprendente aún que no haya una lectura crítica que sistemáticamente aplicara ese mismo principio al relato final de *Nombre falso*. Deberíamos no solamente entender este relato como un alegato en contra de la propiedad literaria en nombre de una nueva “estética” del plagio o de

la intertextualidad, alegato tal vez adornado con unas cuantas anécdotas pintorescas entresacadas del marxismo o del anarquismo, sino también inscribiendo, justamente a través de tales anécdotas, en el marco político de todo lo que empieza a definir a la “nueva izquierda” a finales de los sesenta y principios de los setenta, al replantear el problema clásico, heredado del marxismo-leninismo, de la posición del intelectual frente al partido, así como su relación orgánica con las masas para las cuales éste pretende servir de vanguardia revolucionaria.

Con “Homenaje a Roberto Arlt” estamos ante un relato que no puede leerse cabalmente sin conectar la práctica literaria con la militancia política e ideológica contemporánea. Esta última acreta incluso, como uno de sus núcleos más productivos, una crítica devastadora de la noción misma de “lo literario”. Detrás del linaje visible Arlt-Borges, tan ampliamente discutido en la crítica sobre *Nombre falso* y *Respiración artificial*, se esconde en efecto un segundo linaje, esta vez oblicuo pero al mismo tiempo secretamente aludido en el texto de *Nombre falso* e incluso, más allá de esta colección, en la novela reciente *Plata quemada*, al que podríamos referirnos como el linaje invisible Mao-Brecht. En el trabajo de Piglia, además, el significado de los primeros dos debe entenderse siempre en clave ideológica a la luz de la obra de estos últimos. Tal parece haber sido la intención programática, por ejemplo, de un curso que el propio autor anunciara para el primer cuatrimestre de 1975, año en que se publicara la colección de relatos *Nombre falso*, en el Centro de Investigaciones en Ciencias Sociales de Buenos Aires, bajo el título llamativo “Hipótesis para un análisis ideológico de la literatura: Arlt y Borges”. También los primeros cursos de Piglia en los Estados Unidos, en 1977, parecen haber girado en torno a la misma problemática. Y la teoría y la práctica del plagio claramente forman parte de este doble marco de análisis de la ideología de la literatura.

El uso del plagio en Piglia no se limita a una cuestión puramente jurídico-literaria, aún incluyendo el papel ambiguo de la crítica al interior del texto creativo mismo. Por el contrario, al cuestionar las fronteras mismas de lo legítimo y lo ilegítimo en todos los niveles de la sociedad y no sólo en el ámbito de las letras, el relato implica asimismo un oscuro fondo ético-político. En otros tiempos este trasfondo sin duda se habría definido en términos de “compromiso” o de “autenticidad”, pero hoy, después del derrumbe de la prescripción revolucionaria, podríamos reformularlo como una cuestión de “pureza” o, más bien, de “fidelidad” subjetiva. Por lo menos, esto es lo que nos permitirá plantear la hipótesis de trabajo según la cual “Homenaje a Roberto Arlt” debe leerse como un texto profundamente marcado por las ideas de Mao y de Brecht—más allá, o más acá, de la alternativa entre Arlt y Borges.

## 2. Un modelo para armar la crítica

“Quiero decir, escribir es siempre leer de un modo particular y para hablar de influencias (es decir, de la aprobación, de la herencia, pero también del robo, del plagio, o sea, en última instancia, de la propiedad) me parece necesario apoyarse en una teoría de la lectura”.

Lo que propongo aquí puede leerse también, en más de un sentido, como un tratado sobre epigramas o epígrafes, poco importa ahora que sean correctos o falsamente atribuidos. Unas veces son simples frases relativamente autónomas intercaladas en el cuerpo del texto, otras se erigen en auténticas máximas, o reglas de pensamiento, al principio de un libro o un capítulo. En cada caso, sirven para condensar la ideología de la literatura así como su crítica por parte de Piglia. Este último comenta la táctica por seguir, cuando una entrevistadora lo interroga sobre el posible efecto autoritario de tales máximas: “¿Por qué los escritores usan ese estilo epigramático? Alguna vez intenté sacar de los textos de Borges lo que yo llamaba definiciones ideológicas separables como, por ejemplo, ‘A la realidad le gustan las simetrías’. Hice una lista de todas esas frases y allí había un diccionario ideológico borgeano”. De hecho, otro ejemplo del uso creativo del plagio, el modelo para esta lectura—incluyendo la expresión “enunciado ideológico separable” como eje para el análisis—proviene del pensador francés Alain Badiou, entonces maoísta también, en su ensayo “La autonomía del proceso estético”, el cual fue recopilado por Piglia en 1971 en una antología de textos teóricos, *Literatura y sociedad*, junto con su propio ensayo sobre las ideas estéticas de Mao Tse-tung<sup>1</sup>.

De lo que se trata es de demarcar todas aquellas frases que, como enunciados extrapolables, sirven para anclar un texto en los materiales ideológicos de su época. Para decirlo en términos de una versión posterior de la misma teoría, la cual aparece en *Prisión perpetua* de Piglia, los enunciados ideológicos separables funcionan, a la manera de sentencias o proverbios, como huellas de acontecimientos perdidos, como restos de grandes ficciones sociales olvidadas: “Ustedes deben ver en esos dichos, dice, las ruinas de un relato perdido; en el proverbio persiste una historia contada y vuelta a contar durante siglos”, y más adelante: “Esas frases son ruinas de relatos perdidos y de escenas reales. Si uno puede reconstruirla, dice, podría conocer la historia de la forma de vida de las clases populares”<sup>2</sup>. En el caso de Piglia, hacer una lista de todas esas frases llevaría no sólo a un diccionario ideológico sino, además, a un modelo para la crítica de la ideología literaria, basada en una teoría materialista de la cultura. No cabe duda, dicho sea de paso, que este hipotético trabajo de reconstrucción, aplicado a toda una narrativa popular latente que se condensaría en un proverbio o un refrán, para bien o para mal encontró una importante fuente de inspiración en el estilo mismo de las máximas del presidente Mao.

Como consigna inicial para esta crítica materialista de la producción literaria, podríamos retomar una cita atribuida a Witold Gombrowicz con la que Piglia abre su volumen *Crítica y ficción*: “No hay que hablar poéticamente de la poesía”<sup>3</sup>. Desde la posición de la crítica, no hay que someter a su vez el desciframiento de la literatura (en este caso, de la poesía) a los cánones de verosimilitud que en cada sociedad definen siempre ya qué es lo decible o lo legible y, luego, al interior de este campo específicamente hablando, qué es lo literario (o qué es lo poético). Incluso si a veces es cierto que los mejores críticos en efecto son los mismos escritores, como curiosamente pretenden no sólo la mayoría de los poetas y narradores, lo cual todavía se entiende, sino también algunos de sus más famosos críticos, lo cual es ya un síntoma de

algo más grave, no hay que despreciar hasta tal punto la posible función independiente de la labor crítico-teórica. De lo que se trata, más bien, es de captar la especificidad del trabajo de escribir, sea este crítico o creativo, en relación con otros tipos de trabajo tanto material como intelectual que juntos constituyen el hilo y la trama de cada sociedad.

El arte y la literatura no se definen puramente al nivel de la forma, sino en términos de una función social; a su manera, participan en las contradicciones que definen la sociedad en su conjunto. Usando el vocabulario de la época, cuando la promesa revolucionaria aún no se había agotado, este conjunto de contradicciones debe leerse en términos del antagonismo de clases. Como escribe Piglia en su ensayo "Mao Tse-tung: práctica estética y lucha de clases", publicado en la revista *Los Libros* que durante dos años, entre 1973 y 1975, dirige junto con Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano—época maoísta por lo demás indispensable para abicar los posibles efectos ideológicos de *Nombre falso*. "El efecto estético, la significación ideológica, el modo de producción, las formas de distribución y de consumo, los materiales y los instrumentos de trabajo, es decir, el sistema literario en su conjunto, está determinado por los intereses de clase: y son los intereses de clase los que en cada caso determinan qué cosa es el arte y a quién (para qué) sirve"<sup>12</sup>. La función social de la literatura, sin embargo, suele quedarse oculta, disimulada por la idea de un arte libre que no sirve para nada. Y es que una sociedad se define también por sus códigos de verosimilitud que naturalizan el significado de las obras, garantizando la ilusión de un régimen de lectura transparente e inmediato. "Así lo verosímil burgués es la legalidad del texto, su pase libre, un reaseguro de comunicación en el proceso de consumo social de lo producido", escribe Sarlo en otro ensayo para *Los Libros*. "El texto 'sirve' porque es verosímil; es decir, todo texto verosímil tiene un *fin*, ser leído sin violar su código, en la aceptación de que ese es el *exhíligo natural*, que por lo tanto no hay otra naturalidad sino la del texto"<sup>13</sup>. La primera tarea para una crítica materialista debe consistir, entonces, en la desnaturalización del sentido, la cual implica asimismo una labor de reinscripción del arte y de la literatura en el conjunto de las prácticas sociales.

Como dice Brecht en el epígrafe citado por Piglia en su ensayo sobre Mao para *Los Libros*: "El arte es una práctica social, con sus características específicas, y su propia historia: una práctica entre otras, conectada con otras"<sup>14</sup>. Esta idea brechtiana, que abre la perspectiva para una lectura del arte como rama de la producción material, empalma directamente con las teorías maoístas sobre la práctica y la contradicción. "Para Mao, la sociedad está dividida en tres prácticas fundamentales: la lucha en la producción, la lucha de clases, y la cultura y la experimentación científica", así lo resume Piglia: "Cada una de estas prácticas (economía, política, cultura) tiene, entonces, una forma específica y una inteligibilidad propia, definida a partir de la teoría de la contradicción, en el interior de la cual Mao piensa la vida entera de la sociedad"<sup>15</sup>. Rearticular estas prácticas entre sí, sin perder de vista la especificidad del arte y de la escritura, definiría finalmente la meta para "una crítica política de la cultura", según la expresión que, a partir de aquel entonces, empieza a servir como nuevo subtítulo para la última etapa de *Los Libros*. Tal parece ser, asimismo, la única crítica que Piglia considera válida, a diferencia de su deformación académica o periodística, la cual desempeña más bien una función mediadora como representante de la ley del mercado. Como dice en una entrevista: "La crítica válida es aquella crítica que dedicada a la literatura genera un concepto que puede ser usado fuera de allí. Esos son los críticos que a mí me interesan, es decir, que uno lee sobre literatura leyendo, y sólo sobre literatura; pero lo que dicen sobre literatura construye un concepto que puede ser usado para leer funcionamiento sociales, modos del lenguaje, estructura de las relaciones"<sup>16</sup>. El valor

de la crítica literaria depende de un trabajo simultáneo de redefinición del campo social como un conjunto de prácticas articuladas.

Frente al problema siempre abierto en torno a las relaciones entre literatura y sociedad, el espacio de la crítica se descentra según la paradoja de una exterioridad interna. Con todo rigor sólo se lee el afuera de la literatura desde dentro de su práctica escrituraria. Lo mismo puede afirmarse con respecto a "Homenaje a Roberto Arlt", en el sentido de que el relato trasciende el marco de lo estrictamente literario sin jamás salir de él. Mejor dicho, a través de un trabajo crítico sobre la idea del plagio, el relato acuña una serie de conceptos que, al ser extraídos del ámbito donde operan de manera privilegiada cuando no exclusiva, son capaces también de reconfigurar los modos de ser de la política en lo que podríamos llamar su secuencia maoísta, o posleninista.

Finalmente, este modelo de la crítica, que en los setenta empieza a ser compartido por una generación de jóvenes intelectuales argentinos en torno a revistas como *Los Libros* y *Crisis*, presupone que las reglas de inscripción de una obra en el sistema de sus condiciones, de algún modo, sean descifrables desde el interior mismo de su funcionamiento. Como plantea Josefina Ludmer en una encuesta para *Los Libros*: "El sistema de producción de una obra, es decir, su proceso de apropiación, transformación y reproducción de todo lo que la constituye (el incoincidente, el lenguaje, el deseo, la historia, la economía; todo lo 'extraliterario') es la obra misma, es su sistema"<sup>17</sup>. De hecho, el proceso de transformación de esos materiales ideológicos es precisamente lo que, en una narración, da origen a aquel segundo relato secreto, enclavado al interior del primero. Sin caer en el error mecanicista, característico de cierta sociología de la literatura, que consistiría en separar lo literario y lo no-literario para luego preguntarse con falso asombro por su relación de reflejo o de distanciamiento, una crítica materialista de la literatura debe entender la separación misma como resultado del proceso formativo de la escritura como tal. Así, añade Ludmer: "Una de las funciones críticas fundamentales es, pues, el análisis de las transformaciones, de los procesos a los cuales son sometidos todos esos elementos, pero no como meros 'datos extraliterarios' sino como componentes esenciales de la obra"<sup>18</sup>. En este sentido, el estudio minucioso de la estructura de un texto no excluye una crítica a su lugar en el conjunto de la ideología literaria, sino que ésta supone más bien el cumplimiento eficaz de aquel (...).

### 3. El maoísmo, o la política en el puesto de mando

"Mao parecía haber resuelto, desde el gran salto adelante, pero sobre todo desde la primera etapa de la revolución cultural, uno de los problemas que a mí y a mucha gente nos preocupaba, el de la relación entre letras y masas populares"<sup>19</sup>.

La historia del maoísmo argentino abre un capítulo particularmente oscuro en el archivo colectivo de los años sesenta y setenta. Toda esta época en realidad sigue ofreciendo un confuso espectáculo de efervescencia revolucionaria. Son todavía raros los estudios críticos sobre el papel de la intelectualidad en aquellas dos décadas. Así, hace poco, Nicolás Casullo podía preguntarse: "Por qué los años '60 y '70 casi no tienen registro en lo sustancial de nuestra escritura crítica"<sup>20</sup>. Es cierto que hoy, aparte de volúmenes colectivos como el de *Cultura y política en los años '60*, tenemos a nuestra disposición dos estudios clásicos que son *Intelectuales y poder en Argentina* de Silvia Sigal y *Nuestros años sesentas* de Oscar Terán. Sin embargo, que yo sepa, no existe ningún registro comparable para la década de los setenta, menos

aún en cuanto al papel intelectual que en ella haya desempeñado el pensamiento de Mao Tse-tung.

La época que va del regreso de Perón hasta el golpe de Estado, en particular, carece de un estudio crítico-político, más que anecdótico, sobre el encuentro muchas veces violento entre intelectuales y revolución—a pesar de que son años que ahora ejercen una evidente fascinación sobre los más jóvenes. Como sugiere Sarlo en una entrevista reciente: "Todavía hay algo del orden de lo enigmático en la configuración que va, fundamentalmente, de 1973 a 1976 y tiene suficiente atractivo como para que el interés por la historia sea comprensible"<sup>21</sup>. En tanto muestras de este interés, podemos mencionar no solamente películas como *Cazadores de utopías* o una novela como *Villa de Luis Guzmán* y el híbrido que es *El presidente que no fue* de Miguel Bonasso, sino también el ambicioso proyecto de una historia generacional—al estilo de lo que hicieron Hervé Hamon y Patrick Rotman con *Generations* para la posteridad del Mayo de '68 en Francia—en los tres tomos de *La Voluntad* escritos por Eduardo Anguita y Martín Caparros. Explorando la misma vena, en los últimos años también han aparecido varias recopilaciones de documentos originales de la época, otra vez con poco análisis, en relación a la experiencia de la izquierda armada entre los Montoneros y, sobre todo, en el Ejército Popular Revolucionario. En cambio, el lector interesado en el papel de Mao en Argentina debe contentarse con los pocos tratados de la Vanguardia Comunista, luego Partido de la Liberación; con los documentos del Partido Comunista Revolucionario, durante mucho tiempo el órgano oficial del maoísmo argentino, antes de que apoyara al gobierno de Isabel Perón y López Rega; o con las entrevistas autobiografiadas de su líder, Otto Vargas, en *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina*<sup>22</sup>.

Respecto a este auge de interés por los años '60 y '70, podemos decir que en él se ha producido algo así como un "nuevo estilo internacional"<sup>23</sup> que pretende escribir la historia desde abajo, favoreciendo la voz colectiva por encima de la mirada individual. Este estilo otorga un notable privilegio al documento original a expensas de la intervención crítica. Es como si la supuesta inmediatez del acto, o la facilidad desmada de los hechos, hubiera derrotdado la voluntad de interpretar su significado, sin hablar siquiera de su posible verdad. El éxito del testimonio tal vez no sea ajeno a esta tendencia. Sea esto como fuera, nos encontramos en una situación paradójica en la cual, si bien proliferan las ediciones con panfletos y documentos de la época, en cambio no sólo falta el aparato para su interpretación sino que, además, muchos de sus autores originales en años más recientes han denegado públicamente su contenido ideológico. Con todo, el resultado de tanta labor editorial es que el pasado reciente todavía sufre un corte más en la memoria, dejando un vacío que complica enormemente la tarea de las jóvenes generaciones para reconectar los debates intelectuales con las ideas de sus predecesores.

Los dos ensayos de Piglia, "Mao Tse-tung: práctica estética y lucha de clases" y "La lucha ideológica en la construcción socialista", cobran en este sentido un valor no sólo historiográfico, ya que constituyen también una de las raras fuentes teóricas, en el campo artístico-cultural, para estudiar las huellas de la experiencia maoísta de los setenta en Argentina. De hecho, toda la última época de la revista *Los Libros* donde se publican ambos ensayos, hasta su cierre por la dictadura en 1976 y antes de que sus editores, desafiando a la represión con el uso de pseudónimos, iniciaran en marzo de 1978 la publicación de su sucesor *Punto de Vista*, constituye una fuente indispensable para interpretar el paso de las ideas de Mao por Argentina. Es más, su trabajo se inscribe en una línea maoísta institucional—precisamente en Vanguardia Comunista donde Piglia se vuelve a encontrar con Sarlo y Altamirano después de que éstos abandonan las filas según ellos derechos del Partido Revolucionario Comunista.

Incluso en estos casos, sin embargo, el significado de la experiencia puede fácilmente perderse. En la entrevista ya citada del volumen *La izquierda en la Argentina*, Sarlo rechaza la idea de que hubiera algo en la militancia de aquellos años, por más luminosos que fueran, que pudiera rescatarse hoy día: "No veo la razón para buscar elementos identitarios en algo que está clausurado para siempre. Sería un trabajo imposible, desmesurado, para resultados que nadie está esperando"<sup>24</sup>. Ni Lenin ni Mao, ahora considerados demasiado rúscos o inverosímiles, se salvan de esta dura mirada retrospectiva. Piglia, por su parte, quizá no haya revocado su pasado maoísta, pero en una extraña omisión la más completa bibliografía de su obra como crítico y narrador, aquella publicada en *Conversación en Princeton*, también pasa por alto sus dos ensayos sobre Mao en *Los Libros*, ya de por sí difíciles de encontrar. De este modo, insisto, no se puede dar ninguna continuidad, ni mucho menos, el trabajo sostenido de un análisis. Al contrario, muchos lectores jóvenes o extranjeros, sin duda más familiares con *Respiración artificial* que con *Nombre falso*, ignoran inevitablemente el contexto ideológico del que son producto los relatos de este último libro. Si el presente estudio intenta bosquejar el retrato generacional de un grupo de intelectuales cuyos caminos posteriores en algunos casos nunca han vuelto a juntarse, es también en parte para contrarrestar esta tendencia nefasta a la desmemoria.

¿Qué significa entonces el maoísmo en este contexto? Es evidente que ninguna política se exporta tal cual dejando su esencia sin tocar. "Maoísmo" tampoco significa lo mismo en China, en Francia o en Argentina. En muchos casos, además, se trata de "fábulas" inventadas en Occidente, como dice Sarlo. Aún así, es igualmente claro que existe un número limitado de premisas que definen lo que podemos llamar el "núcleo racional" de la doctrina maoísta, para usar la expresión de Badiou—un autor, como sabemos, en aquel entonces muy leído por Piglia<sup>25</sup>. Sobre todo en el plano político, pero con fuertes implicaciones para la teoría de la ideología, la principal novedad del maoísmo con respecto a la ortodoxia del marxismo-leninismo consiste en haber reconocido la existencia de contradicciones internas en un país socialista aún después de la etapa revolucionaria inicial, y en haber respondido a este hecho mesurado proponiendo tácticas y estrategias originales, en particular la famosa línea de masas, la autocrítica de la forma-partido y la reeducación intelectual.

En la época de transición de una sociedad socialista, después de la toma de poder y la apropiación colectiva de la economía, según el maoísmo no solamente persisten todavía muchos hábitos de las viejas clases dominantes, sino que, además, se constituye fácilmente una nueva capa burocrática de cuadros, técnicos y especialistas, privilegiados por el aparato estatal del partido. La vieja división capitalista del trabajo tiende a reproducirse bajo el socialismo, como puede observarse en aquel entonces en la Unión soviética. Este es el sentido de la crítica al llamado revisionismo propuesta en China: al interior de la izquierda, se perpetúa o se renuncia una línea derechista, propia del capitalismo, que separa a la élite en el poder de sus bases populares que son las masas trabajadoras, campesinas y obreras. "Las viejas relaciones capitalistas persisten y tienden a reproducirse asentadas en la división del trabajo", resume Piglia en su segundo ensayo sobre Mao: "La contradicción entre trabajo manual y trabajo intelectual tiene como efecto fundamental la oposición entre funciones de dirección y funciones de ejecución; esta fractura es la base material sobre la que crece y se desarrolla la línea política revisionista, que tiende a excluir a las masas de la dirección para sustituirla por una élite tecnocrática que parece 'destinada' a dirigir"<sup>26</sup>. Como pretende mostrar la Revolución cultural, una respuesta adecuada a este fenómeno sólo puede consistir en llamar a las masas a movilizarse para ejercer directamente el poder político, económico y cultural del país y en eliminar los elementos derechistas, derivados de la

vieja división social del trabajo, al interior mismo de la supuesta izquierda revolucionaria.

Eliminar lo viejo para desarrollar lo nuevo, sin embargo, no es algo que se logre con la coerción o con la guerra. Al contrario, en este punto hay que añadir una diferencia crucial entre contradicciones externas e internas: si aquellas típicamente llegan a ser antagonicas y suelen resolverse mediante el enfrentamiento militar del enemigo, como en las guerras de liberación, en cambio éstas no obedecen a la misma lógica del antagonismo y sólo pueden superarse mediante una larga lucha política e ideológica. Teóricamente, por lo tanto, una consecuencia del maoísmo es la redefinición fundamental del papel de las distintas instancias que integran una sociedad. Se observa en particular que la planificación de la economía es una condición necesaria pero insuficiente para construir el socialismo. Hay que poner además a la política en el puesto de mando, sin negar el impacto de la ideología sobre las condiciones materiales de la sociedad. Según muchos lectores occidentales, ésta es una lección válida también para un país capitalista con miras al socialismo. Como aclara Piglia: "El desarrollo de las fuerzas productivas, de por sí, no garantiza la transformación de las relaciones de producción. Para terminar con las relaciones burguesas hay que terminar, al mismo tiempo, con las relaciones ideológicas burguesas. Lo esencial es la lucha de clases que modifica las relaciones entre los hombres y las fuerzas productivas"<sup>77</sup>. Dos ejemplos de esta lucha político-ideológica serían, precisamente, la crítica a la propiedad privada como principio rector que sobrevive en medio de la ideología literaria y el resurgimiento elitista de la división del trabajo, entre las funciones de decisión y ejecución, en el seno del partido, en la organización política o en las relaciones entre el intelectual y sus aliados.

En Argentina, la experiencia del maoísmo en la cual se inscribe el proyecto literario del joven Piglia nos enseña que los años inmediatamente anteriores al golpe militar pueden leerse también como la época de crisis de la idea del intelectual orgánico. Terán, en *Nuestros años sesentas*, muestra cómo había surgido este nuevo tipo de intelectual en diálogo con su figuración en la década anterior:

Esta descripción permite visualizar primeramente la figura del intelectual "comprometido", que con ser dominante en esta etapa no debe ocultar la emergencia del modelo del intelectual "orgánico". Ambos tipos no responden necesariamente a una secuencia temporal sino que pueden superponerse y entrelazarse, y por eso si el primero habla a sus pares y a la sociedad mientras el segundo intenta más bien dirigirse al pueblo o a la clase obrera para apoyarse sobre ellos y desempeñar su misión, entre ambas estructuras se producen líneas de pasaje y de préstamo que definen identidades más complejas respecto de aquellas otras adscribibles con mayor nitidez a alguno de los tipos ideales más puros<sup>78</sup>.

Podemos ponerle nombres a esta tipología según sus vínculos con el espacio y los modelos teóricos de dos revistas fundacionales para la historia de los '50 y los '60 en Argentina. Así, si el grupo de *Contorno* con David e Ismael Viñas, Noé Jitrik y León Rozitchner representa al ideal del intelectual comprometido, siguiendo el ejemplo de Sartre en *Les Temps Modernes*, entonces podemos identificar la idea del intelectual orgánico, más cercana a la obra de Gramsci, con el grupo que dirige José Aricó en torno a las publicaciones de *Pasado y Presente* en Córdoba.

En sus textos e intervenciones de la época de *Nombre falso*, Piglia añade una importante variación a esta tipología —abriendo el camino hacia una tercera figura, autocrítica o escindida, del intelectual revolucionario. En el largo debate sobre el tema "Intelectuales y revolución: ¿conciencia crítica o conciencia culpable?" organizado en 1971-1972 por la revista argentina *Nuevos Aires*, se puede percibir así una creciente tensión, a mi entender sintomática de un deslizamiento más profundo, entre las afirmaciones del joven Piglia y las respuestas cada vez menos simpáticas no

sólo de interlocutores como Jitrik o Rozitchner sino también de militantes como José Vazcelles o Mauricio Memares.

Por un lado, el que en esta época ya es presentado como autor de una novela futura bajo el título *Respiración artificial* insiste en algo que también afirma en otros foros, es decir, la necesidad para el intelectual de unirse al protagonista de las masas a través de la política: "A mi juicio, la resolución del problema de los intelectuales y la revolución se plantea a nivel político, en las relaciones de ese intelectual con las organizaciones revolucionarias"<sup>79</sup>. De modo similar, en un debate contemporáneo reproducido en *La Voluntad*, habla del campo de la literatura: "El escritor revolucionario tiene que ligarse a las organizaciones revolucionarias, único modo de quebrar la esquizofrenia escritor/ciudadano, ideología burguesa que recorta un campo privilegiado —la literatura— como producto personal, propiedad privada que no se debe socializar"<sup>80</sup>. Convertirse en un intelectual orgánico, ligado a las masas, sería entonces la única tarea coherente con la crítica a la ideología literaria. Piglia, como tantos intelectuales de su generación, incluso propone la construcción de un nuevo partido revolucionario como el instrumento popular para la lucha armada: "Nada substituye a las masas como protagonistas. La revolución, en la Argentina, depende de que la clase obrera se organice en un partido revolucionario, capaz de crear el ejército popular e iniciar la guerra."<sup>81</sup>

Por otro lado, sin embargo, este modelo para la acción revolucionaria parece estrellarse contra un obstáculo mayor, inherente a la posición de clase del intelectual mismo. "¿Cuáles son nuestros problemas esenciales?", Mao se había preguntado retóricamente en Yenan, para responder el mismo: "A mi modo de ver, esencialmente, el de servir al pueblo y el de cómo servir al pueblo"<sup>82</sup>. Piglia no sólo cita esta frase y otras del mismo estilo, confirmando que "ir a las masas, servir al pueblo, realizar trabajo productivo es para los intelectuales la condición de este punto de vista y a la vez su resultado", sino que, además, en un texto de los sesenta anticipa una observación crucial sobre la lucha ideológica en Mao: "Plantearse ir hacia el pueblo es, en definitiva, confesar una mala conciencia"<sup>83</sup>. En la medida en que tiene que ir hacia el pueblo, el intelectual orgánico se define todavía por la distancia que lo separa de él. Sólo que ahora esta distancia ya no es la prueba de un destino excepcional, señal de una minoría selecta, sino la marca de una posición culpable cuyo pecado hace falta expiar. En la mala conciencia, resultado subjetivo del hecho de la separación, se condensa entonces el punto de arranque para una autocrítica del intelectual, el cual se dispone a desprenderse de aquellas ataduras que lo vuelven cómplice del viejo privilegio de su clase. Como veremos, es también este drama subjetivo el que otorga su intensidad a la trama, tan profundamente escindida, en "Homenaje a Roberto Arlt".

Aún si acepta la responsabilidad que viene con su característica separación, el intelectual todavía debe enfrentarse a una última tentación que consistiría paradójicamente en desviar su culpa hacia una forma suprema de la buena mala conciencia. Sartre explica muy bien este paso, hablando de la condición del intelectual antes y después del Mayo de '68 en Francia. Así, en 1966, define al intelectual como un especialista del saber humano cuyo compromiso produce inevitablemente una contradicción entre las metas universales de su búsqueda del conocimiento y los intereses particulares a los que sirve la posesión de este saber. Esta contradicción entre lo universal y lo particular produce en el intelectual la típica conciencia infeliz que su público muchas veces interpreta como una secreta arrogancia. El verdadero intelectual, en cambio, aprovecha esta degradadura para vivir su mala conciencia como el principio de una posible conciencia social. "La tarea de los intelectuales", escribe Sartre, "consiste en vivir su contradicción para todos y en superarla para todos gracias a su radicalismo (es decir, aplicando técnicas de la verdad a las ilusiones y las mentiras)"<sup>84</sup>. Después de Mayo de

'68, sin embargo, Sartre empieza a entrever el peligro de esta definición programática para el intelectual. En su entrevista "El amigo del pueblo", publicado en 1970, destaca en particular el riesgo de que el intelectual se acomode a su conciencia infeliz, en vez de usarla como el trampolín para una intervención. Esta tentación define al intelectual que Sartre ahora denuncia como su figura clásica: "El intelectual clásico", dice con una ironía mordaz, "es aquel tipo que derive una buena conciencia de su mala conciencia, gracias a los actos (generalmente escritos) que ésta le permite realizar en otras áreas"<sup>85</sup>. La alternativa sólo puede consistir para los intelectuales en ir en contra de los fundamentos de su propia existencia. "Tienen que suprimirse a sí mismos en tanto intelectuales", añade Sartre: "Hoy comprendo que los intelectuales no pueden quedarse en la etapa de la conciencia infeliz (idealismo, medicación) sino que, además, deben atacar su propia existencia como problema, o si se prefiere, negar el momento intelectual con el fin de encontrar un nuevo estatus popular"<sup>86</sup>.

En este cambio de posición se cifra el desplazamiento de la figura clásica del intelectual comprometido, a través de la mala conciencia que le provoca su alianza orgánica internamente dividida, hacia otra figura que podríamos llamar autocrítica. Este es el camino que lleva al propio Sartre a identificarse con la línea maoísta después de '68 en Francia: "De hecho, he seguido una evolución que va de Mayo a mi 'entrada' en *La Cause du Peuple*. Progresivamente me he cuestionado a mí mismo como intelectual. En el fondo todavía era un intelectual clásico"<sup>87</sup>. Y, a mi modo de ver, es también el marco en el cual figuras como Piglia o Sarlo se unen en torno a *Los Libros*, como puede leerse en una editorial de la revista: "Es en este marco donde se plantea y se resuelve el problema de la ciencia, la cultura y los intelectuales en el socialismo, se redimensionan y refunden las relaciones entre intelectuales y masas y se crean las condiciones para la superación entre trabajo manual e intelectual"<sup>88</sup>. En su última etapa, *Los Libros* en efecto propone una alternativa maoísta a proyectos como los de *Pasado y Presente* o *Contorno*, más ligados respectivamente a Gramsci o al primer Sartre. En el caso de Piglia, hay además una anécdota biográfica que explica la coincidencia con las ideas del presidente Mao, ya que justo al principio de la época que nos ocupa, en 1973, el escritor argentino hace un viaje a China. En gran parte, entonces, son los resultados de esta visita los que elabora tanto en los ensayos para *Los Libros* como en los relatos de *Nombre falso* (...).

## BRUNO BOSTEELS

Cornell University

Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el congreso de LASA en Washington, D.C., en septiembre del 2001. Para su investigación beneficié de una beca de verano del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Columbia en Nueva York. También quiero agradecer a Amanda Lewis por su ayuda con las búsquedas bibliográficas.

(Notas)

1. Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica* 7.
2. Con razón Rita Guinzano propone que el relato político llámase igualmente "Homenaje a Jorge Luis Borges". Rita Guinzano, "Homenaje a Arlt, Borges y Onetti," *Revista Iberoamericana* 139 (1992): 146. Ver Ludmer con este título en su libro sobre Onetti, capítulo dedicado a Ricardo Piglia, mientras "Homenaje" de Piglia es dedicado a Josefina Ludmer.
3. Piglia, *Nombre falso* p. 7 (todas las referencias a este libro de ahora en adelante serán citadas en el texto mismo). El mismo epígrafe reaparece en *Cuentos a dos caras*. Citar frase de Borges en "Nueva relación del tiempo".
4. Piglia en una entrevista con Marielina Costa, *Hispania* 44 (1990): 42.
5. Piglia *Crítica y ficción* (Faustel), pp. 75-77. Citado en *Formas literarias*. Ver Ludmer en Onetti, pero también, de manera totalmente sorprendente, aunque quizá no tanto por el peso maoísta compartido, en *Leviathan period* de Natalia Michel; ficción 1 y ficción 2.
6. Ver el anuncio en *LL* 40, también se anuncia su curso, en marzo-abril 1975 p. 26. Junto con Emilio de Ipola sobre "Análisis de ideologías (teoría y metodología)" [En 1972, note-se, *Nuevos Aires* (así como *Nuevo Hombre* citado en *La Voluntad*) va presenta a Piglia como el autor de una novela en preparación bajo este título: *Respiración artificial*. Vale decir lo complicada que es la cuestión de la cronología.]
7. Piglia "La autodestrucción de una escritura" 61.

8. Ver Marina Kaplan, "Between Art and Bouges: An Interview with Ricardo Piglia," *New Orleans Review* 16 (1989): 73.
9. Ver Alain Badiou, "La autonomía del proceso estético", *Literatura y sociedad* (Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974). Badiou escribe: "Llamare 'enunciado ideológico separable' a un enunciado del discurso ideológico que obedece a las tres condiciones siguientes: I Produce por sí solo un efecto de significación completo e independiente. II Tiene la estructura lógica de una proposición universal. III No está contextualmente ligado a una subjetividad" (p. 160).
10. Piglia, *Prisión perpetua* 125 y 131. Piglia también juega con el doble sentido de la sentencia: "Es decir un dicho que encierra una concreción y una conciencia" (ibid., 147-148), y repite el motivo: "Debemos partir de ahí y reconstruir las condiciones materiales en las que se produjo la frase" (124).
11. *Crítica y ficción* nueva edición (2001), p. 7.
12. Piglia sobre Mao p. 22.
13. Beatriz Sarlo "Novela argentina actual: códigos de lo verosímil" *Los Libros* 25 (1972): 18-19, en 18.
14. Piglia "Mao Tse-Tung: Práctica estética y lucha de clases" (sesión de Charles en el foro de Yenan sobre arte y literatura), *Los Libros: Para una crítica política de la cultura* 25 (marzo 1972): 22-23, en 22.
15. Piglia sobre Mao segundo ensayo p. 7.
16. Ver Ricardo Piglia, *Conversación en Princeton*, p. 36. Ahora en *Crítica y ficción*.
17. Ludmer "Hacia la crítica" 3. Recuerdo que al menos dos de los autores del cuestionario que corresponde a esta encuesta pertenecen a la generación de *Contorno*. Es posible que esta circunstancia juega también en las respuestas, en las cuales críticos más jóvenes definen el papel futuro del trabajo con la literatura, abriendo así un espacio nuevo para el proyecto de *Los Libros*. El mejor estudio de este proyecto, con una clara explicación de sus dos etapas, sigue siendo el trabajo mérito de mi hermano Wouter Bosteels, en *Texto e ideología*.
18. Ludmer "Hacia la crítica" 3. Así también deberíamos aclarar que el uso de "enunciados ideológicos separables" es insuficiente para estudiar el proceso de la producción estética; todavía hace falta analizar las transformaciones específicas a las que son sometidos estos dichos en la literatura. Como apunta Badiou: "Mas generalmente, es necesario comprender bien que aquello sobre lo que (trabaja) la práctica estética, las generalidades que ella transforma, no pueden ser elementos heterogéneos: la 'materia prima' del proceso de producción es ella misma, 'ca' 'caética'" ("La autonomía del proceso estético", p. 110).
19. Sarlo, en *La izquierda*.
20. Nicolás Casullo, 171. También en *Confines* uno de los primeros números, sobre registro de la crítica sobre los '60 y los '70.
21. Sarlo en *La izquierda* p. 230.
22. Bibliografía sobre '60 y '70. Historia: Liliana de Riz; Halperin Donghi para la época 1966-1976. Documentos de la izquierda armada. Bibliografía sobre Mao disponible cuando escribí Piglia: de *LL* 35 sobre Mao; PpP 23, PpP26. China: *Revolución en la universidad* Víctor Nee; Don Lavman; John Collier; Charles Beitelman, *Revolución cultural y organización industrial en China*, SXII; Joachim Schickel, *Gran murallo, gran método* (travessano a China), SXII; también Milbauer, *Para una crítica de la práctica literaria*; Baulichard, *Crítica de la economía política del signo*; y PpP 46: *Teoría del proceso de transición*.
23. La expresión es de Paul Bernan, en su libro *A Tale of Two Utopias*.
24. Sarlo en *La izquierda* p. 231.
25. Ver Alain Badiou y otros, *Le nouvel raouisme de la dialectique lègèrie* (Paris: Poincaré). Textos más pedagógicos sobre el maoísmo desde un punto de vista filosófico y político son los papiletes de Badiou, *Teoría de la contribución y De Teología*.
26. Piglia sobre Mao (5-6). Para el sentido del revisionismo, véase Samu Amini, "Maoísmo et révisionnisme", *L'œuvre du maoïsme* (Paris: Minuit, 1981), pp. 106-149.
27. Piglia sobre Mao p. 6.
28. Oscar Terán 14. Cf. también Terán 174-175, esp. "Con todo ello se presentaba en este periodo [los 1960] otro modelo de relaciones entre intelectuales y política, ya que ahora con *Pasado y Presente* se asiste a la emergencia de la figura del intelectual orgánico, que reconoce el valor insustentable de la cultura erudita pero que sólo considera consumada la legitimidad de la misma si en alguna instancia 'produce' política al fusionarse con los núcleos transformadores de la cultura y la práctica obreras" (173). "es en su encuentro con la política donde ese curso debe 'realizarse', al conducir esa aptitud intelectual precavida hacia otra escena donde su contacto con el sujeto social revolucionario la revista de 'electividad'" (173).
29. Ricardo Aricó, en "Intelectuales y revolución: conciencia crítica o conciencia culpable?", *Nuevos Aires* 6 (1971-1972). Sin mencionar el nombre propio de Piglia, Sarlo también cita esta afirmación, destacando la "claudicación ejemplar y singular" (transcripción de esta versión del intelectual de izquierda, según ella lo "mas evasivado", en su ensayo "La voz universal que toma partido", recogido en *Tiempo presente: Notas sobre el cambio de una cultura* (Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2001), pp. 206-207. Cita a Piglia diciendo que su solución, de poner a la política en el puesto de mando y unir a las organizaciones revolucionarias de masas, parece hoy sencillamente increíble.
30. Piglia en *La Voluntad* (vol. 1), p. 498.
31. *Ibid.*
32. Mao en *LL* 23.
33. Piglia sobre Mao 2 8. Piglia en "Literatura y sociedad" citado en *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 11 *La narración gana la partida*.
34. Sartre, *Situations VIII*, p. 430.
35. Sartre, *Ibid.*
36. *Ibid.*, pp. 467 y 343.
37. *Ibid.*, p. 468.
38. Editorial en *LL* (9).

# Dos respuestas a algunas preguntas sobre la crítica literaria en Chile

MARTÍN CERDA / Ensayista y crítico literario

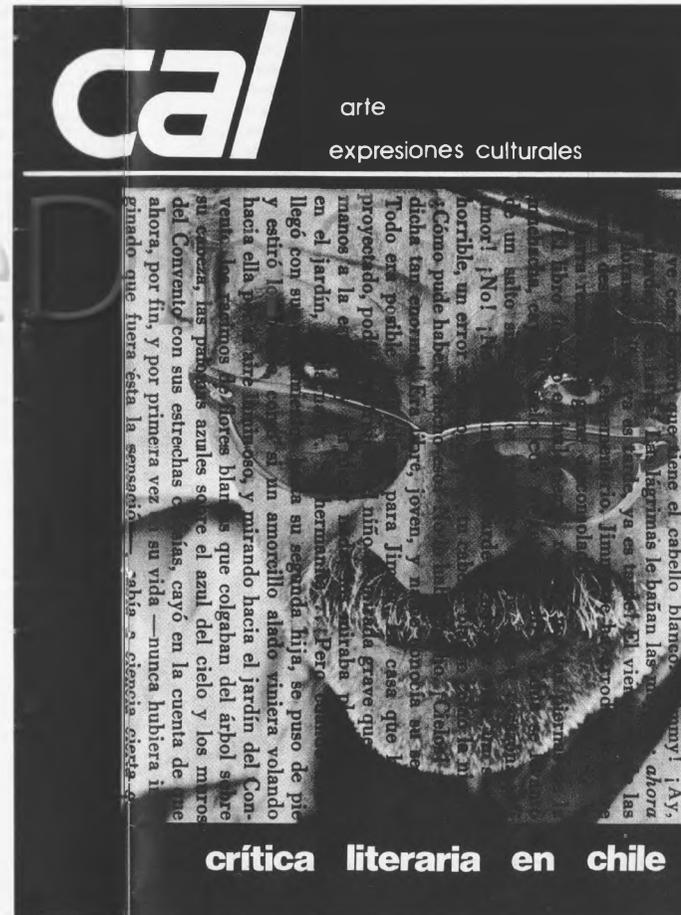
Estudió filosofía en la Universidad de París. Ha ejercido la crítica en diferentes publicaciones nacionales y extranjeras. Ex director del Taller de Crítica Literaria de la Universidad Católica. Ex asesor literario de Monte Ávila Editores (Caracas, Venezuela). Ha dictado cursos y conferencias sobre crítica y sociología literaria en y fuera de Chile.

- 1 Pareciera, después de todo, que la más sumaria referencia a la crítica literaria arrastrase siempre la sombra de un *acto bélico* (social, ideológico o humoral): la amenaza de una eventual "agresión" simple, doble o múltiple. El parco T.L.S. de Londres pudo, de este modo, llamar "guerra civil" a la discusión desatada, durante la década pasada, por la *nueva crítica francesa*. Correré, pues, el riesgo. Resulta difícil, desde luego, referirme hoy a la crítica chilena. Hace diez años, aún cuando fuese como proyecto utópico, era posible hablar de una *nueva crítica*. Ariel Dorfman (y Ana Pizarro, Luis Iñigo, Jaime Concha) en el exilio, Filebo, Alfonso Calderón y yo dedicados, en lo sustantivo, a la *marginalia*, ¿qué queda de esa utopía? Solamente, y no sin dificultades, Ignacio Valente. El resto es, en verdad, "sopa de letras", logorrea o desaliñada (y, muchas veces, indigesta) "mesonería".
- 2 El crítico literario (llámese Roland Barthes, Harold Bloom o Guillermo Sucre) no es, en nuestros días, un censor social de los escritores, ni tampoco el consejero u orientador de los lectores. Tiene una función propia, autónoma y, por ende, problemática: hacer "hablar" lo que cada texto calla irremediamente, y hacerlo hablar en un lenguaje literario e intelectualmente coherente. Fue lo que hizo Georg Lukács en los ensayos de su juvenil libro *El alma y las formas*, y lo que hicieron Gastón Bachelard, Walter Benjamin..., y lo que hacen Maurice Blanchot, Octavio Paz, Roland Barthes, Eduardo Sanguinetti, Marthe Robert y otros.
- 3 La crítica actual no "habla" un solo lenguaje, ni emplea siempre los mismos parámetros (véase *Los caminos actuales de la crítica* editado por G. Poulet), pero evita, eso sí, retomar el texto como si éste fuese una "cosa", un epifenómeno o, simplemente, un *síntoma* de una sociedad o de una perversión. Evita, asimismo, confundirse con un monólogo afiebrado, entusiasta, aburrido o "edificante". No cosifica (o reifica) a la obra, ni la encubre *egocéntrica*mente. Distingue sus estratos textuales, señala el intertexto en que se configura, e insinúa, algunas veces, sus contextos (grupo social, sociedad y cultura).
- 4 Resulta difícil, asimismo, fijar el "nivel medio" de la literatura chilena de nuestros días. José Donoso acaba de publicar una importante novela (*Casa de Campo*) que no es, justamente, un membrillo de repostería. Tampoco lo es *Los convidados de piedra* de Jorge Edwards. Adolfo Couve tiene, tengo entendido, una nueva novela concluida. Gonzalo Rojas, luego de *Oscuro*, ha editado, en España, otro poemario. Jorge Teillier publicó, el año pasado, un excelente recuento de su última poesía. Nicanor Parra le colgó una segunda parte a sus *Sermones y prédicas del Cristo de Elqui*. Son datos fragmentarios e insuficientes pero que iluminan un poco el "mercado persa" en que vivimos, y desvivimos: sin editores alertas, ni revistas, ni suplementos literarios. Son datos, en suma, de una literatura que no ha dejado de hacerse y rehacerse.
- 5 La crítica literaria vale e importa por lo que muestra, devela e ilumina en cada texto y, posiblemente, por el sentido social e histórico que lo atribuye.
- 6 Encuentro, retomo y suscribo la siguiente descripción de Maurice Blanchot (*El diálogo inconcluso*): "Hemos leído un libro, lo comentamos. Al comentarlo nos damos cuenta de que ese libro mismo es sólo un comentario. Lo puesto en un libro de otros libros a los cuales remite". La experiencia del crítico es, justamente, la de este perpetuo comentario, de este diálogo inconcluso que las obras establecen, revelan o insinúan a través de su escritura. Barthes habla de una permanente "mimesis de lenguajes", Girard del "poder seminal" de la obra literaria y Bloom de la "angustia de las influencias". Posiblemente, en su *terminal*, todas estas determinaciones apuntan al mismo blanco: la literatura se hace (y rehace) siempre a partir de sí misma, y la crítica, en cuanto "metaliteratura", es no sólo la conciencia de esta metamorfosis sino, asimismo, un ejemplo más de ella. No se puede, en nuestros días, criticar un libro sin otra apoyatura que el gusto (y el *disgusto*) del sujeto que critica. Por eso, justamente, ensayé difundir, durante la década pasada, algunas de las principales orientaciones de la crítica actual (Barthes, Goldmann, Weber, Girard...). No reencuentro una huella de ese ensayo en la papelería (Flaubert hubiese dicho, sin duda, en el *estupidero*) de nuestros días.
- 7 La carencia más grave de la crítica literaria chilena de hoy es, desde luego, su amable y cuidadosa *carencia*: su inexistencia social, su ausencia entre tanto papel recordatorio.

CRISTIÁN HUNEUS / Escritor

Licenciado en Filosofía con mención en Literatura en la Universidad de Chile, Post-Grado M. Litt. En Universidad de Cambridge. Director Departamento de Estudios Humanísticos 1972-1976, Universidad de Chile.

- 1 La literatura es una cuestión de métodos. Cualquier momento de una tradición enseña obras "moldeadas" por el esfuerzo de ajustarse a métodos consabidos y consagrados y, como contracara de tales ejercicios de albañilería, propone obras cuyo sentido se da en la producción de métodos que responden a percepciones no codificadas de eso que llamamos "la realidad". De esta perspectiva puede entenderse el trabajo de Huidobro, el de Juan Emar, el de Parra, el de Lihn. Más recientemente, el de Zurita o el de Juan Luis Martínez.
- 2 Todo método nuevo es un proceso que la crítica conformista estima incomprensible, y/o voluntarioso.
- 3 Por lo demás, un método nuevo es una investigación, algo abierto: una propuesta cuyas claves no son descifrables sin un poco de reflexión ni fuera de su oportunidad.
- 4 La oportunidad es lo difícil. Nadie sabe cuando llega.
- 5 La crítica se ocupa de descifrar claves metodológicas.
- 6 La crítica también se ocupa de otras cosas. Por ejemplo de irritarse cuando no entiende. Está, me imagino, en su derecho. Aunque hay derechos que no le hacen gran honor a su función.
- 7 También se ocupa la crítica de promover o combatir al que sirve o no sirve a determinadas nociones de la utilidad moral, social, política. Todo esto es demasiado humano, pero no tiene mucho que ver con la literatura; por otra parte, no es en absoluto ajeno a la literatura.
- 8 La búsqueda de métodos nuevos es algo propio de la aspiración humana a la libertad.
- 9 Es una constante de la insatisfacción, nada en sí fuera de lo común.
- 10 Cuando se habla de lo nuevo -o lo inédito- hay que retirar el término del plano de lo absoluto y ponerlo en relación a criterios históricos. Es con respecto de éstos que una manifestación estética aparece como renovadora o como conservadora.
- 11 Lo inédito es, propiamente hablando, rescate, reinterpretación, traslado: una reubicación del objeto y de sus partes componentes fuera de los contextos espaciales y temporales acostumbrados.
- 12 Lo nuevo puede volverse viejo y lo viejo puede volverse nuevo a la vuelta de la esquina y aún dentro de la obra de un mismo autor.
- 13 Nada es definitivo salvo el movimiento.
- 14



# Artes y Letras mercuriales, un suplemento del anacronismo

La política contingente es algo en lo que *El Mercurio* no se da tregua. Cuenta para ello con un personal entrenado en las esferas de gobierno, que se acoge a un retiro activo, a un productivo anonimato cuando así lo disponen los negocios de la familia. La estrategia —negociar en las mejores condiciones— es inmutable como el nombre y apellido de quien la personifica de generación en generación: Agustín Edwards, siempre uno y el mismo. Pero de acuerdo a la táctica, la historia obliga a las variaciones. No es lo mismo lanzar un regimiento propio, en 1891, acusando de presidencialismo a un régimen liberal, que salvar a la banca del marxismo en beneficio de un régimen fuerte, personal, que impone a la fuerza una economía de libre mercado. También será distinto enterrar a la democracia vigilada, con cara de circunstancia y de complicidad democrática, con los auspiciadores de esa ceremonia, pero, vale. Ninguna de esas transformaciones ha requerido de *El Mercurio* un gran esfuerzo filosófico, aunque todas ellas hayan perfeccionado en un grado sumo su capacidad de negociación, su muñeca. “Filosófico estásis” —dice Racinean al burro de Sancho— “es que no como”, tal es la respuesta. *El Mercurio* no ha dejado nunca de camerselo todo detrás del velo de su ideología en virtud de la cual “o los intereses encubren la verdad o el interesado disfraza el hecho de estarlo”, como se lee por ahí. Frente a cada nueva coyuntura, “el Decano” tiene la habilidad de arreglárselos, reajustando los mismos prejuicios —Bacon los llamó ídolos— en que se funda el pragmatismo mercurial: una ideología seudoliberal que admite, como tan bien se ha visto, el autoritarismo de Estado, es decir, su propia liquidación o suspensión. El actor al que me refiero, aún en un trance así, ha contado con la supuesta aprobación de la llamada opinión pública, mérito compatible con el hecho de que esa opinión sea, en parte, otro de los ídolos elaborados por su manipulador. Hacer un ídolo obliga a la creación continua, infatigable. Se trata de no mezquinizar este reconocimiento. ¿*El Mercurio* miente? Menos que la verdad, ciertamente, le interesa la verosimilitud, es decir —lo enseñó Aristóteles— “lo que el público cree posible”. Cualquiera lector avisado percibe el esfuerzo retórico que despliega cada jornada del diario, en cada uno de sus “cuerpos”, en beneficio de esa verosimilitud o en honor de ella. Una sola excepción: el Cuerpo E, suplemento dominical de “*Artes y Letras*”. O más bien, *El Mercurio* se ha acercado más y más a su idea de la actualidad cultural divorciándola por economía y negligencia, al arrojarla al desván de los trastos viejos.

La tensión mercurial desciende en materia de Artes y Letras, aunque suba, a veces, la fiebre entre obreros de ese agro un si es no delirantes. Aunque la extracción cultural de los imitadores de “los pocos sabios que en el mundo han sido” y sus respectivos modos de conducirse —desde la modestia adquirida en el falansterio, camaleónico, hasta la soberbia— difieran mucho entre sí, esa gente canta en coro, cultiva la misma huerta y duerme bajo el alero común. Su especialidad son los “valores eternos del espíritu” con los que se pone *El Mercurio*, económicamente, siempre y cuando no signifiquen una

pésima inversión. Dichos valores, antes de uso que de cambio, cumplen para la empresa con una función decorativa, son signos de status o emblemas del poder ideológico. La cultura es también un instrumento político y esto parece que ya lo sabían los romanos. Y una tienda de antigüedades en la perspectiva de una eternidad espiritual que pone un buen precio a los anacronismos y gusta de los valores que son, al mismo tiempo, cosas o piezas de coleccionista. La idea del espíritu que presupone una esencia intemporal del hombre, indiferente a la historia, un cierto “reino de la libertad” que se realiza al margen de la contingencia, esa idea anima el Cuerpo E de “*Artes y Letras*” mercuriales. Se puede combatir en su nombre, pero, está claro, a favor de una concepción idealizante de la cultura que deje, en cada caso, el mundo donde está; pero, principalmente, el aire de la eternidad le sienta bien por una parte a los fatigados, por otra a los trepadores de poca monta que sólo aspiran a un ascenso. De todo hay en la mafia del señor dueño de la empresa. A él sólo le importa que sus agentes culturales postulen, a todo reventar, a una democracia del espíritu bloqueada por la carestía del libro.

Un poco de historia de este deshistoriador que es el suplemento de “*Artes y Letras*”. Antes de 1973 era de centroderecha y admitía, junto a profesionales del anticomunismo de posguerra, como Hernán Díaz Arrieta, a simpatizantes extremadamente moderados de la izquierda chilena como el crítico literario Hernán del Solar, en el marco, pues, de un relativo pluralismo. Después del golpe militar, el director de *El Mercurio*, Arturo Fontaine, quiso modernizar el semanario y creó un staff consultivo formado por Fernando Silva —actual jefe de redacción del diario—, el arquitecto Carlos Alberto Cruz, los escritores Luis Sánchez Latorre y Enrique Lafourcade, además de un señor Tamás Mac Hale. Este último se hizo oscuramente célebre por sus registros de libros confesos o sospechosos de antijuntistas y, por consiguiente, antichilenos, según la lógica mercurial, libros de autores nacionales exiliados o no.

El staff, hay que decirlo, sufría de contradicciones internas y tuvo una existencia nominal. Sea como fuere, el suplemento cambió de personal. Alone se iría por temor a desbarbar con la vejez y a Hernán del Solar se le empezaron a pagar artículos sin publicárselos. La Academia de la Lengua intervino inútilmente en su favor y él dejó de escribir en “*Artes y Letras*”. Se incorporaron, en cambio, al suplemento, dos buenos poetas de la generación del 38: Eduardo Anguita y Braulio Arenas, antañónes huidobrianos rebeldes y hogaño, en ese aspecto, desactivados. En particular, Arenas ha sido víctima de lo que la dictadura ha llamado el “descuido de la parte espiritual” de su administración. Con prosa digna de mejor causa, Arenas ha intentado resucitar antigüedades librescas ante el altar de la patria, sin que le hayan dado retribuidos esos poses mágicos. Alguna vez se le hará justicia, pero en nombre del arte de la palabra, exclusivamente.

El as de triunfo del suplemento durante la década ha sido un repertorio de artículos publicadas, a título de exclusivas para *El Mercurio*, firmadas, entre otros, por Octavio Paz, Juan Carlos

Onetti, Usir Pietri, Mario Vargas Llosa, José Donoso, etc. Son, en realidad, exclusividades compartidas por todos los periódicos del mundo que quieran comprárselas a la agencia española EFE. Artículos del “boom” en oferta, colaboraciones involuntarias de dichos autores para “*Artes y Letras*”. El suplemento, por cierto, no se ha esmerado por obtener la exclusividad respecto de Julio Cortázar y Gabriel García Márquez en la misma agencia. Seguramente, por razones de seguridad nacional<sup>1</sup>.

Después de la renuncia, por blando, del militarista Arturo Fontaine a la dirección de *El Mercurio*, cuando la asumió el que manda en la empresa, el suplemento estuvo a punto de sucumbir. Agustín Edwards ordenó que se encustara a los lectores del periódico en relación con la parte espiritual. Sólo el 6% conocía el suplemento. Tuvo que reconocer la inutilidad de inutilizar eso inutilidad. Y aconsejó a Jaime Antúnez y/o a la dirección del suplemento, que gastara lo menos posible. Tijerear libros o revistas de hace más de cincuenta años es lo recomendable en estos casos.

Para promediado y terminar esta nota, paso revista a los números de “*Artes y Letras*”, de febrero. El día 5 de ese mes<sup>2</sup>, el Cuerpo E trae en primera página, con ilustraciones a color “*Trole y galope del caballo chileno*”, rancio artículo de cultura caballar firmado por Manuel Peña Muñoz. Este autor, so pretexto de comentar una exposición del pintor de jacas Raúl Figueroa, en la galería El Claustro (¿no sería mejor La Caballería en esta circunstancia?), reseña los orígenes del caballo chileno, su presencia en la Colonia y en el siglo XIX, como asimismo el desarrollo del arte ecuestre (no pictórico) en nuestro país. El artículo estorja, pues, perfecto para el “Boletín de la Asociación de criadores de caballos chilenos”. En un suplemento meramente cultural es indicativo del ruralismo de las artes y letras mercuriales. En vista de lo cual, tal vez, en la página 3 del mismo día, normalmente destinada a la crítica literaria, dos críticos de la casa y otros ocho autores rinden homenajes a la obra del recientemente fallecido Hernán Díaz Arrieta<sup>3</sup>.

Es costumbre nuestra preferir la muerte a la vida en materia de celebraciones y asistir a los velorios con caras de circunstancia, cuello y corbata y ánimo conciliatorio. Una sandez de muestra: “Durante medio siglo, muchas de los libros que se publicaron en Chile dieron la impresión de que aparecían fundamentalmente para motivar las incomparables crónicas de Alone” (F. Emmerich). Un ejercicio retórico: “Me ha sido imprescindible acercarme a él para encantar mi propio equilibrio” (L. Valente). Un error garrafal: “Y qué olfato el suyo para descubrir nuevos valores que luego ocuparían un lugar importante en nuestra literatura”. Esta fama de descubridor se la ganó Alone como el Juan Bautista de Gabriela Mistral, muy particularmente; pero debiera haberla perdido, si fuéramos menos negligentes, por todos los errores de apreciación que acumuló durante toda su vida entera sobre ese “descubrimiento”. Para coronar tales errores, escribió en *El Mercurio*, del 20 de enero de 1957, a la muerte de la poetisa: “Continuaba viviendo (después de *Desolación*) porque no todos mueren cuando el aliento cesa (en Tala y Lagar, los grandes libros de la Mistral, pues); pero el calor y la visión quedaron en aquellos cantos de la madurez que tuvo su arrebatado máximo con el duro puñal todavía hundido en las carnes” (¿qué tal ese estilo?).

El 12 de febrero, más pompas fúnebres. El suplemento recordó ese día los 180 años de la muerte del filósofo alemán Immanuel Kant mediante el fragmento de un artículo publicado por José Ortega y Gasset —¡tijera!— en la *Revista de Occidente* hace 60 años. Menos que desconfianza en la producción nacional —hay por lo menos un libro sobre Kant escrito por un chileno: Roberto Torretti— impera en el decano un hábito de

economía y facilismo. Así se empobrece no un diario sino un aniversario en el aire enrarecido que se respira en esta primera página: un cielo de papel supuestamente intemporal. Sólo una fracción del 6% de los hábitos del suplemento habrá reconocido a Ortega en el acto de releer unas páginas suyas “reproducidas aquí en parte”. Recordemos un párrafo dos veces citado, el fragmento del artículo que le sirve de encabezamiento: “La filosofía antigua, fructificación de la confianza y la seguridad, nace del guerrero. En Grecia como en Roma y en la Europa naciente, el centro de la sociedad es el hombre de guerra. Su temperamento, su gesto ante la vida saturan, estilizan la convivencia humana. La filosofía moderna, producto de la suspicacia y la cautela, nace del burgués”. Repetida aquí y ahora el párrafo pierde lo que quizá fue su inocencia original y la cita es oficiosa. Se sabe que los señores militares gustan de los latinajos que connotan cultura occidental y, bueno, cristiana...

El crítico literario Ignacio Valente se tomó en febrero unas productivas vacaciones. El día 12, en lugar de una crítica firmada por él, apareció un extenso panegírico sobre él, escrito por Luis Vargas Saavedra, consagrado a la dudosa aventura teológica de fabricar una “*Historia de la filosofía*” en versos parrianos.

*El Mercurio* es autorreferente y obsequioso con el poder. Junto al artículo sobre Valente, viene uno menos extenso dedicado a Los pioneros de Enrique Campos Menéndez, director de Archivos y Bibliotecas, censor y pensero cultural del régimen<sup>4</sup>: “Todo hace pensar —delira el comentarista— que el autor dio con su *Manifiesto Mágica*; es decir, con la culminación de su carrera de escritor”. Así, pues, Thomas Mann y Campos Menéndez, uno solo, por lo que esperamos que se extienda la noticia por el mundo.

Si los caballeros chilenos pierden esa apuesta, no por eso dejarán de sentirse suprahistóricos y cosmopolitas, aunque sólo sean provincianos y anacrónicos. Leyendo “*Elogio a Chatterles*” —26 de febrero— rememorarán sus prolongados paseos culturales por la Francia Inmortal y las otras Europas, sus *causeries* en la Divina Lutecia. Los artículos seleccionados por la tijera, en este caso, pertenecen a Emile Male, gran historiador francés del arte, al que se suma Augusto Rodin con un fragmento de *Las catedrales de Francia*.

Perfecto, pero ¿tienen ambas celebridades “la ventaja de abordar con la perspectiva de nuestro tiempo, el valor de este obra que trasciende los siglos”? Sí, a condición de que nuestro tiempo sea “la movible imagen de la eternidad” de Platón, y que siempre corra la misma agua bajo los puentes. Este tiempo como río inmovil es el que mejor se presta para las navegaciones mercuriales en lo que se refiere a “la parte del espíritu”. De lo material, mucho más contingente, se encargan los políticos-economistas de la empresa, que enfrentan el proceloso mar retrogresivo de la contingencia en la nave del interés, con perdón de estas metáforas mercuriolosas.

## Enrique Lihn, 1984

Este texto fue publicado en: Germán Marín (editor), *El circo en llamas*, Santiago de Chile, LOM, 1997.

### Notas

<sup>1</sup> Frase en afirmativa escrita en una pancarta colgada por los estudiantes en el frontis del edificio central de la Universidad Católica de Chile en 1969 con motivo de la reforma universitaria que se debatía entonces. (G.M.)

<sup>2</sup> Ambos escritores, como es sabido, prohibieron que sus artículos, entregados a la agencia EFE, fueran publicados por dicho diario. (G.M.)

<sup>3</sup> Febrero de 1984. (G.M.)

<sup>4</sup> 1891-1984. (G.M.)

<sup>5</sup> Premio Nacional de Literatura en 1986. (G.M.)

# NÚMERO QUEBRADO

Editorial N°1, Septiembre-Diciembre 1988, Santiago

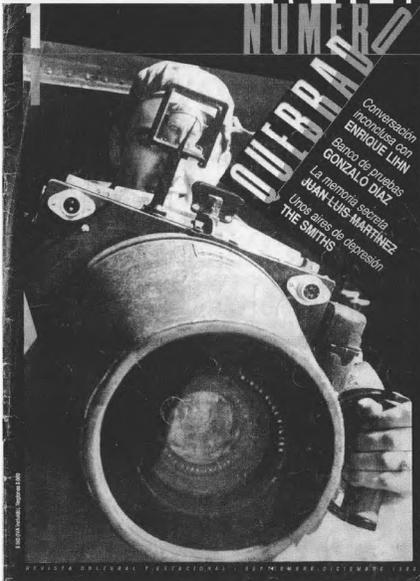
Tal vez puedan estas dos palabras—"número", "quebrado"—aparecer como una designación genérica y natural de aquella periódica caminata—practicable en el imaginario trazado temporal de las páginas, según vieja costumbre moderna que en Chile, a pesar de la existencia de bastantes revistas, *pericéramos* haber olvidado. A saber, la caminata por el utópico camino de la reunión del tiempo con su imagen inmóvil, suspenso. Desosido de la gramática del orden y de la sintaxis establecida, *Número quebrado* es, por cierto, sólo un modo o un caso del número—quizá solo el número de una periódica revisión, la cifra de una fragmentaria posición de visibilidad en el teórico teatro de lo invisible. Un puro riesgo, en la inminencia de la quiebra, del quiebre. Tal es, supongo, la autonomía del riesgo. Al fracturar las páginas como páginas, la fracción, número de la ruptura, vuélvese una o varias rutas divergentes (*viae ruptae*), verso y reverso dibujados en la sinuosa curvatura de nuestro constante naufragio, humano o demónico. Fracción a número que se pone bajo el signo de la *ratio* y su inmanente quebradura o crisis. Porque sólo existe como su propia fractura—crisis de la razón y razón de la crisis—, esta proporcional razón debe producir en cada tiempo el gesto de la crítica, gesto eminentemente moderno, si la hay, en virtud y a pesar de su arcaica re-petición. Número a fracción que, por la misma, pónese igualmente bajo la enseña de lo plural y numeroso, de la armonía a concierto en que lo contrario y diverso, lo diferente y apuesto contraponen su ritmo y metro, graficando de tal forma la proporcionada razón del número: su diferencia. Un número para la transcripción de la diferencia, una *ratio* que expone su crisis como escritura (¿o música?). Número scripto-gráfico y diferencial.

Al exponerse como dispositivo de dominio público, ofreciendo alguna numeración cáotica del tiempo civil, alguna composición métrica de cierta temperatura lectiva y colectiva, una proposición semejante debe poder, a mi juicio, contribuir a disipar algunas de las muchas carencias que aquejan a la vida y comunicación cultural en Chile. Casi no hace falta referirse a las pésimas condiciones de circulación de los libros chilenos y extranjeros, a la escasez de lectores y lecturas, a la exigua y fantasmática existencia de una crítica literaria, artística, filosófica, musical, etc. que, por la general, resulta incapaz de dar cuenta de las obras que se producen, rebajada, como se encuentra, a la dimensión de la crónica ínfima, esporádica, insustancial. Tampoco parece necesario consignar nuestro aislamiento cultural; el enclaustramiento de muchos creadores e intelectuales, con la consiguiente autorreferencialidad y provincianismo dogmático y egolátrico; la desinformación respecto de obras y experiencias que ocurren en otros países de América Latina, por no decir nada del resto del mundo; el divorcio entre los (escasos) productores y el (escaso) público; el predominio de publicaciones oficiales y contraoficiales que, si lo hacen, asignan a la cultural un espacio regimentado, subsidiario y decorativo; la falta de polémica y debate, unida a una cierta abundancia de pequeñas riñas y mezuquinas peleas, chismorreos de aldea megalómana; una, o veces, galopante impunidad intelectual. En el quiebre de toda ilustración enciclopédica, en la marca de la fragmentación y la crisis, creo que *Número quebrado* ha de intentar esta frágil fracción: la fractura

de un espacio posible para la crítica y la escritura, para la polémica y la lectura; la infracción del aislamiento y el provincianismo autoritario; la apertura hacia un intercambio vivo con obras y expresiones que hoy por hoy se producen en América, Europa y otros países del mundo.

Quebrado en el tiempo ya quebrado por el año (los años), este número ha de escribirse en un ritmo de 4 por 12, es decir, 1 por 3, según el compás de las meses de expectación estacional. Así, la primavera hibernante y el otoño estival tendrán, en cuatro tiempos y en su hora, un número inscrito en la rosa de los vientos, con la dirección que le imprima su quiebre rítmico. ¿Señales diseminadas en procura de colectiva lección? Fracción o fragmento que tal vez opere una incisión utópica en alguna región pública del *topos terráqueo*, una abertura o abismo en que lo otro y lejano pueda tornarse próximo y semejante, escritura de la desalteración, gráfica del deslumbramiento y la lúcida oscuridad.

Miguel Vicuña N.



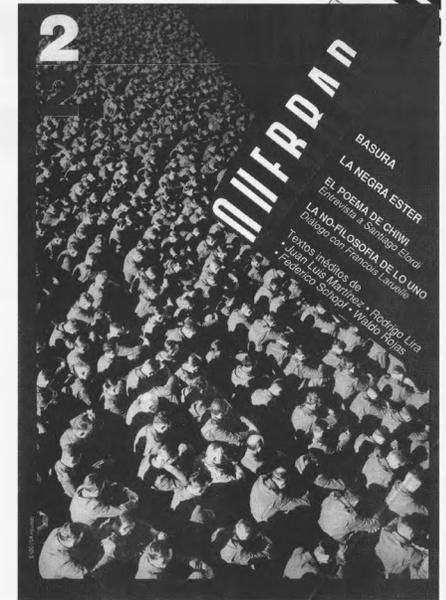
Editorial N°2, Diciembre 1989, Santiago

La inesperada suele afreterarse en un doble aspecto y provocar de esta suerte una doble perplejidad. De una parte, ella parece la ya-no-esperada, aquella que, en el quiebre del naufragio, ha terminado perdida y relegada en el olvido: la inesperada es la que ha quedado sepultada, retenida y desaparecida, si bien permanece amenazante esta inminencia: ¿sepulta para siempre? De otra parte, la-inesperada es también la des-esperada, aquella esperanza negativa que, al perder la dimensión de la espera y de la que desde el pervenir nos insta a continuar viviendo, tórñase pura instante y presencia, viviente temblor que, en su emergencia, trastrueta nuestro tiempo convirtiendo su  *futura fisinamia* en presente in-stante. Crea que la tardía aparición de este quebrado número 2/2—la falacia de la puntualidad también resulta aplicable a fantasmas, así a aquel conspicuo que otrora recorriera Europa y hoy por hoy la re-recorre tardíamente en reverso sentido, causando a la vez ansiedad, olivio y temblor en el alma planetaria: bien puede delinearse sobre el fondo de aquella doble dimensión. Cuando, tras la fractura de las naves, emerge sin embargo lo sepulto, volviéndose número y fantasma—cuando, en la desesperanza, la fisiología de la futura tórñase in-stancia pura de la espera: semejante fantasía resulta sorprendente y no deja de provocar perplejidades numerosas.

Pero tal tardía re-aparición fantasmática bien puede reputarse tan sólo el obstinado acto de reafirmación de un proyecto editorial que, con máxima probabilidad estadística, solamente escasas personas—una mera fracción—se arriesgarían a tomar por necesario:  *cifrar en algún periódica número de re-visión alguna fragmentaria posición de visibilidad en el teórico teatro de lo invisible*. Jugo, no obstante, imperiosa la insistencia en la necesidad de esta re-visión: lo (in)-visible no es solamente aquello que tenemos cotidianamente entre manos y escapándonos de ellas: es, ante todo, lo que no se nos permite ver ni articular, lo horrendo, absceso, repugnante que repele toda visión y palabra. Para nosotros, latinoamericanos y chilenos, lo (in)-visible constituye en lo inmediato todo un territorio—físico y espiritual—que ha sido arrasado, destigurado y contrahecho, perdiendo sus contornos, puntos de referencia, articulaciones y centros. En el caso  *chilensis*, después de una tormenta y un terremoto, que van durando ya casi 17 años, ¿tendremos todavía el coraje de intentar una re-visión, así no fuere más que fragmentaria, quebrada o numérica?

Por lo demás, esta tardía aparición—afectada de una nula pátina temporal de 8 meses de vana espera: este número 2/2 se encuentra configurado y compuesto desde mayo de 1989, salvo los ajustes mínimos de última hora, entre los que incluyo esta nota—representa a mi modo de ver, y más allá de la autoafirmación de un proyecto editorial, un ejercicio práctico de desatascamiento. En efecto, hasta esta reaparición que espera llegue a ser liberadora, *Número quebrado* se había convertido en un *número atascado*. Algo soterráneo, alguna tendencia oscura y complicada ha estado frenando la afirmación de un proyecto que pugna por la visibilidad de lo no-visto, la exhibición de lo oculto, la figuración de lo desfigurado, la graficación de la diferencia, la reversión de la desechado y olvidado. Tal vez quiera atribuirse ese impedimento—según vieja pereza mental que inculpa siempre al empedrado—o una tendencia propia de los tiempos socio-políticos que vivimos. Tal vez, empero, esa reserva y retracción sean tan sólo manifestación de una antología "necesidad". Sin embargo, ¿resulta acaso posible una crítica que, procurando instalarse en la mera fracción de la crisis, llegue a ser lo bastante radical como para, destituyendo la derivativa necesidad de la anto-lógica, dejar en libertad una visión para lo in-visible?

No reputo inoportuna destacar la homología que parece acusarse en tre la diferida diferencia en la salida a la luz, en la autoafirmación de un proyecto *co-lectivo* como es un "número-quebrado" destinado a la crítica y la revisión, por un lado, y, por otro, los mañosos obstáculos y los tramposas vinculaciones que entorpecen con sus asechanzas al lento, largo y tortuoso camino que pretende conducir de la tiranía militar auto-(técn)ocrática a la autoafirmación *colectiva* y pública de la política promesa de un inicio de transición o una posible democracia—camino cuyas trampas, embotellamientos y atascamientos tornan problemáticas esa



autoafirmación, esa promesa, esa transición y, por cierto, aquella aún lejana e inesperada (desesperada) democracia.

Crea que, por consiguiente, que en el ejercicio de desatascar el *Número Quebrado* puede verse un gesto ritual—una fragmentaria, entre muchos otros quizá más integrales—inscrito en el necesario acto colectivo del desatascamiento generalizado que reclama la onheleada conquista de la visibilidad y la libertad—libertad de impresión, expresión y presión en general, libertad scripto-gráfica y diferencial. Si esta libertad puede parecer volverse en contra de las trampas que impone la oficial y contraoficial ingenuidad (mas no inocencia) post-palítica, en contra de las ídolos del nuevo poder-saber transnacional e irresponsable cuya adoración aplaude y procura el neo-liberalismo galopante y avasallador, habrá de verse en ella una señal, tal vez, de que ese ex-(con)tróico poder supra-(post)político—casi invisible, casi intangible, pese a su cotidiano e insidioso presencia doméstica universal—es con toda, quizá, responsable del Atascamiento: su cifra, el reverso exacto de esta frágil fracción.

Debo reiterar al lector que el material reunido en este número 2/2, con la sola excepción de esta nota editorial y un comentario de lectura, es anterior, al menos en 8 meses, al 14 de diciembre de 1989—fecha de la promisión política del inicio de una transición dirigida, a través del tutelaje auto-(técn)ocrático, hacia una posible democracia diferida. La reserva prolongada de esos textos hasta la fecha presente, por tanto, puede afectar su lectura, desorientando al lector por un eventual efecto de desincronización. Por su propio carácter, no obstante, que supone una temporalidad de lectura diversificada y múltiple, juzgo que esos textos resisten dicho reserva y prórroga forzosa, la que sólo puede afectarlos tangencial y transitoriamente.

Reconstituido en tarea editorial colectiva autocanstante, *Número Quebrado* reaparecerá, a partir de 1990, 2 veces durante el año: una en verano-otoño, otra en invierno-primavera. Doble riesgo y desafío. Doble fracción.

Miguel Vicuña N.

# Dictaduras, memoria y modos de narrar:

## PUNTO DE VISTA, CONFINES, REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL, H.I.J.O.S.<sup>1</sup>

A veces, a fin de relatar una sola frase es necesario contar toda una vida [...]. Si se pudiera dar un nombre a todo lo que sucede, sobrarían las historias. Tal y como son aquí las cosas, la vida suele superar a nuestro vocabulario. Falta una palabra, y entonces hay que relatar una historia.

John Berger

1. Hacia mediados de los años de 1990 y por una serie de circunstancias más o menos coincidentes, las revistas de que nos ocupamos en este trabajo –varias de Argentina, una de Chile– proponen y debaten en la argumentación o mediante el ejercicio del relato, una implicación entre el efecto político de “memoria” de su orientación crítica, y modos de narrar los hechos y los efectos del terrorismo de Estado de las últimas dictaduras argentina o chilena (incluidos casi siempre los períodos de agitación política que las precedieron). Por otra parte, cada una de estas revistas describe y debate cuál sería esa poética del relato, y encara el problema como definitorio de las condiciones históricas de las culturas en que interviene.

Se trata en todos los casos de publicaciones periódicas en las que la literatura, el arte y, más en general, las prácticas culturales, o la reflexión crítica acerca de esos tópicos, se cuentan entre las preocupaciones principales y recurrentes. Todas, a su vez, tienen un vínculo importante con la cultura política e intelectual de las izquierdas de las décadas de 1960 y 1970, y con el campo universitario. Tres de ellas –las argentinas *Confinés* y *Punto de vista*, la chilena *Revista de Crítica Cultural*– responden a proyectos de grupos de intelectuales que, a partir de la llamada “transición democrática”, revisaron críticamente esas tradiciones de la izquierda, casi en todos los casos, se vincularon estrechamente a la investigación académica y a los circuitos locales y latinoamericanos de producción e intercambio universitario. Cierta confianza metodológica en la posibilidad de contrastar los debates de estas tres publicaciones con el ejercicio de una narrativa específica, sin duda muy particular, nos condujo a incluir una lectura de las revistas de algunas filiales de H.I.J.O.S. (la red de grupos de hijos de detenidos-desaparecidos y asesinados por las fuerzas represivas de la última dictadura argentina).<sup>2</sup> La contrastación abre, creemos, algunos interrogantes y proposiciones que pueden tomarse, a su vez, como hipótesis para seguir explorando los problemas de construcción del pasado presente no solo en publicaciones periódicas de la región y de América Latina, sino también en otras textualidades y prácticas discursivas, artísticas, historiográficas, culturales y políticas con que se vinculan las intervenciones de las revistas que analizamos aquí.

### CONTRA LAS RETÓRICAS DEL MITO

2. La revista *Confinés* de Buenos Aires publicó cuatro números entre abril de 1995 y julio de 1997, y continuó, con algunos cambios en el encuadre editorial, bajo el nombre de *Pensamiento de los confines* desde el segundo semestre de 1998.<sup>3</sup> El núcleo principal de redactores es un grupo de investigadores de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires de formación predominantemente filosófica, vinculados en todo el propósito de “quebrar esa apuesta combinada entre mercado e *intellectualidad* fetichizante del tema cultural” como modo de ejercer una crítica cultural “genuina” que discuta “la homología entre las cosas y el pensarlas” (Casullo 1995, 7). Ese programa se asocia con la construcción de un registro ensayístico particular y tiene un fuerte sesgo filosófico, con cierta preferencia no excluyente por algunos textos y tradiciones de la filosofía alemana; aunque están presentes textos de y sobre autores como Lyotard, Jameson, Blanchot o Deleuze, las referencias y lecturas más reiteradas pasan por Heidegger, Gadamer, Adorno, Benjamin, Steiner, P. Bürger, y clásicos como Herder,

Lessing, Nietzsche, entre otros. La revista se ocupa del problema de los intelectuales, de cuestiones de estética y literaria, del debate modernidad-posmodernidad, pero encuentra uno de sus tópicos más recurrentes en los problemas de construcción de memoria en torno del exterminio de los judíos por el nazismo y, a la vez, del debate sobre el tenor dictatorial y los miles de desaparecidos por la última dictadura argentina.

En septiembre de 1996 *Confinés* publicó su tercer número, encabezado con siete ensayos sobre “Memoria y terror en la Argentina 1976-1996”.<sup>4</sup> En el segundo, firmado por el director de la revista, Nicolás Casullo, se elabora una noción de “escritura” como una narración “para la memoria de la Argentina de los miles de muertos”, escritura que sea a un tiempo pensamiento crítico o “lenguaje reflexivo”; para Casullo, esta “escritura que nos resta” no puede tener lugar sin constatar la desintegración de las “constelaciones discursivas” de los años 60 y 70, pero también debe distinguirse claramente de otras memorias, tanto de “la historiografía consagrada por los poderes y contrapoderes en pugna”, es decir las retóricas, culturales y políticas, de circulación y consumo, que muestran todo lo que pueda ser visto y oído; como del relato de la Madres de Plaza de Mayo que, si es “la memoria del olvido”, no obstante “cancela la historia en la memoria del dolor” (Casullo 1996, 28, 17, 19, 16, 20, 28, 29). La noción de Casullo parece retomada con variaciones en dos ensayos de Ricardo Forster. En el primero, Forster señala los riesgos del rechazo del pasado tanto como los de su mitificación, representada especialmente en el discurso de la presidencia de la Asociación Madres de Plaza de Mayo, Hebe de Bonafini, negando que “el mito deba ser rechazado apelando a la discursividad racional”. Forster lo identifica sin embargo como clausura de la crítica (“Hebe de Bonafini nos impide preguntar [...] Cree que es posible volver a hablar el lenguaje de sus hijos”). En el número siguiente de *Confinés* Forster propone reemplazar esa “imposible identificación con los ausentes” por una “narración” en el sentido benjaminiano de “historia memorable”, que escape a la “transparencia” de “lo mostrable” con que el mercado o la “estetización de la política” y de la muerte saturan todo espacio posible. En el texto de Forster, esa “narración” tiene, por una parte, sus modelos –la trilogía de Primo Levi sobre sus años en un campo de exterminio nazi, el film *Nachte y neblha* de Resnais–; por otra, sus contrastes, en los procedimientos con que “la tecnología unida a la belleza estética” espectaculariza el horror: películas como *Kapo* de Pontecorvo o *La lista de Schindler* de Spielberg (Forster 1996, 38, 39, 60; Forster 1997, 35, 36-43).

En los trabajos de Casullo y de Forster, entre otros, *Confinés* propone una narrativa del horror de los setenta que –trabajando con lo que no puede ser dicho ni mostrado, con los espacios en blanco y con la opacidad de los restos– escape a la tentación de completar y fijar el sentido de un pasado imposible que precisa ser constantemente recordado. Una narrativa como esa debe combatir, por lo tanto, la “estetización” massmediática de ese pasado o cualquier conciliación retórica –mítica, heroica, catártica o complaciente–, es decir toda fijación que lo mercantilice, o que lo clausure y lo expulse así del presente.

No obstante, se puede notar que esa “escritura” o esa “narración” mantienen algún vínculo (inevitable, podríamos agregar) con cierta noción de belleza o de dimensión estética no siempre precisa. Para Casullo –que inicia su ensayo con un relato autobiográfico que mostraría narrativamente el resquebrajamiento de los lenguajes de los 70– la “escritura” que propone debe dar cuenta de ese quebre también “a escala estética” (Casullo 1996, 16). Forster destaca que el film de Resnais no podría ser calificado de “bello” sino de “justo”, pero anota más adelante que en “sus extraordinarios y bellos libros” Primo Levi “hizo posible, y eso resulta difícil de creer y de asimilar, que una prosa diáfana recorriera los laberintos del infierno concentracionario” (Forster 1997, 37, 43). Estas observaciones deben vincularse con el hecho de que se tejen en el espesor de una prosa ensayística que –por más que se interese en

establecer sus tesis– escamotea su propia transparencia, complejiza su sintaxis, trabaja topológicamente, configura por la escritura esa opacidad o ese quebre que *Confinés* se niega a suturar en la repetición de retóricas que impondrían un sentido resuelto.

3. Las intervenciones de *Confinés* a propósito de los discursos presentes sobre el horror pasado en la Argentina insinúan el retorno de un tópico del debate intelectual de la modernidad: qué conexiones o qué incongruencias se establecerían entre la inequivalencia de los argumentos o *reflexiones* de la razón o el pensar, y una poética que dé cuenta de lo imposible o lo *no razonable* mediante la capacidad de cierta forma artística para poner en cuestión cualquier certidumbre. En las intervenciones de la revista *Punto de vista* el problema tiende a resolverse como combinación de estrategias válidas y complementarias para un proyecto de crítica cultural vinculada con la política. Por una parte, *Punto de vista* mantuvo casi desde sus inicios una poética de la literatura y del arte que intentaba someter a crítica y dejar atrás las estéticas de las culturas de izquierda: contra la simplificación –realista, populista, pedagógica, etc.– de la forma por el recurso a retóricas ya configuradas, que conducía a la repetición y, lejos de interrogar nuestros sistemas de sentido, los confirmaba, *Punto de vista* procuró describir y defender una poética que estableciera cierta correspondencia entre la complejidad de la forma artística y la crítica de la ideología. María Teresa Gramuglio retomaba esa posición de la revista en el número con que la publicación cumplía veinte años de vida, discutiendo ciertas impugnaciones anticomunistas hacia la “literatura alta” mediante la lectura de algunos textos argentinos que “al enfrentarnos con su resistencia a la facilidad de las soluciones literarias convencionales [...] hacen un poco menos ciega, o menos pobre, nuestra manera de estar aquí, en este país y en este mundo” (Gramuglio 1998, 7; subí. nuestro). Esta posición se despliega con claridad instantáneamente cuando la revista discute con qué narrativas o modos de representación pueden ser interrogados los momentos más perturbadores de la historia argentina reciente. Ya en 1984, Beatriz Sarlo, directora de la publicación, había escrito que Rodolfo Walsh estilizaba la muerte en su carta abierta a Vicky, su hija muerta en un enfrentamiento con fuerzas represivas, y que las páginas de la poesía del exilio de Juan Gelman estaban “envenenadas de melancolía” (Sarlo 1984, 3, 4). Trece años después, el número 58 de *Punto de vista*, que se ocupa de “los años setenta”, demanda una lectura desmitificada de los imaginarios revolucionarios –estéticos y políticos– del pasado, y testimonia la persistencia de la revista en aquellas franquezas. En general, los ensayos de esa entrega elaboran una fuerte impugnación del uso o la reemergencia posdictatorial de aquellas formas de escribir o imaginar esa historia. Por otra parte, hay que notar que una revista como esta, que durante la dictadura organizó la puesta en circulación de teorías como las del materialismo cultural inglés en el debate intelectual de Buenos Aires, y que razonó explícitamente esa operación como una de sus estrategias para reconectar política y cultura, defendiendo o prefiriendo ahora –contra el riesgo de volver a estilizar la política y la guerra– una marcada diferenciación entre una y otra *esfera*, al punto de que pareciera quedar suspendida o abandonada la posibilidad de la utopía moderna –en una versión más o menos habermasiana– de reconexión o intercambio entre arte y praxis política. Ese registro aparece explícitamente, sobre todo en el artículo de Oscar Terán que abre la entrega, como desconfianza en el deseo, o en el deseo político, en la utopía –“el deseo de una ciudad”– es decir en la apropiación de la política por parte de los sueños de la imaginación.

En esa nota, titulada “Pensar el pasado”, Terán cita a modo de epigrafe un breve relato de Italo Calvino en el que un hombre asaltado por el deseo de una ciudad que en su sueño “lo contenía joven”, está finalmente en la ciudad pero “a edad avanzada”, cuando “sus deseos ya son recuerdos”. Terán agrega a la cita de Calvino, con la misma marginación del epigrafe, como si lo estuviera completando, corrigiendo u

orientando su interpretación, que “Pensar el pasado es todavía más complejo cuando se desconfía de aquellos deseos” (Terán 1997, 1-2). Pero antes de ese agregado, Terán ha eliminado de la cita aquello que la volvería ineluctable a las lógicas de la razón política: en el texto de Calvino, el deseo del hombre –quien más que pensar desea y sueña, y que de viejo mira el deseo de los jóvenes, y recuerda– se cumple: Isadora, la ciudad a la que llega, es “la ciudad de sus sueños” (Calvino 1994, 23). A partir de esto se podría releer toda *Punto de vista*, para examinar en qué medida la publicación prefiere pensar su propio discurso en torno de la noción moderna de crítica, antes que mediante nociones como las de “escritura” o “narrativa”, lo que permitiría trazar una diferencia importante con el programa y con los registros ensayísticos de *Confinés*.

En el artículo de Beatriz Sarlo incluido en el mismo número de la revista, “Cuando la política era joven”, también la política piensa o sabe por vieja, mientras la estética puede seguir fijada a un juvenilismo deseante o soñador. El texto de Sarlo identifica con claridad los cleptos históricamente productivos de libros editados en los años noventa que narrarían el pasado con las retóricas revolucionarias de ese mismo pasado: *El presidente que no fue* de Miguel Bonasso sobre la presidencia de Hector J. Campora, y *La voluntad* de Eduardo Anguita y Martín Caparrós, un relato armado con testimonios de ex militantes de las organizaciones revolucionarias de los 60 y 70. “Bonasso se equivoca en casi todos sus juicios históricos” escribe Sarlo, pero hay algo del clima de aceleración, que llevaba a muchos del periodismo a la casa de gobierno, que está en su libro”. Aunque no salga de la “visión montonera”, *El presidente que no fue* cumple con la utilidad del testimonio por su “actualidad preferida”, como una colección de periódicos de la época o, mejor, como una novela o unas memorias que registran el pasado según los códigos del pasado. En el último apartado de su artículo Sarlo transcribe una “apología del régimen democrático” de Carlo Donato a partir de la cual razona sobre el supuesto de que cada régimen político tendría su estética o su retórica de la narración. Y allí traza una oposición entre políticas estéticas (novelísticas, épicas, vanguardistas) y políticas praxicas. Según ese modo de razonar la relación entre ética de la política y ética de la literatura, no habría lugar para el arte en la política del presente. Pero Sarlo agrega que, “por otra parte”, “hay necesidad de historia (...) y el atractivo o la repulsa del pasado [de los 70] no pueden ejercerse sino contra un horizonte de discursos” (Sarlo 1997, 17, 19). En la sintaxis distributiva del último tramo de su artículo –por una parte la política praxica, estéticamente plana de la democracia, por otra la necesidad de relatos del pasado– Sarlo señala con franca precisión una contradicción problemática y no resuelta, pues son los sujetos de esa política sin literatura quienes desean las narraciones de un pasado político bello. El registro de la contradicción como fenómeno contemporáneo hablaría entonces de una imposibilidad de la política presente, que ha abandonado o por lo menos suspendido las pretensiones armonizantes de cierta versión del proyecto moderno por alcanzar un intercambio no alienante entre las esferas autónomas del arte y la praxis.

Pero, como adelantábamos, lo que *Punto de vista* plantea en el curso de sus intervenciones es menos una separación en general entre las razones de la política y los sueños de la literatura, que una separación específica entre política presente a cerca del pasado y ciertos modos de narrarlo, los de las vanguardias políticas de los 70, anacrónicos y acrílicos a la luz de un análisis de lo sucedido. En ese sentido, es claro que para *Punto de vista* la relación crítica con la historia puede consistirse no solo a través del ejercicio de la razón, del juicio o del pensar, sino también en la capacidad que se atribuye a cierta poética no retórica para construir hoy los sentidos del pasado. Aquí, la poética de la narración que defiende *Punto de vista* muestra una zona de confluencia con el tipo de “narrativa” que buscaba *Confinés*, como puede verse en la oposición que trazan Raúl Bercoff y Beatriz Sarlo entre *La lista de Schindler* de Spielberg y otros filmes como *Nachte y Neblha* de Resnais

o *Shou* de Claude Lanzmann (Beceyro 1994). Una de las claves de esa forma allí ejemplificada está, otra vez, en su resistencia a la totalización y en la interrogación de los restos: para Sarlo, por ejemplo, "impulsado por una furia racional", Lanzmann "presenta la materialidad de una operación de muerte como problema histórico y también como problema narrativo de su película, construida sobre la persecución de los rastros materiales de los campos de concentración, la lectura de los indicios proporcionados por las ruinas" (Sarlo 1994, 11, 15). Una síntesis de esa poética de la narración, representativa de la orientación más recurrente de la revista al respecto, puede leerse en uno de los varios ensayos de Hugo Vezzetti sobre el problema. En un análisis crítico de la práctica del "estache" (a la que nos referimos más abajo), Vezzetti distingue entre la "recaida en la repetición" (en la que incurrieron los organismos de parientes de las víctimas del terrorismo dictatorial) y la "rememoración del pasado"; para esta última es necesaria una "distancia pensada", en las antipodas de cierto "sentido común izquierdista"; la "rememoración" -que se diferencia de la "acumulación de testimonios" y de los "esquemas de significación ya armados"-, precisa en cambio de una estética "con silencios y con huecos que mantienen, en contra de lo ya sabido, interrogantes que no tienen respuesta", estética que Vezzetti también ejemplifica con el modo de narrar el horror de Lanzmann en *Shou* (Vezzetti 1998, 7, 4, 6, 3).

#### NOMADISMO, FUGA, INCERTIDUMBRE

4. La desconianza en las narrativas retóricas, esto es en la adopción de modos de narrar que pretenden poder decirlo todo y quedar definidos, así, por una clausura constitutiva de su productividad a la vez formal y de sentidos, cuyas credenciales son además las de discursividades conciliatorias -la izquierda de los 70 o la cultura mercantilizada- es un rasgo que *Confiness. Punto de vistación* en común con la *Revista de crítica cultural* (RCC), con la que mantienen además vínculos más o menos importantes. La RCC se edita en Santiago de Chile desde 1990 bajo la dirección de Nelly Richard, y ha publicado veintidós números entre mayo de 1990 y junio de 2001.

Como espacio de confluencia de los debates de la crítica cultural contemporánea, la RCC se presenta desde su primer número con una apertura que se enfoca hacia ciertos circuitos, itinerarios teóricos o problemas. En primer lugar, una clara preferencia por lo que en líneas generales suele reconocerse como "estudios culturales" latinoamericanos, es decir por las apropiaciones teóricas y las producciones críticas de la antropología cultural, la sociología, la politología y la crítica literaria y artística más o menos cruzadas en clave postdisciplinaria por intelectuales que se ocupan preferentemente de América Latina y que residen en ella o en los Estados Unidos. En segundo lugar, una preferencia crítica por las posibilidades de uso de cierto corpus teórico en el que sobresalen de modo no excluyente los nombres de Gilles Deleuze, Jacques Derrida, Félix Guattari y, en menor medida, otros como Walter Benjamin o Fredric Jameson. En cuanto a los temas, la recurrencia de ciertas interrogaciones y tópicos de debate: la cuestión de la llamada "posmodernidad" (tomada desde una perspectiva selectiva que remite en la crítica y la impugnación del mercado masmediático y del capitalismo global de la información; los problemas de territorialidad y fronteras culturales, disciplinarias e identitarias, con un énfasis visible en las culturas populares, las identidades descentradas, las cuestiones de subalternidad y mensaje especialmente respecto de América Latina, y problemas de género y feminismo; atravesado a veces algunos de esos ejes, la RCC se ocupa de modo recurrente, enfáticamente crítico y hasta denunciante de la llamada "transición democrática" no solo pero especialmente chilena, y en ese contexto de la cuestión de los Derechos Humanos y del problema que aquí nos ocupa. Conectado con esta última preocupación de la revista, hay que añadir un rasgo sobre el que volveremos: los estrechos vínculos que la RCC mantiene con el "arte", por un lado como eje de su discurso, por otro como inclusión, tanto en su realización gráfica como en el grupo que gestiona el proyecto, del trabajo de escritores y artistas plásticos.

En los primeros números de la RCC, sucesivos textos de Nelly Richard, su directora, trazan un programa de escritura crítica que, con variaciones y sin excluir orientaciones divergentes, puede reconocerse como el itinerario principal de la publicación. En la "Editorial" que encabeza la primera entrega, un breve texto firmado por "N.R." comenta una fotografía que lo precede ocupando casi media página:

La fotografía del "viajero de la libertad" Mathias Rust aterrizando en la Plaza Roja de Moscú (1987) es parte de la obra video de la artista Lotty Rosenfeld mostrada en la exposición chilena de Berlín (NGBK / 1989) durante los meses de la caída del muro y de las elecciones en Chile.

Esta imagen de un trabajo de arte que convierte las mutaciones ideológicas y los cambios políticos (Chile, Alemania, Unión Soviética) en material a editar mediante juntas y cruzamientos de citas en tránsito; esta imagen de un trabajo de arte que interviene líneas divisorias y rayas separativas, le imprime a ese primer número la marca inquietada de su referencia a los trastocamientos de fronteras entre identidades sociales, culturales y nacionales (Richard 1990, 1).

La combinación de referencias que el texto presenta será retomada por Richard en "Estéticas de la oblicuidad" pocas páginas más adelante, y en otro trabajo del número 2, "De la rebeldía anarquista al desmontaje ideológico (crítica y poder)" (Richard 1990a y 1990b). A la luz de estos y otros textos de la RCC, podemos caracterizar esas referencias como sigue: por una parte, una ubicación histórica del proyecto de la revista en la posterioridad de las transformaciones producidas hacia finales del siglo XX en torno de las crisis más o menos especulativas de los proyectos y las discursividades de la izquierda política y cultural, con una flexión nacional y latinoamericana; por otra parte, una matriz discursiva y teórico-ideológica que combina una severa crítica de los binarismos y de las cristalizaciones identitarias con una fuerte preferencia por los caminos de la polisemia, la fuga de las totalizaciones, el fragmento y la discontinuidad "nómada" del sentido; finalmente, en correspondencia con eso, la construcción de una poética del "arte" que podríamos caracterizar como de neovanguardia, en la medida en que confía los efectos críticos buscados en una serie de procedimientos de "desmontaje", cruce y mezcla de elementos procedentes de los diversos sistemas de sentido que se intenta traspasar, "desensamblar" o "descentrar".

En una prosa de artistas a la vez contentos y figurativos, Richard define la búsqueda de una estética que se aparte tanto del "militantismo artístico del compromiso ideológico" como de "un cierto postmodernismo" que resulta funcional al orden de la política y del mercado posdictatoriales cuando promueve "la pasivización de las diferencias llamadas a coexistir neutralmente bajo un régimen de conciliación que desactiva sus energías confrontacionales" (Richard 1990b, 6 y 7). La fuga de esa clausura binaria toma como punto de partida una zona de la producción artística y cultural del período militar o "postgolpe" que no se habría agotado "en la funcionalidad" y que "aprendió el idioma de la transversalidad" (Richard 1990a, 6). El "arte y la literatura" de que se trata se razonan así como "red proliferante-diseminante de signos fugados en asociaciones y combinaciones móviles", que violan "la reglamentariedad de un decir fijo" establecido por la violencia binaria del "orden como principio clasificatorio". Contra ese "monosentido" de doble rostro, por lo tanto, no es posible recaer en una exterioridad "alternativa", pura o incontaminada; se trata en cambio de reconocer la "reformulación transversal" y "desconcentrada" de la dominación y, allí, "la lucha de intereses sostenida por significaciones en disputa entre la cultura dominante y sus enunciados rebeldes" (Richard 1990b, 7). Para ello se rescata la experiencia cultural que durante la dictadura supo problematizar y desnaturalizar la representación no solo contra la "lógica represiva sino también fuera del la codificación ideológica del discurso contestatario chileno" y "de la izquierda partidaria" (Richard 1990a, 8). La estrategia política del arte estará así en su "capacidad para intervenir la trama de las codificaciones de sentido" mediante "interpelaciones nómadas" que se escenifiquen en "la *resquebrajadura* y el *interruccion*" mediante "un juego de contra-alianzas [...] pero también de negociaciones" (Richard 1990b, 8). El programa con que concluye "Estéticas de la oblicuidad" se puede leer, en este sentido, como el rescate de ese margen tránsfuga de la cultura chilena durante la dictadura, para proyectarlo hacia el presente y el devenir de la crítica en la era de la "transición", y como anuncio del tipo de vínculo entre escritura crítica y arte que la RCC construirá en los sucesivos:

Apostemos a que la palabra desencajada del arte y de la literatura en rotura de códigos siga estrechando la racionalidad programática de la ciencia, la política, la ideología. (Y conciliando hoy los supuestos funcionalistas de linealidad y transparencia reclamados por la pragmática socio-comunicativa del mensaje democrático). Apostemos a que la densidad figurativa del motivo estético y su tasa multilateral siga escandalizando -por el desborde utópico de formas saturadas de lujo y

placer- el principio de rendimiento de los lenguajes instrumentales traducido por la razón práctica a una simple y resignada lógica de eficacias" (Richard 1990a, 8).

En el marco de estas primeras formulaciones, Richard señala ya una poética cuya referencia principal está en una textualidad que tendrá una presencia recurrente en la revista, la obra de la narradora chilena Dime-la Elit, como escritura literaria donde "la memoria clandestina desmienta la versión monológica por la historia oficial mediante una juntura de subtelos discordantes, campo de batalla de narraciones en disputa [...] encargadas de frustrar todo síntesis recapituladora" (1, 7). A partir de una matriz desconstruccionista donde se hace muy visible el registro deluzano -y en sintonía con las versiones más radicalizadas de las intervenciones intelectuales que durante los noventa se aglutinaron en América Latina en torno de las nociones de "heterogeneidad", "hibridéz" y "subalteridad"-, la RCC verá en ciertos escritores y artistas chilenos del video, la performance o la instalación, la posibilidad del flujo pulsional o excedentario, la itinerancia, la ocupación de "brechas y fisuras", el ejercicio de la "interferencia" (Richard 1993a, 8), la travesía hacia la desreferencia o la desidentificación, y esto no solo como objeto de la mirada crítica sino sobre todo como *formada* de la escritura crítica y modelo de composición o de sintaxis -textual y plástica- de la propia revista.

Esa poética, que dejaría atrás la cárcel binaria de los discursos de "las ortodoxias" y sus lugares comunes, se propone como modo no conciliatorio de narrar o, mejor, desnarrar, los restos del pasado dictatorial. En el número de mayo de 1993, Richard analiza *Lumpérica, Por la Patria y El Cuarto Mundo* de Diamela Elit, ficciones "escritas en la fase más severa del autoritarismo", y en las que la experiencia de la dictadura se lee deconstruida por una combinación de quebre fragmentador y exceso súbito que permite además escapar de "los modos y las modas dictadas por el mercado" cultural: "el texto se desdobra entre la violencia desfigurativa del quebre escritural (la puesta en página del trozo y del destroz) y el retoque transfigurativo del signo enmascarado por la cita literaria" (Richard 1993, 26-27). La RCC señala en muchas ocasiones configuraciones estéticas semejantes a las que atribuye los mismos efectos, especialmente cuando se ocupa de artes plásticas, como en el número de noviembre de 1994 que dedica un *dossier* a partir de la polémica de alcances periodísticos provocada por "el caso Simón Bolívar", una pintura de Juan Domingo Davila que componía un Bolívar mestizo y transexual. "Se aborrece Richard al respecto- la polémica diéresis entre un arte más oportunamente ilustrativo de las convenciones de mercado, del realismo político, del lugar común institucional, etc.) y un arte [...] deconstruitor de las representaciones culturales y de sus estereotipos" (Richard 1994, 25). Es interesante para nuestro enfoque que en esa misma entrega se incluya uno de los trabajos de Idelber Avelar sobre narrativa latinoamericana de la posdictadura. Analizando novelas del brasileño Joao Gilberto Noll o del chileno Gonzalo Contreras, contrapuestas a otras como la del argentino Ricardo Piglia, Avelar distingue entre una poética de la "saturación", de efectos resitutivo-simbólicos, y una poética "de la rarefacción" a la que, en registro benjaminiano, Avelar atribuye un efecto desitutivolegónico. Esta última, que visiblemente hace sistema con la desconianza de la RCC hacia la fijación totalizante del sentido y hacia la saturación consensuista del mercado cultural posmoderno, narraría "la experiencia [como] algo ya no posible de ser firmado" (Avelar 1994, 32).

La desnutrición desconfla de todas las recomposiciones del espacio social o de alguna función crítica; solo se siente en casa con la ruina alegórica (lo que todavía no ha sido incorporado o ha sido ya expulso de la cultura, los restos de lo vivido no articulados por el nombre propio, los ghettos inmunes a cualesquiera insituciones). La resitución apuesta a la proliferación del sentido; la desnutrición maneja el sentido en tanto rarefacción (Avelar 1994, 32)

Avelar mostrará más tarde en que las ficciones de la posdictadura que le interesan no pueden reencuadrarse ni en "la utopía epifánica moderna" ni en "la rendición al olvido en tiempos de mercado telemático", sino en la "ruina alegórica", es decir en la narración de los restos de un pasado resistente, no incorporado ni asimilado a las formas del intercambio (Avelar 1997, 22-27).

5. No obstante, creemos que se puede notar en la RCC, en una medida apreciable y de modo por lo menos recurrente, cierta conflictividad de su poética de la narración posdictatorial, especialmente en las

entregas donde se debate la cuestión de los Derechos Humanos y la problemática del olvido a propósito de sucesos de la actualidad chilena (especialmente, en torno de las publicaciones de relatos testimoniales sobre la dictadura, y de las detenciones del General Contreras, jefe de la central de inteligencia de la dictadura, y del ex dictador Augusto Pinochet). Estas circunstancias harían emerger en el discurso de la RCC el reconocimiento de la necesidad histórica y política de ciertos niveles de construcción de "verdad", de "resitución" o de "identidad". En mayo de 1995, en ocasión de los juicios a Contreras, un texto de Diamela Elit sobre la figura del torturador, "Pactos e impactos", parece verse obligado a reducir el trabajo de fijación y dislocación de los textos que usualmente se publican bajo su firma en la RCC, dejando que predomine una sintaxis de orden argumentativo: una escritura que suspende en su forma el rechazo de la interlocución comunicativa (Elit 1995). En un dossier cuyo punto de partida es un video y varias autobiografías de mujeres secuestradas por la dictadura y convertidas en colaboradoras de la represión, un texto Nelly Richard no evita la reposición de un dilema que va atravesada sus primeras intervenciones programáticas en la RCC: la inesperada o riesgosa proximidad entre una política de la contestación fundada en el ejercicio radical de la *diferencia*, y el "signo relajado de un pluralismo de la diversidad que se apaluda como escenario festivo de lo no contradicción", tensa el discurso de Richard hacia la necesidad aunque más no sea estratégica o situada de una "verdad verificable", o de alguna "rigurosidad significativa" o "asperza comunicativa" que posibilite, precisamente, contestar *contra-deco* (Richard 1995). En el mismo dossier, Elit retoma una prosa notablemente *comunicativa* y gramatical si se la compara con sus textos más representativos y modelicos, donde se confronta y se demanda confrontar el discurso conciliatorio de la transición democrática no solo por vía de la opacidad y por "la pregunta por los límites" sino también mediante una "*reflexión exhaustiva* sobre el pasado" (Elit 1995a, 30; subr. nuestro). Al mismo tiempo, Elit parece a punto de identificar la estrategia tránsfuga que la RCC demanda desde sus inicios para el discurso crítico, con la dinámica del poder contra el que esa estrategia se postulaba: "¿No será acaso que hoy el poder central se organiza, en gran medida, desde el acomodo del discurso dominante que necesariamente para sobrevivir como discurso dominante *muda, acepta, negocia otros límites* a partir de procedimientos retóricos?" (Elit 1995a, 41; subr. nuestro). Tanto en el texto de Elit como en el de Richard -que denuncia la "indecidibilidad del contenido de verdad" de las confesiones testimoniales de colaboracionistas "arrepentidas"- la confrontación directa con las intervenciones móviles del poder conduce a insinuar cierta necesidad de incorporar, entre las estrategias de contestación crítica y junto a los procedimientos deconstructivos, la fijación o la estabilización de posiciones, enunciados o identidades. Si en algunos textos de la revista, especialmente aunque no solo en los programáticos y más o menos iniciales, se establecía una correspondencia generalizada entre fuga de todo orden del discurso y efecto de resistencia crítica, en algunos de estos otros textos, que diseten con la actualidad, se sugiere que el efecto de las estrategias de tránsito diverge de acuerdo a cuál sea el sujeto y la intencionalidad política que la utiliza; en este sentido es interesante notar que Elit, al referirse a los "arrepentimientos" posdictatoriales de las militantes de izquierda secuestradas y convertidas en agentes de inteligencia de la dictadura, las caracteriza como "mujeres nómadas" (Elit 1995a, 41). Inversamente, Nelly Richard reconoce en una entrega posterior, donde comenta un documental de Patricio Guzmán que repone "el retrato en blanco y negro de los detenidos-desaparecidos", que las políticas del mercado mediático de la transición dejaron a "los actores del conflicto" de la violencia política en Chile "sin rostros ni cuerpos de referencia, [...] sin la posibilidad de reconocerse como sujetos de la historia ni como sujetos *con* historia(s)". La "materia" de esas "subjetividades biográficas" no sería transparente sino "contraba y fracturada", de modo que Richard reivindica selectivamente la poética del trabajo de Guzmán, "La Memoria Obscurecida", destacando las zonas donde los testimonios y los recursos narrativos "llevan al borde de las significaciones principales a arriesgar su supuesta nitidez en zonas de turbadora incertidumbre hechas para demorar [...] la captura del sentido" (Richard 1997, 55, 60; sin embargo, la obra "hace recordar: es conductiva y *transitiva*", y lo es mediante "montajes interpretativos" que no obstante Richard describe como "*reconstituciones* de escenas". (Richard 1997, 56; subr. nuestro). Así, el texto de Richard permite claramente que lo interroguemos acerca del punto al que debía orientarse el acento interpretativo-valorativo

**ESTÉTICA DE LAS MIGRACIONES**

**POSTMODERNIDAD Y**

**POSTDICTADURA**

**MUJERES ENTRE CULTURAS**

**LA POÉTICA EN LOS SUBSUELOS**

**DE LA PALABRA**

**HACIA UNA DEMOCRACIA RADICAL**

FRONTERAS DISCIPLINARIAS  
Y REVENOS DE LA FRONTERA  
NICOLÁS CASULLO  
Estéticas de la FRONTERA  
NELLY RICHARD  
Escenas de la oblicuidad  
NESTOR GARCÍA

Transcontinentales  
GUY BRUNNER  
¿TRANSICIÓN, CULTURA Y DEMOCRACIA?  
BEATRIZ SARILO

¿Cambio de las migraciones e identidades en la transición?  
HUGO ACHUGAR  
6 preguntas a José Joaquín Brunner  
JULIO ORTEGA  
Los sobresaltos de la democracia radical  
DIAMELA ELIIT

La cita neobarroca, el crimen y el arte  
EUGENIA BRITO  
América Latina: mujeres entre culturas  
ADRIANA VADES

El eco de una novela  
CARLOS PÉREZ

Nicolás Casullo  
Nelly Richard  
Guy Brett  
Diamela Elit

Beatriz Sarlo  
Hugo Achugar  
Julio Ortega  
Adriana Valdes

Carlos Valdés  
Eugenia Brito  
Nestor García  
José Joaquín Brunner

CeDinca

de la obra: si hacia el propósito reconstitutivo del conjunto de testimonios montados, o hacia sus momentos de vacilación e incertidumbre (que son los que Richard prefiere subrayar).

En noviembre de 1998 y a propósito de la detención en Londres de Augusto Pinochet, la RCC retoma el problema que aquí nos ocupa en el dossier "1973-1998: Fracturas de la memoria, convulsiones del sentido", reiterando su impugnación tanto a la alternativa "crítico testimonial"/"mirada distante" como al "monotono y sostenido binarismo" que suprima la diferencia en la "escisión entre un nosotros y los otros, puros e impuros, patriotas y extremistas" (Elit 1998, 28). Nelly Richard propone allí que "si el arte -en el sentido más perturbador, más dislocador [...] - ha de sernos necesario, es por su capacidad de torcer los ángulos de una mirada sumisamente ajustada al verosímil de *lo dado*" (Richard 1998, 32). Sin embargo, una página antes, otro texto de Diamela Elit pone otra vez en escena la tensión entre el discursar no controlado de la figuración por el montaje y la necesidad de controlar el azar del sentido. Refiriéndose a las intervenciones medicas a que fuera sometido Pinochet en Gran Bretaña antes y durante su detención, Elit anota:

Quero detenerme en el espacio aparentemente circunstancial del cuerpo del dictador porque pienso que este signo es sorprendentemente riguroso, en la medida que fue el abuso contra los cuerpos disidentes, lo que ha convertido a Pinochet en responsable de crímenes contra lesa humanidad. (Elit 1998a, 31).

Pero una vez trazada la *jurta* en la que se acopla lo que el *orden binario del sentido común* de la memoria tenía diametralmente separado, el texto de Elit gira al argumento correctivo para evitar el escándalo ético o ideológico que el montaje podría activar:

Desde *hugo*, no es comparable la situación de Pinochet operado de la columna vertebral [...] "prisionero" en una lujosa clínica de Londres, con los tratos inhumanales que recibieron los presos políticos o el destino trágico de los ejecutados o el enigma inabogablemente angustioso de los desaparecidos. *Simplymente quiero señalar que*, a nivel simbólico, es el cuerpo que en la juego ahora una mala pasada. (Elit 1998a, 31; subrayado nuestro)

Cuando la estética desenterraliza los signos y vuelve a montarlos de un modo imprevisible que podría resultar horroroso para cierta moral de la resistencia, el texto recupera la gramática de un sistema de sentido compartido, para *amplificar* la proliferación semántica y poner en escena allí, en el cuerpo visible de la enunciación, no una voz tránsfuga de sí misma sino una subjetividad estabilizada que se *realiza* en el territorio de una ética ya dada y reconocible, no muy diferente además de la discursividad de la izquierda testimonial o de los movimientos de defensa de los Derechos Humanos.

## RESTITUCIÓN E INSTALACIÓN

6. Entre 1994 y 1995 varios grupos de hijas e hijos de detenidos desaparecidos por la dictadura comenzaron a reunirse más o menos regularmente y formaron en La Plata, Córdoba, Rosario, Buenos Aires y, paulatinamente, en muchas otras ciudades argentinas agrupaciones denominadas H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio).

Una lectura de las revistas de H.I.J.O.S. permite ver cómo la *discursividad* de este nuevo sujeto público se organiza como un conjunto relativamente articulado de operaciones que son siempre o de manera claramente dominante, operaciones de construcción, fijación y "transmisión" de sentido<sup>9</sup>. Esas operaciones se organizan en dos direcciones: por una parte, operaciones de *restitución* de identidad como historias vividas de sujetos, que el diccionario prefirió por las revistas ubica repetidamente en torno de la noción de "memoria"; por otra, operaciones de *institución* de identidad como posiciones-intenciones de sujetos, que se organizan en torno de la noción de "justicia".

Las operaciones de *restitución* de identidad se trazan en una línea de figuras e intervenciones que procuran reestablecer continuidades entre el pasado y el presente. Por una parte, se trata de construir la identidad propia como restitución de lazos íntimos o autobiográficos del pasado cuyo sentido tuvo, constitutivamente, dimensión colectiva y pública (la identidad que se busca, que es la de una intimidad -el yo en vínculo con los padres o la familia- ha sido destruida en tanto pública o colectiva).<sup>10</sup> Por otra parte, se trata de construir la identidad ajena -la del ex represor- también en esa doble dimensión: la biografía del otro

se restituye y se publica como prontuario, es decir en tanto biografía del genocida.

Las operaciones de *institución* de identidad se trazan, por su parte, en una línea que procura establecer continuidades con el futuro. Se trata de instituir la identidad del genocida como la del culpable de determinados delitos, para derivar de ello identidades colectivas que realicen y demanden formas de sanción social: la de los vecinos del genocida, identificados, por oposición a él, como víctimas más o menos indirectas, y, por tanto, como una extensión inmediata de un colectivo, la "ciudadanía" o "el pueblo", identificable como tal en tanto que se constituya en la demanda de justicia legal al Estado y en el ejercicio compensatorio de formas de sanción directa. Esa sanción se discursiviza como "condena social" y se condensa en la noción de "escrache": insistir de un modo presencial, físicamente inmediato y directo, en la denuncia identificatoria del genocida en el espacio público hasta el umbral de su intimidad, su casa.

Ahora bien: sobre esas dos direcciones, como se ve en las revistas, se combinan, se mezclan o se alternan operaciones retóricas, genéricas y estéticas de procedencia diversa.

7. En las revistas de H.I.J.O.S., tanto las operaciones de restitución como las de institución comparan el uso de una serie de géneros o modos de discurso que son los que predominan desde el punto de vista cuantitativo. Son los que podríamos llamar géneros de construcción de la verdad de los hechos y de revelación o interpretación de su sentido: la crónica y el testimonio por una parte, la consigna y la denuncia por otra. Esos géneros, y tal vez especialmente el del testimonio, se cuentan entre las zonas de la discursividad de las revistas de H.I.J.O.S. que se combinan de modo más intenso y frecuente con lo que llamaré los discursos heredados: tanto las formas del discurso político radicalizado de las organizaciones revolucionarias a las que pertenecían muchos de los padres desaparecidos de los H.I.J.O.S., como las narrativas que solían acompañar a esos discursos, es decir un conjunto de figuraciones, tópicos y tonos enunciativos que, a riesgo de que resulte reductivo o excesivamente específico, podríamos denominar épicas de la revolución: un relato teleológico del amor y de la guerra, en el que se identifican sin dificultad los vínculos con la tradición intelectual pero sobre todo literaria y artística de la cultura de izquierda en general y hispanoamericana en particular. Pensamos en un repertorio prestigioso de tradiciones o *poéticas de la política* que van, en el caso de la poesía por ejemplo, de Raúl González Tuñón o del César Vallejo de *Poemas humanos* en sus conexiones con la República Española, a Julio Cortázar o Juan Gelman y sus estrechos vínculos con la Revolución Cubana.

Uno de los significantes más fuertes de estas herencias aparece en el nombre de la revista de H.I.J.O.S. de Rosario, *Pedro Rojas. Publicación periódica de H.I.J.O.S.*, que lleva en la marca misma, como epigrafe, los versos del poema de Vallejo: "Solía escribir con su dedo grande en el aire: / ¡Viban los compañeros! Pedro Rojas"<sup>11</sup>. Pero también en muchas otras firmas, citas y presencias repetidas en las revistas, que permitirían afinar una caracterización de esas herencias. En el primer número de la revista de los H.I.J.O.S. de Córdoba se transcribe una cita de Rodolfo Walsh, a modo de pie de página, bajo el "Editorial"<sup>12</sup>. En la primera entrega de la filial de Rosario ya citada, se incluyen ilustraciones y hasta una entrevista al artista plástico Ricardo Carpani, a quien se presenta en la volanta como "Militante consecuente de la Izquierda Nacional" y "artista comprometido"<sup>13</sup>. Tampoco faltan las citas o transcripciones de poemas y prosas de Julio Cortázar. En una entrega reciente, la revista de H.I.J.O.S. de Córdoba presenta una entrevista a un grupo de jóvenes poetas autodenominado "Pan comido" por alusión al grupo de poetas "El pan duro" en el que se iniciara Juan Gelman, junto con otros jóvenes más o menos ligados a la Juventud Comunista, a mediados de los años 50; en otros números de la publicación, también se transcriben poemas del propio Gelman<sup>14</sup>. Bajo el título "La cultura es un instrumento de los cuerpos en lucha", la segunda entrega de la filial de Córdoba presentaba una entrevista con Vicente Zato Lema, una figura central en la historia de la revista *Crisis* de Buenos Aires; la contraparte de ese mismo número lo cerraba con una frase de Eduardo Galeano.<sup>15</sup> En la primavera de 1998, la revista de la filial cordobesa concluía con una nota en ocasión de la muerte de Envar "Cacho" El Kadri, el ex dirigente guerrillero de las Fuerzas Armadas Peronistas, escrita en segunda persona bajo la forma de la evocación y la despedida (Arroyo 1998).

Sería por lo menos simplista suponer que la recurrencia a esas significaciones del pasado consiste meramente en reactualizar sentidos ideológicos o cristalizados y que produce de modo dominante y directo un efecto de mera repetición o regresión. Pero también se parcializaría la comprensión del problema si se lo conceptualiza solo como efecto del deseo juvenbilista de historias heroicas o bellas que el ejercicio real de la política ya no proporciona. Para evitarlo, es preciso advertir qué subjetividad se hace cargo de esos materiales y valores, una subjetividad cultural y etaria o generacionalmente diferente de la que produjo la primera versión de esas significaciones o su corpus textual más canónico, subjetividad que se define además por un conflicto identitario producido precisamente por el corte violento de la continuidad temporal de las herencias (históricas, culturales, familiares e íntimas). El malentendido no deja de producirse por más obvio que pareciera: este sujeto está lisa y llanamente imposibilitado de *repetir* porque no se cuenta entre quienes *vuelven*, es decir, no ha estado allí; y ha quedado a la vez obligado a restituir como ejercicio inevitable de su propia constitución como sujeto. La lectura de las revistas muestra, en este sentido, el modo en que ese repertorio *anacrónico*, junto con otras significaciones a que nos referimos más abajo, *ingresa* en un trabajo de construcción de sentidos que no es mera re-construcción retórica ni ideológica de significaciones por parte del sujeto que las produjo, sino rescate, relectura y apropiación por parte de un sujeto posterior que se ubica ahora en el lugar del heredero despojado. Resultaría por lo menos discutible la idea de que la operación de apropiación deje de ser tal y se reduzca a una repetición imposibilitada de elegir intencionalmente los sentidos, por el solo hecho de que acuerde con algunas orientaciones ideológicas o estéticas básicas de aquellas significaciones y pretenda reactualizarlas en su contexto político presente. En una nota a propósito de la obra de Cortázar y la censura dictatorial sobre la literatura, Mariana Tello escribe:

Los que nacimos en la década del setenta quizá no advertimos su existencia [la de Cortázar] hasta después de su muerte, perdiendo la oportunidad de conocerlo más allá de sus libros, como nos pasó con Rodolfo Walsh, Haroldo Conti, y otros tantos que hacemos volver siempre en el discurso, no con la solemnidad de un homenaje sino haciéndolos parte de aquellas palabras que necesitamos por su contenido y su belleza; por ser parte de una hercha contra la alienación y la injusticia; lucha que elegimos continuar (Tello 2000).

Como se ve, los "libros" se imaginan no solo como proveedores de ideas, sino, antes que eso, como sustitutos de *presencias* con las que ya es imposible el *encuentro* (es decir, en la misma lógica de la imposibilidad del encuentro físico con los padres o familiares desaparecidos), y luego como motores de iniciativas de provisión de identidad para un sujeto colectivo ("hacemos volver", que obviamente no puede ser reducido a *vahemos* o "*hacéndonos* parte"). No parece necesario abandonar los desacuerdos ideológicos o políticos que fueren con los H.I.J.O.S. o con otros organismos de parientes de las víctimas del genocidio para advertir y analizar estas *diferencias* de la enunciación.<sup>17</sup>

8. Sin embargo, tanto las operaciones de restitución como las de institución no se limitan al empleo de los géneros de construcción de la verdad de los hechos y de su sentido; despliegan otros géneros, en cuyo uso hacen intervenir, junto con los discursos heredados, otras *formas*. Para presentarlo de modo más esquemático, estas otras formas parecen intensificarse especialmente en los extremos de la secuencia que recorre la intervención de H.I.J.O.S.: por una parte, en el comienzo, que parece concentrado en la restitución de la identidad autobiográfica más íntima; por otra parte, en el modo público de intervención más reciente de la discursividad del grupo, es decir la práctica callejera del "escrache". En el extremo inicial, la *restitución* opera más que en ningún otro momento con lo que solemos identificar como géneros y procedimientos literarios: poemas o textos en verso, ficciones, seudónimos. En el otro extremo, la *institución* pone en juego recursos de las artes del espectáculo y de la cultura urbana o de mercado de ejecución pública, en un tipo de combinación de procedimientos que podría describirse como "performance" o, mejor, como cierta especie de "*instalación*" (para usar una noción literaria y etimológicamente más adecuada al modo en que hemos razonado aquí la discursividad de H.I.J.O.S.), la cual se traspone en alguna medida a la gráfica de las revistas.

Algunos textos de las revistas se disponen en verso o en algún caso se proponen como ficción, y trabajan especialmente con algunos de los procedimientos léxico-semánticos, sintácticos y de figuración que

suelen identificarse con el discurso poético o literario. Un texto presentado como "Cuento" en el sumario, y titulado "El lagrimón" bordea repetidamente la agramaticalidad, que se confunde con el error tipográfico: "Establecido en su cocina la situación se retomaba a mí y a ella insoportable [...] Sus oídos resbalaban todo sonido comprendido por esa lengua cercada por una custodia denota. Cuando volvían daban ganas de bajar sus solidados de una sola trompada" (Camilo 1997). En otro texto en prosa, titulado "Cartas a mi vida" Valeria Archetti cuenta una sintaxis intertextiva donde las identidades de la primera y la segunda persona se confunden:

¿Que es aquello que tapa el enigma de tu falta? [...] En aquellos momentos [...] que generalmente surgen por la ausencia de alguien a quien le suponíamos la virtud de colmarnos, creo hacer de esa ausencia mi ausencia. *Tú no estás más ausente de lo que mi falta está presente para ti. [...] ¿Que hace entonces con esa ausencia de la que hago presencia? ¿la habré escudido? ¿dónde?... (Archetti 1996).*

Página por medio, un poema de Andrica Suárez Córrea vuelve, también en segunda persona, sobre la confusión de identidades-miágenes mediante el tópico del espejo ("Me miro al espejo / Me pregunto / de quién es ese rostro [...] Y me pregunto / de quién es / esa muerte?") (Suárez Córrea 1996).

Creo que estos y otros procedimientos similares o de efectos semejantes que aparecen a veces en algunas de las revistas, pueden describirse en torno de la noción de "antidiscursivo" que, en un registro explícitamente foucaultiano, propusiera K. Suerle para caracterizar los textos líricos: el orden social fija las palabras a estructuras discursivas, es decir a la identidad de un rol protegido y sancionado mediante factores lingüísticos e institucionales asociados; el discurso, así, obliga a la desposesión del sujeto, es decir de la individualidad del mero acto de habla, y ordena o asimila el *habla* en alguno de esos roles, es decir la proyecta sobre condiciones sociales de acción simbólica, esto es de intercambio. En relación con eso, lo lírico o lo poético podría pensarse como "antidiscursivo": ciertas *hablas* de autoafirmación que ponen a operar la fuga de esas restricciones de identidad (Suerle 1977). En este sentido, puede parecer paradójico la posibilidad de caracterizar de ese modo ciertos momentos de la *discursividad* de las revistas de H.I.J.O.S., que hemos definido como restitución de identidad. Sin embargo, creemos que la noción es adecuada para caracterizar la construcción de una identidad no solo perdida, ausente o fragmentada sino, sobre todo, de dimensiones estrictamente íntimas, es decir individuales; en este sentido, los momentos antidiscursivos de la escritura de H.I.J.O.S. procurarán la afirmación de una individualidad, un *habla* que resultaría irrecuperable en los procesos de mera asimilación a los roles identitarios disponibles, autorizados u obligados en/por el discurso social. Esta descripción se corresponde, en términos de imaginario o sentido común cultural, con la creencia moderna en una especial aptitud de la literatura, de los géneros confesionales, y sobre todo de la poesía, para producir una indagación reveladora de la densidad de lo íntimo o del pozo más hondo y particular de la subjetividad; creencia que incluye a veces la idea de que la plurisemia, la agramaticalidad, las rupturas de las expectativas retóricas e ideológicas o la exorbitancia de la connotación que permite la poesía organizan una forma verbal homóloga a las complejidades de la intimidad. Parece claro que una concepción de lo literario como esa opera en las revistas de H.I.J.O.S.

Por otra parte, la antidiscursividad que el sujeto H.I.J.O.S. busca cuando escribe poemas o cuentos, funciona como recurso (por lo menos en el nivel de la creencia o de las competencias de lectura activadas) para proteger y sustraer esa restitución de *habla* al intercambio obligado de los sistemas de acción simbólica, es decir la interlocución, que, siguiendo los términos de Suerle, desposeería precisamente de la posibilidad de tal restitución. En ese momento más bien inicial en el que es preciso construirse a sí mismo, la discursividad de H.I.J.O.S. busca lugar del intercambio confrontativo, sustraerse de la interpelación del genocida, y prueba los límites de la despragmatización del lenguaje.

Sin embargo, estos textos con bordes antidiscursivos, que, en estado puro o de no contaminación con los discursos heredados tienen un ejercicio muy restringido en las revistas, no permiten siquiera conjeturar que el sujeto H.I.J.O.S. vaya a entregarse a un ejercicio definitivo de desajuste de cualquier orden verbal, ni que pueda pensarse como sujeto definido por la mutación, por el tránsito o por alguna forma de desterritorialización. Por el contrario, la poetización antidiscursiva de algunos momentos de la discursividad, como hemos sugerido, ocurre en

tanto estrategia funcional a la restitución, lo que se confirma cuando se la considera en el conjunto de las otras estrategias que describimos.

En el otro extremo de esa secuencia que va de la "memoria" a la "justicia" y que los HIJOS narran en la revista como el recorrido o la historia de la agrupación, se ubica el "escrache". Se trata de una actuación o *instalación* colectiva, una variante de la manifestación política callejera que suele comenzar como marcha cuyo destino es siempre el frente del domicilio de un ex represor. Los HIJOS... además de recorrer la cuadra y el barrio distribuyendo panfletos con una breve semblanza del acusado e invitando a los vecinos a "hacer del barrio su cárcel", se manifiestan ante la casa del "escarabado" combinando estéticas viejas y nuevas: consignas y pancartas, pintadas y grafitis, bombos o redoblantes, pero también bombas de pintura roja que lanzan contra la casa o en la vereda, murgas, números de lanzallamas, marionetas o muñecos gigantes que caricaturizan al escarabado, disfraces, mimos, malarbas con clavos o bolos, zancos, y en no pocas oportunidades el uso de recursos gráficos o visuales (tipografías, trazos, combinaciones de colores, inscripciones en la vestimenta) que remiten claramente a la subcultura juvenil de los años 90, a veces más o menos asociada a la estética del rock-and-roll marginal, rupturista y más o menos alejado de los principales circuitos del mercado mediático de la música.

El registro de mezcla de mezclas que el escrache pone en evidencia reemplaza los tonos serios o heroicos de las épicas de la revolución (de las que nos obstante se siguen utilizando no pocos elementos) por el *estilo* del carnaval o del circo, como ha subrayado Ana Rosa Pratesi (Pratesi 2000). Dicho registro de mezcla también tiene sus codificaciones en las revistas de HIJOS. Si se toman las tres entregas que publicó la filial La Plata, es visible una modificación del diseño gráfico de la revista entre el segundo y el tercer número. Mientras los dos primeros presentan un diseño de composición más bien despojada y formalista, el tercero —que pasa a tamaño tabloide— dispone la tipografía de los títulos de modo superpuesto, repetidos en diferentes cuerpos, y en superficie y en fondo, como voces —o pintadas o grafitis— sucesivos y enmascarados. Así se diseña el titular de tapa de ese tercer número ("Si no hay justicia, hay escrache"), impreso sobre la parte superior de una fotografía que muestra una manifestación o marcha en medio de la cual se lee una pancarta que atraviesa lo que parece una calle con la leyenda "HIJOS...": la gráfica de esa portada, así, procura actualizar visualmente la apariencia misma de un escrache, desplazando a la vez la materia gráfica hacia las formas y formatos de la prensa y del volante, es decir del activismo.<sup>18</sup>

El primer número de la publicación de la filial cordobesa incluye bajo el título "Arte y lucha" el relato de una fiesta que, tanto en lo que narra como en los registros de discurso y el léxico que usa, permite ver nuevamente la estética de mezcla que se condensa en el escrache:

El 16 de septiembre se conmemoraron 20 años de la Noche de los Lápidas y los HIJOS quisimos hacerlo con todo el aguiante y la alegría de esos misinos pibes [...] Entonces nos organizamos un "Super Canyengue" que tuvo por nombre "ARTE Y LUCHA".

"Lunáticos" artistas se dieron cita en la Casa de los Trabajadores para deleitarnos durante una jornada de títeres, murgas, videos, pinturas y esculturas que adornaron el ambiente mientras nosotros batábalamos al son del altísimo musiquita de grupos bien grossos de nuestro rollo o rollos cordobes como: Los Ego non fui, Los Rústicos, El Tundete Criollo y otros que los ángeles no traen a nuestra memoria.

Hubo algún que otro perance que por suerte no hicieron que la calesta se detuviese, pero tuvimos que regalarle la sortija a un compañero de la facu de Plástica que lanzó las llamas un poquito más alto que su luna y se le incendiaron unas cuantas chapas.

Al mismo le pedimos disculpas y todo nuestro agradecimiento retribuido en sendas pelucas. [...] <sup>19</sup>

También, entre los artículos de análisis o de opinión de las revistas, cuyos registros los ubicarían junto a los del testimonio o la denuncia, y que resultan motivados a veces por acontecimientos de cierta actualidad —por ejemplo, una huelga, o una citación judicial al genocida Alfredo Astiz—, se utilizan formas no solo provenientes de las poéticas de la revolución sino también de las culturas urbanas juveniles de los años 90, esto es las que más o menos se corresponden claramente con la generación de los hijos.<sup>20</sup> La intertextualidad de este tipo de elementos en las zonas más periodísticas de las revistas apuntan a dos tipos de efectos: por una parte, depositan cierta confianza performativa de carácter rupturista en el uso de discursividades sociales orientadas a la fractura

de las formas sociales del intercambio simbólico, ya que el rock de que se trata o la poetización de algunos bordes de los textos abandonan las formas del discurso ordenadas, es decir recuperables por la interlocución del otro al que se confrontan (lo que no significa que en estos momentos se pierda la orientación semántica principal de la enunciación de HIJOS...), ya que la conmutación del enunciado de fractura proviene, por ejemplo, de la sintaxis del rock, queda siempre más o menos claramente sobredeterminada por la intencionalidad de confrontación ideológica y política de la *discursividad*; por otra parte, la intertextualidad de bordes poetizados o de elementos de la cultura juvenil de los 90 en las prosas de denuncia u opinión representa, obviamente, una de las marcas de un movimiento inverso y complementario al de restitución de la herencia, es decir un movimiento de transcodificación o de traducción de los sentidos de la rebelión a los códigos actuales, que los integrantes de HIJOS... compartirían con otros sujetos colectivos etariamente semejantes, como ejercicio de uno de los propósitos iniciales e identificatorios del colectivo: "transmitir" la memoria de la historia que han construido.

9. La narrativa de las revistas de HIJOS... se compone, así, como una discursividad de mezclas, cruces, convenciones y acoples de prácticas culturales diversas. Creo haber mostrado, sin embargo, que la conflictividad semántica interna de esas mezclas es baja, porque la significación que se compone es siempre fuertemente funcional: la potencial divergencia y la proliferación de sentidos están casi siempre orientadas por una *política de sentido* capaz de aglutinar la polifonía relativa de las formas o su tendencia a diferir, fluir o escaparse. Indudablemente, la procedencia o la identidad cultural de las formas que ingresan, en las revistas y en el resto de las intervenciones, a la composición de la discursividad de HIJOS..., apela a sensibilidades o competencias discursivas diferentes, es decir que tiende en cierta medida (que de todos modos he tratado de no exagerar) a evitar la unificación retórica o estética del universo posible o más o menos imaginario de lectores. Pero tales sensibilidades resultan mencionadas bajo la misma menciónalidad semántica, esto es que sus posibilidades de significar se ajustan a una destimulación muy exclusiva y delimitada en lo ideológico, o dicho de otro modo, la modica pluralidad retórica y estética de la discursividad es una función del imperativo por "transmitir" e incluir en el ejercicio de la *instalación* a quienes no son familiares de las víctimas del genocidio. Por lo tanto, si intentamos razonar la composición con esas formas diversas bajo la idea de negociación, esta no sería sino rara y marginalmente una negociación de sentidos en conflicto; en el uso de un repertorio cultural diverso, la discursividad de HIJOS... demanda lo que se le niega desde los sistemas de sentido dominantes —memoria y justicia—, y los demanda como *objetos no negociables*. De este modo, la política de sentido de las revistas procura excluirse de los términos de cualquier construcción procesal (transaccional) de contra-hegemonía, tanto como de cualquier posición móvil, híbrida, en fuga o en tránsito (aunque eso no impida que las revistas razonen su propio discurso como "construcción" presente de representaciones). Esto la vuelve difícilmente reducible a las lógicas de resistencia que suelen razonarse como consentimiento, consenso o intercambio, tanto como de discutible asimilación a las lógicas de la llamada "subalternidad"<sup>21</sup>; su resistencia se construye por confrontación diametral de posiciones más bien fijas, cuya metastabilización no parece contarse entre las estrategias de la discursividad. No se propone intervenir deconstructivamente en el interior de la sintaxis del Orden, sino destituirlo semánticamente —es decir, en su decir y en la producción de *actos*—, ponerlo en crisis como desorden mediante una guerra abierta que incluye una crítica de lo dominante como ideología y una contra-construcción explícita de *verdad*, antes que por la escaranzada más o menos camaleónica, tránsfuga o pícaro. Esta posición anti-intertextual, confrontativa o alternativa, que hemos intentado establecer en el análisis de la discursividad de las revistas, se expresa de modo repetido, por supuesto, en varios textos declarativos o programáticos de las publicaciones, y alcanza a proponer una advertencia contra el riesgo de que el sujeto HIJOS... y su discurso ingresen en alguna forma de uso o alianza estratégica con la lógica cultural del mercado identificada en las políticas de los medios de comunicación de masas y rechazada sus matices:

Prender el encargo la problemática de los derechos humanos desde esta posición<sup>22</sup> dentro de los grandes medios de comunicación resulta hoy, poco más que imposible. Los diarios, canales de TV y las radios con llegada masiva se encuentran indeciblemente comprometidas

con la lógica del mercado, que determina quién puede hablar y sobre todo de qué puede hablar.

La edición de esta revista es, entonces, un intento más por afirmarnos en el marco de un ironico constante por no ocupar el lugar que pretenden asignarnos los medios masivos de comunicación.

Un aporte a la tarea diaria de la prensa alternativa [...] para la construcción de representaciones colectivas. [...] en el ámbito de las comunicaciones un decisivo campo de batalla.<sup>23</sup>

De tal modo, la poética del sentido de las revistas de HIJOS... ofrecería, entre las prácticas sociales con que convive, no solo un filo masimilable para las políticas actuales de homogeneización cultural (para el caso de la Argentina, las políticas de olvido e impunidad como parte de las bases del giro neoliberal del Estado constitucional de la transición) sino también un punto de partida para revisar, discutir y enriquecer algunos de los nuevos encuadres teórico-ideológicos y algunos de las recientes epistemologías posdisciplinarias con que el pensamiento radicalizado procura darse nuevas estrategias de intervención. Sin que esto signifique ignorar lo irreducible de algunas diferencias que

## Notas

<sup>1</sup> El interés que pueda presentar este ensayo debe mucho al diálogo que en torno de algunos de sus temas he podido mantener con Margarita Merbillias, Teresa Basile, Graciela Goldbluh, José Luis De Diego y Monica González; no hubiera remido materiales y datos sin la colaboración generosa de Aulita Suárez Córca, Mariana Tello, Emiliano Retinos, Laura Lenzi y Verónica Delgado. El apartado referido a *Punto de vista* retoma algunos temas de un trabajo anterior (Dalmaroni 1998).

<sup>2</sup> Por razones referidas al curso de la argumentación y a la extensión del trabajo, hemos limitado el análisis de las revistas, especialmente el de *Cuñines* y *Punto de vista*, que sin dudas podría ampliarse, a algunas de sus intervenciones más significativas sobre el problema, y hemos reducido a lo esencial la caracterización general de cada una de las publicaciones.

<sup>3</sup> *Pensamiento de los cuñines* retoma la numeración de entregas de *Cuñines*; el segundo se reunió como file; publicó su novena entrega (a la quinta de la segunda etapa) el segundo semestre de 2000. Hemos concentrado aquí el análisis especialmente en las primeras cuatro entregas.

<sup>4</sup> El 24 de marzo de 1996 se había cumplido el vigésimo aniversario del golpe militar con que se inició la dictadura, lo que dio lugar a actos multitudinarios y numerosas actividades políticas y culturales públicas.

<sup>5</sup> Sin muchos los trabajos que han estudiado *Punto de vista*, la revista que dirige Benito Sarlo y que publicó 70 números entre marzo de 1978 y agosto de 2001. Entre sus editores y colaboradores se cuentan Carlos Altamirano, Oscar Terán, María Teresa Giannullo, Hugo Vezzetti, por nombrar solo algunos de los más importantes. Roxana Patiño ha señalado que "La revista lleva a cabo durante el periodo 1978-1983 —que abarca la dictadura y la transición— dos operaciones: una puesta al día de la crítica y una redefinición de las líneas de la tradición literaria argentina" (Patiño 2001). María Celia Vázquez señala por su parte que "en sus páginas se registran las líneas de discusión y la agenda de temas y problemáticas que tensionan el pensamiento de la izquierda local" y que "así como la franca oposición fue la línea que cohesionó a los miembros colaboradores y le dio un perfil nítido durante la dictadura, la asunción de la problemática de la redefinición de los lugares y funciones del intelectual en la democracia es el sello de *Punto de vista* en los años de la transición democrática" (Vázquez 2001). Véase también Pagni (1993), Sarlo (1999) y Dalmaroni (1998a).

<sup>6</sup> Al respecto véase Patiño (2001).

<sup>7</sup> Son muchas las colaboraciones de Benito Sarlo en la RCC desde sus primeros números, con artículos casi siempre publicados previamente en *Punto de vista*; por su parte, Nelly Richard, la directora de la RCC, colaboró en varias oportunidades en *Punto de vista*, la RCC también publicó en su n.º 17 de noviembre de 1998 un trabajo de Hugo Vezzetti, "Variaciones sobre la memoria social", que *Punto de vista* había incluido en su n.º 56 de diciembre de 1996. Por otra parte, también merecen señalarse, aunque sean menos frecuentes, los intercambios con firmas importantes de *Cuñines*, especialmente en los primeros números de RCC: Nicolás Casullo colaboró en los números 1 y 4; Ricardo Forsier, en el n.º 2.

<sup>8</sup> No podemos desplegar aquí un análisis de la construcción de la poética de RCC en estos niveles, pero hay que señalar que se trata de una dimensión muy importante del proyecto de la publicación.

<sup>9</sup> El general Manuel Contreras, jefe de la espeluznante central de inteligencia DINA de la dictadura chilena, fue detenido en 1993 y luego condenado a siete años de prisión por el asesinato de Orlando Letelier. El ex dictador Augusto Pinochet, "señalador vitalicio" en democracia, fue arrestado en Londres, a donde había viajado para someterse a una intervención médica, el 16 de octubre de 1998; un año y medio después fue liberado y volvió a Chile.

<sup>10</sup> Véase al respecto: "Editorial", *HIJOS... [La Plata]* 1/1 (La Plata, setiembre-octubre 1990): 1; "Editorial. Cara abierta a la sociedad argentina", *HIJOS... [Córdoba]* 1/1 (Córdoba, noviembre 1990): 2.

demandan tomas de posición definidas, quizá fuese posible ensayar algunas apelaciones sobre el discurso crítico de los intelectuales a partir de contrastaciones como las que permiten las revistas de HIJOS...: por una parte, la conveniencia de recordar que los efectos de las formas —scan totalizantes o fragmentarias— serían *siempre* estratégicos y podrían, por tanto, divergir según diferentes escenarios de uso; por otra parte, la presunción —si se quiere paradójica— de que tal vez resulte necesario un paso más de pluralización de las estrategias de resistencia y construcción de memoria, tendiente a incorporar tanto ciertas formas de la afirmación como ciertas subjetividades vinculadas de un modo nuevo o singular con los imaginarios de las izquierdas *ortodoxas* de los 60 y 70, un vínculo sin dudas muy diferente al que elaboraron las revistas de los intelectuales críticos durante las postdictaduras pero cuya productividad política y cultural presente no podría ser desestimada.

**Miguel Dalmaroni, Universidad Nacional de La Plata**

Este texto fue publicado en la Revista Iberoamericana N° 208-209, julio-diciembre 2004. Editores: Jorge Schwartz-Roxana Patiño.

<sup>11</sup> Junto con esto, algunas de las revistas incluyen la restitución de la memoria de las organizaciones revolucionarias también *desaparecidas*, mediante breves informes o cronologías que intentan recuperar su historia.

<sup>12</sup> *Pedro Rojas. Publicación periódica de HIJOS... [Rosario]* 1/1 (Rosario, marzo 1998): tapa. La revista transcribe el texto completo del poema de Veloso en pag. 1.

<sup>13</sup> *HIJOS... [Córdoba]* 1/1 (Córdoba, noviembre 1990): 2.

<sup>14</sup> *Pedro Rojas. Publicación periódica de HIJOS... [Rosario]* 1/1 (Rosario, marzo 1998): 7.

<sup>15</sup> *HIJOS... [Córdoba]* 3/4 (Córdoba, primavera 1998b): 2 y 4/5 (Córdoba, otoño 2000): 2.

<sup>16</sup> *HIJOS... [Córdoba]* 1/2 (Córdoba, invierno 1997): 942 y contrapaja.

<sup>17</sup> No podemos detenernos aquí en otras diferencias que desaconsejan pensar las prácticas de HIJOS... como repetición. Mencionamos solo una, relativa a sus formas de organización: los HIJOS... no se definen como "agrupación" u "organismo", sino como "red"; en el resumen de las resoluciones del Vº congreso nacional de la red publicado por la revista de la filial Córdoba se reivindica "la horizontalidad", el "respeto por la diversidad" y "un modo de construcción política sin jefes ni jerarquías" (*HIJOS... [Córdoba]* 1/6 (Córdoba, primavera 2000): 15). Esa inorganicidad se corresponde con el carácter discontinuo de las revistas, que en ciertos casos se sostienen como proyectos durante más de dos o tres años, y en ciertos hábitos de lo que podríamos llamar (según las entrevistas informales mantenidas con miembros de HIJOS... para esta investigación) su indisciplina organizativa.

<sup>18</sup> En relación con estos aspectos se puede notar también el uso del comic y de la caricatura en varias entregas de Córdoba y Rosario.

<sup>19</sup> *HIJOS... [Córdoba]* 1/1 (Córdoba, noviembre 1990): 5. La relación de la mezcla de retóricas de los HIJOS... con la cultura del rock tiene un momento de especial condensación en el nombre y las letras de la banda musical "Activo María Mata", formada por hijas de detenidos-desaparecidos; la banda participó, entre otros eventos sobresalientes, de los actos en la Plaza de Mayo de Buenos Aires en marzo de 1996 por el vigésimo aniversario del golpe militar del 24 de marzo.

<sup>20</sup> Véase, por ejemplo, la nota firmada por Rock Point (1998) en la revista de la filial de La Plata.

<sup>21</sup> Al menos si entendemos esas lógicas en torno de la interferencia o la intervención intersticial en o desde el interior de las prácticas dominantes, tal como se presentan, por ejemplo, en el manifiesto inaugural del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos —incluido en *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)* (Santiago Castro-Gómez y Eduardo Menéndez 1998) Contra esta hipótesis podría argüirse que los HIJOS... como otros organismos de derechos humanos de parientes de las víctimas del terrorismo dictatorial, usan una estrategia subalterna o intersticial cuando demandan la aplicación del derecho penal de un tipo de Estado cuya bases, por otra parte, discuten severamente desde concepciones revolucionarias. No obstante, parece obvio que allí, acciones como "subalternidad" no producen un saber novedoso acerca de ese sujeto sino que, más bien, reconceptualizan una circunstancia ya conocida y pensada, mientras seguirían sin dar cuenta del espesor confrontativo (*belic* y abierto ante que negociador) que hemos señalado aquí. No obstante, sería posible analizar en qué medida el "escrache" y otras prácticas de los grupos de HIJOS... en tanto *acontecimientos* de frecuencia irregular e intervención intersticial, resultan susceptibles de una conceptualización que trabaje con nociones como las de irrupción, emergencia eventual u *ocurrencia*.

<sup>22</sup> "Editorial", *Pedro Rojas. Publicación Periódica de HIJOS... [Rosario]* 1/1 (Rosario, marzo 1998): retención de tapa. La cita alude directamente al modo en que, en efecto, los grandes medios de comunicación, y especialmente alguno de los grandes grupos televisivos, interaron en distintos momentos y de muchas maneras incorporando la figura y el discurso de los HIJOS... y, probablemente, también a cierto debate interno que esa mediación pudo haber provocado en los grupos.

El primer editorial que publicó *Punto de Vista*, en el número 12, julio de 1981, relataba las circunstancias en que apareció la revista: *dictadura militar, repliegue defensivo de los intelectuales, situación de extrema clausura. Hoy nos parece adecuada reproducirlo como única introducción a este número 50 que editamos trece años después.*

En marzo de 1978, apareció el primer número de *Punto de Vista*. Su publicación venía, de algún modo, a ejercer un derecho: abrir un ámbito de debate de ideas y elaboración cultural. El derecho a disentir nos parecía, entonces y ahora, una condición básica de la cultura, amenazada material y políticamente.

Reflexionar sobre la historia cultural argentina o latinoamericana, sobre los métodos críticos o las teorías sociales supone un punto de partida: la defensa de la libre discusión y la creación de un lugar —la revista— que permitiera generalizarla. Comprábamos que no existen condiciones aceptables de producción intelectual donde no puedan circular las ideas, que la censura ejercida sobre la producción cultural, la represión de la diversidad, la intimidación del antagonista, son instrumentos del conformismo correlativo a un estado autoritario.

Intentamos entonces reconstruir algunos eslabones del campo intelectual, y los doce números de la revista se propusieron defender, en la práctica, el espíritu crítico y nuestro derecho a la divergencia. Esto es, reivindicar la libertad de pensar, escribir, difundir ideas diferentes: el derecho al punto de vista.

Esta revista es parte de un espacio cultural que se construye a pesar de la censura y el castigo a las ideas, pero que se construye también positivamente. Porque la mejor de la cultura nacional se ha originado en la polémica, incluso en el exilio, a veces en la marginalidad o el descentramiento respecto de los aparatos homogeneizadores. Existe una tradición argentina que los que hacemos *Punto de Vista* reconocemos: una línea crítica, de reflexión social, cultural y política que pasa por la generación del 37, por José Hernández, por Martínez Estrada, por FORJA, por el grupo Contorno. Descubrimos allí no una problemática identidad de contenidos, sino más bien una cualidad intelectual y moral. Se trata de nuestra responsabilidad en la defensa de la libertad de expresión y de pensamiento: que no haya en la Argentina culturas reprimidas o negadas. Y su consecuencia práctica, la creación de un ámbito donde algo de esto sea posible.

Encerrada en los límites de la amenazada producción material, la ciega torpeza del censor, el oscurantismo ultramontano de la universidad estatal, la cultura argentina, para construirse, debe hacerlo en la superación de estos obstáculos: contra la censura, por la diferencia de opiniones y la controversia. Frente a la crisis económica que afecta a las instituciones culturales y las editoriales, y frente a la clausura política, los intelectuales hemos imaginado, en estos años, formas y espacios nuevos para la discusión y circulación de ideas, posiciones, perspectivas. *Punto de Vista* entiende que su actividad hasta ahora, y en el período que sigue, pertenece a este horizonte. Ha constituido un Consejo de Dirección "para que la fuerza de una práctica diversa y colectiva le permita responder mejor a los requerimientos de esta etapa. De sus lectores, de

sus colaboradores y amigos dependerá también que su publicación sea económica, es decir materialmente, posible.

\*Este Consejo de Dirección está integrada por: Carlos Altamirano, María Teresa Guglielmo, Ricardo Piglia, Beatriz Sarlo y Hugo Vezzetti.

Año XVII, Editorial N°50, Noviembre de 1994

DECIMO AÑO EDITORIAL

Durante la dictadura militar, zonas de la cultura argentina elaboraron trabajosamente modelos discursivos y prácticas diferentes del impuesto por el autoritarismo de estado. En especial, las iniciativas impulsadas por intelectuales de izquierda o peronistas fueron uno de las pocas posibilidades de continuidad no sólo del trabajo intelectual en la Argentina sino también de la construcción de nexos con los intelectuales que vivían en el exilio.

En el marco de estas experiencias tienen lugar transformaciones ideológicas importantes, que afectan tanto los clisés del populismo como los del marxismo. Por ellas, además, la Argentina no quedó por completo escindida de los debates internacionales, de las nuevas ideas y corrientes, de los giros o revisiones que tenían lugar en Europa y América. En circuitos reducidos y grupos pequeños, se propusieron estrategias de continuidad cultural y marcos de comunicación entre quienes habían sido parte del auge político anterior a 1973 y los jóvenes que se incorporaban al campo intelectual después del golpe de estado.

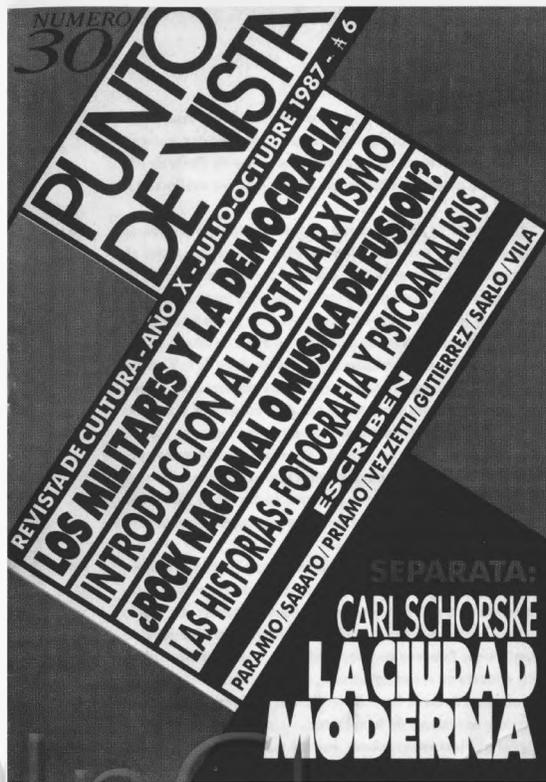
*Punto de Vista*, cuyo primer número aparece en marzo de 1978, pertenece a esta trama de resistencia cultural. Quienes comenzamos la revista, nos proponíamos reivindicar básicamente un derecho: el de seguir pensando, a través del ejercicio de la opinión, el diseño y la crítica que, por esos años, habían desaparecido prácticamente del espacio público. Los diez o doce primeras números de la revista quizás hoy pueden ser leídos desde esta perspectiva inicial: *eran más de lo que decían.*

Sus lectores, casi un puñado de lectores-colaboradores en aquel principio, corroboraron la preeminencia que el hecho de existir como publicación periódica tenía por sobre cualquier otra cuestión, excepto una: en esta revista no se iba a publicar jamás un discurso dudoso respecto de la dictadura. La línea fue desde el principio una muy clara divisoria. Y además de ese campo nítidamente trazado, la voluntad de presionar sobre los límites de aquello que aparecía como posible al sentido común colectivo trabajado por el terror.

Discutir con ese sentido común, por el simple hecho práctico de publicar una revista, comparaba, además, actividades organizativas y producción de espacios de debate. En esos primeros años, *Punto de Vista* intentó laboriosamente expandir su circulación restringida, romper la barrera de silencio que la rodeaba desde los medios de comunicación y las instituciones del campo intelectual, convencer (y cerciorarse permanentemente) de la necesidad de su presencia pública. No era evidente y la empresa nos pareció muchas veces destinado al fracaso de una repercusión ultraminoritaria.

Las cosas comenzaron a cambiar alrededor de 1981. Se amplía el consejo de dirección, al que, a fines del 82 se sumarán nuevos miembros, por un lado. Por el otro, se rompe el cerco de silencio: casi de la noche a la mañana, la revista comienza a

PUNTO DE VISTA



existir, sus intervenciones a ser reconocidas, los debates culturales e ideológicos que había introducido obtienen una escucha. *Punto de Vista* se desplaza del margen que había ocupado varios años hacia espacios más visibles, exteriores al guetto que, a muchos de nosotros, nos había permitido sobrevivir intelectualmente.

Habíamos sido un grupo empecinado en la tarea, de cuyo destino y eficacia, no siempre estábamos parejamente seguros. Las revistas, antes que un punto de referencia para otros, había sido el punto de referencia intelectual y de solidaridad que necesitábamos para atravesar los peores años que haya vivido el país. Pero, después de Malvinas, los hechos estaban cambiando; el regreso de exilio trajo interlocutores y debate que demostraron la insuficiencia de posiciones empujadas en referirse a un "adentro" y un "afuera". Los últimos meses del gobierno militar nos encontraron comprometidos en repensar no sólo la revista sino futuras y diferentes intervenciones en una esfera pública que empezaba a reconstruirse.

Llegaba el momento de imaginar cambios, correlativos al cambio del lugar y función de *Punto de Vista*. Nos había mantenido y unificado, por encima de diferencias puntuales, una compartida repulsa a la dictadura y a quienes colaboraron a contemporizar con ella. Es cierto que también nos habíamos ido convirtiendo en un espacio de desarrollo de perspectivas disciplinares bien diferenciadas: la sociología de la literatura, la historia y la historia cultural, la atención centrada en cuestiones de literatura argentina, la historia de discursos, prácticas e instituciones, el debate de tópicos de historia de las ideas, son rasgos que definen el proyecto de la revista hasta hoy. Y, posiblemente, la seguirán definiendo.

Para la situación política, que cambia a fines de 1983, nos plantea otras exigencias respecto, en primer lugar, de nuestra identidad como intelectuales. Si la dictadura militar nos arrojaba a ser pura oposición, un gobierno democráticamente elegido y, sobre todo, la reconstrucción del sistema institucional y político abren interrogantes sobre el lugar y el carácter de nuestras intervenciones, a menos que concluyamos que nuestra identidad debe ser sólo pura oposición y negatividad.

Intelectuales de izquierda, en el marco de la democracia. En esta corta frase se resumen varias cuestiones: cómo relacionar perspectivas específicas originadas en las disciplinas con propuestas de carácter e interés público; cómo diseñar intervenciones que mantengan sin anular, las tensiones entre ideología, política y disciplinas específicas; cómo repensar a la izquierda y proponer transformaciones que profundicen y refuercen el sistema democrático; cómo, en fin, plantear las relaciones entre dos horizontes conceptuales, el de las libertades y el de la justicia y la igualdad. En el plano discursivo, que no es poco importante para una revista: de qué modo articular intervenciones que desborden los límites académicos y los universos clausurados de las jergas para intentar un movimiento expansivo de circulación más democrática de los saberes.

En este marco publicamos el número 30 de *Punto de Vista*, en su décimo año. Las cuestiones esbozadas se remiten tanto a un proceso de reconstrucción de la esfera pública como a una problematización de la identidad intelectual y, específicamente, del intelectual de izquierda. Por lo demás, el momento es grave: premisas éticas sobre las que se funda la democracia están siendo atropelladas por las exigencias de quienes ganaron sucumbiendo a lo que existen en llamar una guerra. Intelectuales, mujeres y

hombres de la cultura y las humanidades, nuestro espacio y la continuidad de nuestra tarea están una vez más amenazados. Por ello, quizás no se trate de intentar respuestas a las cuestiones abiertas más arriba, sino también de prever y organizar nuestra campo frente a fuerzas regresivas que todavía siguen interviniendo en la escena política nacional.

Año X, Número 30, Julio-Octubre de 1987

BAZARAMERICANO, EL SITIO DE PUNTO DE VISTA  
BAZARAMERICANO.COM

En estos días *Punto de Vista* abrió su BazarAmericano, la página de la revista en Internet. Junto con este número 70, al mismo tiempo salimos sobre papel, con nueva distribución a cargo de Siglo XXI, y en la web. Tenemos muchas expectativas sobre BazarAmericano y también sabemos que lo que sucede en Internet resulta de una suma de casualidades, errancia, difusión y trabajo. La red es una rueda de la suerte, del encuentro fortuito tanto como de la destreza para encontrar. Mucho más que una revista de papel, el nuevo sitio será inverificable, salvo que sus visitantes decidan intervenir en él y ayudar a hacerlo.

En efecto, BazarAmericano cambia su futuro a un espacio donde los lectores, reales y virtuales, discutan con la revista y entre ellos. "Los lectores opinan" es la sección todavía desocupada de BazarAmericano en la que tenemos más expectativas: lo que se escriba quedará allí, directamente, sin edición, a la espera de otras interlocutores, entre los que estaremos quienes hacemos *Punto de Vista*. Cualquier material de la revista, de otras revistas, de la actualidad política o del arte puede entrar en este espacio abierto de discusión. Nosotras, las que atendemos BazarAmericano, probablemente queramos, cada dos o tres semanas, poner allí alguna intervención: la opinión del Bazar. Pero ella sólo tendrá el sentido que buscamos si suscita una réplica. La opinión del Bazar y la opinión de los lectores tejerán una trama que no siempre puede desplegarse en las páginas limitadas de una revista sobre papel.

BazarAmericano no es sólo un espacio de diálogo y controversia. También es un bazar, donde se encuentran artículos que no han salido en esta revista, que pasaran con la fugacidad de la intervención periodística o de la comunicación oral. Muchos de quienes leen *Punto de Vista* son también escritores, intelectuales, y ellos quizás quieran enviarnos textos que se expandirán en el Bazar; imaginamos un espacio abigarrado, lleno de cosas, desordenado y dispar. Todo el mundo sabe que estas son rasgas de la red y, al entrar a formar parte de ella, no queremos perderlos.

Como sitio de *Punto de Vista*, BazarAmericano ofrece lo que muchas veces buscan nuestros lectores y quienes no lo son habitualmente: números agotados (esas viejas revistas con tapa blanca y negra, que hicimos durante la dictadura militar, y también los números más leídos de los últimos años, que nunca quisimos reeditar pero que, de a poco, estarán completos en el Bazar). Hay, los visitantes encontrarán el número 1, aparecido en marzo de 1978 cuando todo parecía imposible, y el número 20, que publicamos en el comienzo de la transición democrática. Calgadas en la red, con sus ilustraciones, su misma tipografía, su diseño. De los últimos diez números, los que van entre el 60 y éste, hay

resúmenes, fragmentos de notas, ilustraciones. En el BazarAmericano se puede consultar también el *Índice*, de artículos, autores, temas, ilustradores, de los primeros veinte años de *Punto de Vista*. Y está la galería del Bazar: los dibujos que nos confiaron los artistas.

¿Qué más? Lo sabremos con el paso del tiempo porque no depende sólo de nosotros, sino también de ustedes. *Punto de Vista* comenzó, hace veintitrés años, en condiciones severas de soledad, podría decirse de secreto. Al principio fuimos casi completamente invisibles, apenas un grupo muy pequeño de gente que firmaba con seudónimo, hablaba en clave, traducida lo que estaba leyendo y trataba de que los años terribles de la dictadura no fueran una completa victoria de los militares. La transición democrática nos trajo todas sus contradicciones y sus vicisitudes. Costó adaptarse a esa nueva época cuya lógica no parecía tan nitida como la de los años de dictadura. Posiblemente nos hayamos equivocado más veces de las que acertamos, algo que, en verdad, compartimos con una mayoría. La Argentina sigue siendo un problema tan intrincado como el que sugieren algunos artículos de este número.

Pero en este número 70 también se escribe sobre Borges, sobre teoría social, sobre historia, sobre memoria y ciudad, los temas de *Punto de Vista*, justamente aquellos temas que, con la música y el cine, definen el perfil de la revista: esta continuidad empalma con la nueva que hoy iniciamos, nuestro BazarAmericano, apuesta en el campo cultural, ideológico, estético, sostenida una vez más en la fórmula ya clásica: pesimismo de la inteligencia y optimismo de la voluntad.

¿Por qué justamente ahora, cuando todo parece ensombrecido? Precisamente por eso.

Año XXIV, Número 70, Agosto de 2001

#### UN NUEVO COLECTIVO INTELLECTUAL

Las revistas culturales independientes, ocupantes de ese espacio de bordes indefinidos en el que se inscribió desde el principio *Punto de Vista*, necesitan una conjunción de cualidades y vínculos que funcionan de modo casi milagroso. Que una revista se publique durante más de veinticinco años es difícil y raro porque el choque de los conflictos y los temperamentos tiende a la división más que a la persistencia de una unidad tan indispensable como frágil. Las revistas que viven largo tiempo pertenecen más a las instituciones que a sus miembros. Pero una revista cultural como *Punto de Vista*, lejana de las instituciones e independiente en ideas y en su sostenimiento, sólo es posible por la acción de los intelectuales que la consideran necesaria.

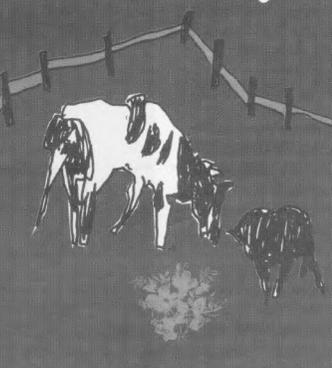
Revistas como *Punto de Vista* viven siempre en un equilibrio difícil. Necesitan de la diferenciación interna para no convertirse en emisoras de un pensamiento repetido a varias voces; pero, al mismo tiempo, deben armar la escena donde las diferencias dialoguen sin excluirse. Las diferencias son la vida de una revista. Durante años en *Punto de Vista* el conflicto fue moderado por la franqueza intelectual y la movilidad entre posiciones distintas. En una revista conviven ideas sobre cómo intervenir y sobre qué intervenir, sobre quiénes son los interlocutores y qué es necesario escribir, sobre el modo en que se piensa la coyuntura, política o estética, y sobre el estilo de su intervención en ella.



## Argentina 2001: ciudad, memoria, política intelectuales: expertos, profetas y moralistas Ya nada será igual

PUNTO  
ODE VISTA

70 Revista de cultura 8 \$ Agosto 2001



Borges • Actualidad de la sociología  
Debate sobre historia argentina

Escriben: Sarlo • Vezzetti • Gorelik • Dupuy • Giordano • Bianco • Sabalo / Ilustra: Aizenberg

## Memorias El museo en la ESMA Sebald y la guerra Arte contemporáneo: belleza y valor

Raymond Williams  
y los estudios  
culturales



Cine:  
Mekas, Sokurov,  
Tsai Ming-liang, Solanas

Escriben: Vezzetti • Hoytzen • Giunta • Sileviti  
Oubiña • Filippelli • Schwarzböck • Sarlo • Myers • Dalmorani  
Ilustra: Solari

PUNTO  
ODE VISTA

79 Revista de cultura 8 \$ Agosto 2001

Las tres renuncias al Consejo de Dirección que publicamos plantean que esas condiciones a las que una revista debe ajustarse ya no se cumplían en *Punto de Vista*. En opinión de los renunciados, la revista había dejado de ser lo que había sido en dos sentidos: el de su proyecto y de la discusión colectiva de ese proyecto.

Más allá de sus motivos, esas renuncias implican la ruptura del grupo intelectual que produjo la revista hasta hace pocos meses. El Consejo de Dirección fue mucho más de lo que su nombre indicaba. Fue, con Carlos Altamirano y María Teresa Gramuglio, el núcleo de amigos que, durante los años de la dictadura, quiso reservar, en la peor de las condiciones, un espacio para las ideas y establecer el derecho al *punto de vista*. Y, en las primeras años de la transición democrática, en cuyo comienzo se agregó Hilda Sabato al Consejo del que se retiró Ricardo Piglia, la revista cerró su primera etapa y encará un período en que muchas cosas debieron reformularse.

El Consejo de Dirección discutió muchas veces tanto sobre ideas como sobre estilos de intervención. De hecho, la revista fue modificándose porque nadie sostenía que debía ser igual a la que había sido en los años de la dictadura. Se enfrentaban problemas nuevos, en un país diferente y dentro de un campo intelectual que había recibido el regreso de los exiliados, entre ellos José Aricó y Juan Carlos Portantiero que, durante algunos años también formaron parte de *Punto de Vista*. El Consejo de Dirección fue cambiando y también la revista cambió, no sólo porque la hiciera un grupo de intelectuales donde se mezclaban los que venían desde el principio con los que llegaban después de 1982, sino porque la realidad en que la revista se incluía también cambiaba.

Parte de esos cambios fue la creación, junto al Consejo de Dirección, de un consejo ampliado, que reflejaba otros matices y también fortalecía temas que la revista había abordado antes. Esta breve historia institucional podría ser acompañada por la del ingreso de nuevas temáticas, de nuevas necesidades de intervención, al lado de las que ya eran acostumbradas. Como no podía ser de otra modo, *Punto de Vista* toma las preocupaciones de sus integrantes, aquellas que los mueven a la participación en el debate de ideas. La revista es la que quienes la hacen quieren que sea, en la medida en que tengan la fuerza de traducirlo en propuestas y escritas.

Durante los últimos años, el núcleo de intelectuales que hacía la revista discutió muchas veces sobre la pertinencia y la oportunidad de esas transformaciones; de eso dependía el funcionamiento de un colectivo intelectual que mantuviera relaciones vivas tanto entre sus miembros como entre ellos y la realidad política, cultural y estética del presente. Ese colectivo intelectual, sostenido por la franqueza y el debate se ha quebrado. La vida de la revista se sostenía en un grupo que ya no existe, porque se fueron tres de sus antiguos integrantes.

Se ha cerrado un capítulo y se abre otro que trae el desafío de construir un nuevo colectivo intelectual. La revista depende hoy de esa construcción y de las formas que sus miembros encuentran para seguir cateando sus posiciones con lealtad pero sin concesiones. Las nuevas condiciones de diálogo son un motivo de expectativa: una renovada dinámica de ideas, sostenida por una voluntad y un trabajo que continúan.

Año XXVII, Número 79, Agosto de 2004

# Inactualidad, fin de fiesta

1.- *Pensamiento de los confines* nació como revista en 1995 bajo la *cifra* de una crítica radical a situar respaldadamente en el mundo de la crítica cultural de avanzada, académica, política, filosófica, teórica, artística. Tres años más tarde, en mi libro *Modernidad y cultura crítica* también invierto los términos, planteándome en discusión con la "naturalidad" de la crítica cultural -albanil de objetos, productos, equivalencias y dispositivos- para contraponer una cultura crítica que se abriese no a una nueva regulación de cuestiones escondidas supuestamente en otra maleta, sino a la crítica como constituyente-inconstituible, a un fondo de silencio que no optimice intelectualmente la cultura. Un pensar hacia un horizonte extinguido de entrada, esto es, inalcanzable, que no mocione temáticas ni métodos de investigación superadores, apropiados, aportadores. Por lo tanto, un sitio de reingreso de lo reflexivo en su vacilación desnuda, en el desierto de la historia, hacia otra politicidad inevitable de las palabras. Entre una izquierda petrificada en sus argumentos culturales, una ex izquierda que descubría la panacea del individualismo neoliberal de mercado, un campo estético incapaz de pensarse a fondo en sus poscondiciones, y un academicismo inocuo y rancio, la intención de la revista en la Argentina fue romper con esos textos en uso. Romper con el éxito de las neorracionalidades, las recetas, la simplificación periodística del científico social, las autoayudas teóricas y la gastronomía de los estudios culturales: todos ellos espacios reconocidos de crítica.

Mis ensayos hace diez años en los dos números iniciales de la revista, el primero sobre otra crítica a encontrar y el segundo sobre las herencias "de izquierda" y también de "derecha" para una crítica a la crítica, buscaron recobrar sin nostalgia una genealogía del pensar antiutópico, que sentíamos se nos moría o ya había muerto entre las manos indefectiblemente. Una invención reflexiva de los rastros de ese pensar, barridos por la propia intensidad fabril de la modernidad/posmodernidad. Digo invención, en tanto pretendíamos reunir siempre, en cada cuestión, por primera vez indicios de un tiempo postrevolucionario, sin caer en los infinitos olvidos y miserias que el mercado intelectual ofertaba para esta novísima edad intelectual.

Un relato entonces compaginador de un *por-venir*, rayando en los *confines*: la revista misma. El linde, no de un campo cultural sino de un filosofar ensayístico a extramuro de las ideologías de lo multidisciplinario. Una señal casi siempre ausente en nuestros universos intelectuales, que se sustentase en poéticas circunstanciales y en conjeturas que en estas dimensiones adquiere una crítica descentrando la propia existencia crítica más relevante y respetada. Desde el legado de Rousseau sobre el indefectible fracaso ilustrado, la filosofía de la sospecha emblematicada por la herencia nietzscheana, la crítica a la metafísica de Heidegger, la teoría crítica de Frankfurt y el mirar teológico político a contrapelo benjaminiano, la Viena fin de siglo como termómetro poético, ensayístico y novelístico de lo apocalíptico y la nihilización celebratoria, Bataille, Blanchot y, Lacan, Cacciari, Levinas, Nancy, Agamben como un dispar desemboque donde lo moderno aparece/desaparece/aparece, como su cancelación, despedida, interrogante. Como el fin y reingreso del preguntar el sentido del sentido o la pospolítica de los conceptos, o los nuevos funerales de la estética, o el rastreo profundo y sostenido de la actual cultura global massmediática: el hacerse polvo de una biografía de representaciones magnas eternamente legitimadoras de prácticas dadas. Un "programa" nunca escrito por así decir, de los que hacemos la revista, que desde la memoria del exterminio y el terror nacional procuró embestir contra las derechas culturales del fin de la historia y del fin de las ideologías en el capitalismo, como contra el progresismo intelectual que socialdemocratizó sus preguntas al argumentar tan servilmente con respecto a la época como antes lo hizo desde los manuales de esquemas marxistas. Por lo tanto, crítica y discusión crítica en el contexto de una escena: la dura nihilización de la historia.

Tal genealogía "bibliográfica" no pretendió por supuesto asentar una originalidad, porque de distintas maneras nos situamos con ella en el reino canónico del pensar moderno. Se trató en cambio de discutir qué itinerario se compone con tales voces de una herencia pensante lejana o reciente. Se trató del cariz del entramado a tejer, de la manera de anudar y trazar esta genealogía de comprensión para pensar las cosas, o mejor dicho para despensarlas, destituir las, despenarlas de verdades, a partir de una lectura del presente que permanentemente inaugura la desesperanza de dicho pensar, lo descubre, lo destroza y lo vuelve a interpretar en sus fragmentos y

## pensamiento de los confines

número 14, junio de 2004

- Matías Bruera ■ De sabores, acepciones y otras apatencias  
Diego Tatán ■ Memorias del subsuelo  
Germán García, Horacio González ■ Conversación sobre los intelectuales  
Ricardo Forster ■ De batallas y olvidos: el retorno de los sobos  
María Pía López ■ Qué pasa cuando no pasa nada  
John W. Cooke ■ Aportes a la crítica del totalitarismo en la Argentina  
Alejandro Kaufman ■ Apuntes sobre la experiencia universitaria I  
Marcelo Percia ■ Anaconda duerme en las / lecciones universitarias  
Nicolás Casullo ■ La nostalgia del intelectual  
Marcelo C. Burello ■ El liberalismo tentado  
Isabel Escudero ■ Logodidáctica: acto lingüístico / acto didáctico

Intelectuales y política

Universidad

Los años 60 y 70 en la Argentina I

Conocimiento y transmisión



despojos. Se trata, en relación a la crítica, de su inevitable forzamiento y des-arma- do hasta superar su propio sueño ilustrado, su propio mito. Su propia capacidad de barbarie. En una cultura moderna que nació descubriendo que la crítica oxigena y lleva a la libertad histórica -hoy la de los bombardeos de máxima altura en Irak- y que a la vez expone la impotencia de todo historial del pensar, lo primero que la crítica debe asumir como delictivo es su rozagante condición partera, la supuesta natividad de algo que nos apartaría de la catástrofe. No hay crítica de nada, desde una crítica del pensar solo hay crítica insobornable a la crítica, como momento fetiche superlativo de una civilización. Eso es todo. Martirización mundana hoy, eco lejano del deslumbramiento trágico que vaya a saber por qué, fue una vez y solo una vez.

Porque uno puede recorrer la cadena intensa de este pensar crítico moderno excepcional, y sin embargo desembarcar en infinitas positivities, distracciones, o en la absoluta no advertencia de la ausencia del pensar. Recitar autores, legados, rupturas, cortes, pero quedar simplemente erudizado por lo mítico de autorías, por la historia de las ideas, en definitiva por ese engranaje que seduce en este caso por "su intemperie", o por lastimaduras en su piel. Eso vivimos hoy en la disciplina filosófica muerta. La crítica en todo caso significó para nosotros una intencionalidad desinstitucionalizante de ella misma, que nadie solicita ni a nada sirve, que carece de secretaría académica, y que pensada desde su desconciadora penuria no es bien recibida por el mundo intelectual, universitario, cultural, especializado, progresista o de derecha, por el mundo aplicado: ese que alcanza su máxima caracterización cuando Benjamín dice no perdonarle sobre todo "haber creído que".

2.- Podría argumentarse que la cultura se banalizó al dejar atrás la liturgia de los conventos de la alta montaña allá por el 1250, donde sólo era cuestión de rezar 18 horas por día, comer ascéticamente y dormir alerta a las imágenes. Lo que nos expone la actualidad es la imposibilidad de fugar de la banalización porque todo acontecer cultural respondería a un casillero calculado por el mercado para nuestra satisfacción, desde un seminario sobre Jacob Böhme esponsorado por la alcaldía de la Nueva Berlín, hasta una nueva técnica de los meseros para tratarnos en los restaurantes. Que en algunos casos veamos trivialidad y en otro hallazgo intelectual, no rompe con el esquema que nada deja de sernos ofertado porque, poco o mucha, hay demanda de consumo, no reposición de sentido.

Habría en todo caso, desde una tarea que indudablemente pertenece al campo intelectual, que pensar la crítica desde la propia penuria del lenguaje, desde su permanente fracaso de "una respuesta adecuada a las circunstancias que se están viviendo", y que nos reabre permanentemente la relación lenguaje-mundo como el gran *quid* de lo que no se habla cuando hablamos, sobre todo cuando hablamos precisamente de lenguaje y mundo. Pienso en una prosa que aparece en fuga y distanciamiento de todo el pensar de una época, de sus cuerpos de significados más venerados, que nos exige dificultad, complejidad, inactualidad, fin de fiesta, en el olfatear las barbaries disciplinarias y productivas. Que nos aproxime no la posibilidad de una respuesta sino la experiencia de pensar si efectivamente el lenguaje está siempre a nuestra disposición como una práctica pagada a libro leído. Que nos plantee qué significa la catástrofe en la historia y cuándo deja de pasar. La crítica, desde esta perspectiva, es siempre una propuesta amenazada, entre lo decible e indecible. Entre la dominancia de una racionalidad que no puede ser negada en ningún acontecer del mundo humano porque es precisamente el histórico estado de cosas bajo dominio racional el que se denuncia y se pretende representar, y a la vez el peligro de estar consumando esa misma racionalidad, esa sustracción del sentido con la propia representación de la crítica.

Creo que es un tiempo de quebrar críticamente, de manera rotunda, toda *peregrinación* y *sentido*. Desde la comprensión clara de lo que queda cancelado con eso. Tal sería la tarea de la crítica como parte de una posmodernidad antiasesina que permita descubrir los vaciamientos en lo lleno, la muerte del sentido en los significados, la profunda neblina de lo neto, en definitiva los cursos inevitables del mundo, sabiendo que en último término la lógica que quedó, el sistema, también puede hacer de toda crítica el último moño del producto. Y sin embargo, estamos en esa destinación hasta en una simple charla entre amigos. En la academia se aglomera lo más entregado, satisfecho y consumidor, y a la vez lo refractario, a este estado de cosas del mercado banalizador, de la mercancía producida. Es el sitio de las máscaras más promiscuas y burocráticas, y a la vez el lugar donde una ruptura del pensar se hace más plausible, esperable, aunque muy difícil.

Nicolás Casullo, Director Revista Confines

La discusión de ideas, la deliberación colectiva de los problemas que atañen a nuestra vida común, a nuestra vida como sociedad, están en baja en la Argentina. Parecería que cierta fugaz primavera que esta posibilidad de debatir colectivamente los asuntos públicos conoció durante cierto tramo de la década pasada se ha eclipsado ahora por completo: el modo de gobernarse hoy nuestro país, el modo de oponerse a quienes lo gobiernan, el modo —en fin— de “hacer política” hoy y aquí prescinde por completo de los debates, de la confrontación de argumentos, de la participación deliberativa de la gente.

No se trata, ésta que venimos de exponer, de una queja nostálgica y menos aún de una reivindicación corporativa de científicos sociales deseosos de poder protagonizar debates académicos más atractivos. No: se trata de un problema político de la mayor envergadura, puesto que lo que está en cuestión, en esta sustracción de las decisiones políticas generales del ámbito crítico del espacio público, es ni más ni menos que la democracia. Que no es otra cosa que el derecho a la participación activa de los hombres en la resolución, a través de la discusión, a través del libre uso de sus capacidades críticas en un contexto de cooperación, de sus problemas comunes. Ampliar los espacios donde esa deliberación, esos debates amplios de ideas y de proyectos puedan darse es hoy un imperativo político impostergable si aspiramos a defender, consolidar y profundizar una sociedad civil autónoma y democrática. Un imperativo político-cultural, habría acaso que decir. En efecto: se trata —ni más ni menos— del intento de repolitizar el mundo de la cultura, y de reculturizar el mundo de la política.

En este desafío tiene la Universidad una tarea que cumplir: contribuir a esa expansión de los espacios críticos de creación de consensos y disensos, de discusiones, apoyos o protesta, de crítica —en fin— y elaboración de proyectos alternativos. No —por cierto— “señalar caminos” amparada en los presuntos privilegios de los saberes que la habitan, pero tampoco ponerse servilmente a disposición de lo que eufemísticamente se llama “la sociedad” para trocar la vieja y digna capacidad de estremecerse y protestar frente a las aristas más irritantes del presente por la alegre (o, a lo sumo, resignada) aceptación de su inexorabilidad.

La Universidad, en fin, se enfrenta hoy a la disyuntiva de plegarse dócilmente a las direcciones que adopta el aparentemente indetenible “tren de la historia” o plantearse la urgencia de pensar *contra* las dimensiones más indignantes de su rauda marcha. Digámoslo de una vez: la Universidad argentina, la Universidad de Buenos Aires, ha hecho en estos últimos tiempos mucho más por asegurarse un lugar bajo el abrigo de menemista que por recuperar antiguas capacidades de impugnación que la pondrían en el riesgo de atravesar la temida “línea de sombra” que parece dividir hoy el terreno de la sensatez y la lúcida aceptación del “único rumbo posible” del territorio del anacronismo, la “inmadurez” o la chiquinería.

Es así que ganan terreno entre nosotros posiciones —particularmente riesgosas en áreas temáticas como las de las ciencias sociales— de corte cada vez más definitivamente “profesionalista” y utilitario. Convergentemente, y por primera vez en la ya larga historia de las ciencias sociales en la Universidad, se piensa con resignación por parte de algunos, y con fervor dictaminador por parte de otros, que hay un solo canon de docencia, una sola manera de investigación, una única forma de amalgamar docencia e investigación. Peligrosamente, la Universidad podría marchar hacia un estilo intelectual monolítico basado en el miedo a perder posiciones y en la falta de imaginación para inventar alternativas.

Es necesario que los que aún piensan en las ciencias sociales como un argumento de la crítica intelectual antes que como la creación de un estrato de expertos integrados, demuestren lo erróneo y lo infértil de los caminos que se están emprendiendo. La docencia no significa el “saber competente” de los profesores sino el estado real en que se manifiestan las preguntas; el aprendizaje no significa la adquisición de un lenguaje corporativo sino la posibilidad de ir organizando lecturas y textos, ensayando diversas y sucesivas distancias con el objeto de conocimiento; la teoría no significa un racimo de conceptos apartados de la vida, ni la detención del movimiento de las cosas en nombre de un estamento conceptual, sino el sentimiento que lleva a formular los problemas límites para el saber: *no es el saber mismo, sino lo que el saber trae de inquietud para el pensamiento*, y la investigación —por último— no significa la aplicación desabrada de una masa inerte de conceptos a una colección de datos que casi siempre están preparados para satisfacer las más irrelevantes obviedades, sino la capacidad para crear nuevos nexos entre las situaciones, los conocimientos y las cosas. La inconveniente confusión entre investigador y empirismo sociológico ha dejado el peso saldo de eliminar todo lo que investigar tiene de creación reflexiva y de apagar todo lo que el dato puede tener de revulsivo. Y aunque después los “resultados” se interpreten con conceptos de “izquierda”, la investigación realizada no mostrará otra cosa que la desacertada opción de quienes encuentran en las cosas lo que previamente colocaron en ellas.

Se puede salvar la teoría, pero es necesario decir en qué estricto sentido hablamos de la teoría a punto de perderse. Esta pérdida no es la que sólo los teóricos podrían sufrir o añorar, sino la que está a punto de acometerse contra el corazón mismo de lo que significa pensar (y por lo tanto, investigar, y por lo tanto, escribir). Eso es “hacer teoría”, y no podemos evitar el recuerdo de las remotas significaciones de esta palabra, *teoría*, que nos sitúan ante el que ve y trasladada lo que ve hacia los que no pudieron presenciarlo. Esta antigua vinculación de la teoría con la narración, con la representación ante los otros de lo percibido, alcanza para entender que lo teórico que aquí esgrimos se recuesta decididamente sobre el ver, el contar, el recrear una situación, el disponerla frente a la imaginación de los otros, el tornar inmediato lo que era mediato. ¿Qué falta para encontrar aquí la teoría tal como habitualmente la referimos?

# Se puede salvar la teoría?

BUENOS AIRES  
OTOÑO DE 1994  
N.º 5  
REVISTA DE CRÍTICA  
CULTURAL

# EL OJO MOCHO

Falta un corte en el continuo de la presencia vivida, falta lo mediato, que en este caso sería lo propiamente abstracto o especulativo, que es precisamente el corazón de la mala fama que tienen las teorías. Distorsionado casi definitivamente el sentido efectivo de lo que significa lo abstracto o especulativo —es decir, lo que tiene capacidad de negación, lo que puede determinar aspectos nuevos de la realidad, descubriendo acciones en el encadenamiento de la reflexión— estas palabras han pasado a significar el “alejamiento de lo que importa”. Las universidades han cumplido su rauda papel en la transformación del conocimiento y las teorías en un ingrediente fastidioso —quizás el más irritante— de los trámites curriculares: son reiteradas las atmósferas hastiadas, los aires de disgusto por lo que aparece (según afirman algunos panfletos del gremialismo estudiantil y reclaman —en sugestiva coincidencia— las corporaciones empresarias) como “mucho teoría y poca práctica”.

Una sorda reacción conservadora contra las posibilidades creadoras de la actividad intelectual se va insinuando así en la Universidad al amparo del pobre ropaje que adquieren las teorías, convertidas apenas en un “marco”, es decir, en un recipiente de datos o en un emblema de los incontables grupos de presión que actúan sobre el presupuesto, que se mueven para arrancar mayores estipendios en nombre de mantener aceitada la relación del “marco” con los “datos”, unida la “teoría” con la “práctica”, o la “docencia” con la “investigación”. Como ya nada diferencia las teorías del distintivo que suele legitimar a las camadas de expertos que administran el lenguaje de la investigación, las teorías no pasan del nombre político que adquieren las situaciones de predominio o control de áreas profesionales. Se las invoca como a la filosofía en el mundo del marketing y de las relaciones empresarias: “Tenemos una filosofía de trabajo”. Cuando ciertos sectores estudiantiles reclaman contra “las teorías alejadas de la realidad”, la enunciación, aunque no la naturaleza del reclamo, suena equivocada y petulante, pues las teorías que merecen ese nombre constituyen la realidad y no la “alejan”. Estos sectores, que pertenecen al “sentido común” de la hora, no parecen discernir las dimensiones del problema, que no consiste en el “exceso de teoría” en nuestra Universidad, sino en aquello que ha terminado por hacer de ella una dimensión meramente instrumental del manejo de datos previamente disciplinados: la transformación de la vida intelectual en una regla que no precisa del acto crítico para constituirse, sino de la “aplicación” de saberes que no tienen otra tarea que la de tomar bajo su cautela —sin comoverse a sí mismos— algunos racimos de la realidad “investigada”, es decir: disciplinada. Disciplinamiento, pues, de la realidad a la medida de las empobrecidas teorías que procuran explorar, y disciplinamiento de la teoría al servicio de las necesidades de la “sociedad” que presuntamente reclama el saber especializado de nuestras ciencias sociales. Exigiéndoles apenas, a cambio, el olvido de la vieja capacidad de reflexionar acerca de su propia complicidad con las dimensiones más odiosas del sistema al que hoy en cambio se desviven por “adaptarse” y prestar —¡por fin!— “servicios”.

Por cierto, la propia Universidad ofrece a los “disconformes” con la alternativa profesionalista, utilitaria y acrítica que venimos de esbozar, una posibilidad aparentemente opuesta: el encierro académico en un pensamiento de fronteras cerradas al mundo de la sociedad y de la política, en unos dialectos presuntamente científicos que antes procuran (o, al menos, consiguen) la incomunicabilidad de lo que presuntamente se “produce” que el refinamiento de la reflexión, en una autocomplaciente emancipación de la teoría de la incómoda pregunta por su *sentido*. Las pobres políticas de publicaciones de nuestras Facultades (y de la Universidad en general: compárenlas con ese fenómeno editorial, pero también cultural, social y político que fue alguna vez EUDEBA) son expresivas de este tipo de pensamiento que criticamos. El academicismo, perfecta contracara del utilitarismo al que sólo en apariencia se opone, conduce pues a un pensamiento tan escasamente crítico como aquél. Y si la alternativa “profesional” termina en general avalando el irreflexivo ingreso del “técnico en ciencias sociales” en odiosas jerarquías institucionales y conocidas burocracias públicas o privadas, ministeriales, empresarias o incluso partidarias, la opción “academista” termina creando, en el interior mismo de la Universidad cuya función debería ser la crítica de esas burocracias y esos sistemas de poder, las versiones más ridículas, penosas y caricaturescas de esas mismas burocracias: se crea así todo tipo de rituales y de mecanismos, de jerarquías, “referatos”, “criterios de selección” cuya arbitrariedad sólo en ocasiones logra ser disimulada por criterios de alguna siempre cuestionable objetividad.

El concepto mismo de “investigación” está en juego en este empobrecedor movimiento. En efecto: lo que entre nosotros se designa de ese modo —“investigación”— se acerca cada vez más a la observancia de ciertos rituales monásticos, ceremonias de adscripción al lenguaje soteriológico con que cada grupo asegura su cohesión, reproduciendo en los mismos términos y sin agregar ningún conocimiento, la misma “realidad investigada”. Esta homofonía, ese isomorfismo entre los investigadores y su “objeto de estudio” contrasta maravillosamente con el ideal de exterioridad que le atribuyen a la ciencia, pero es en verdad su magnífico complemento. La “ciencia” así designada no pasa de políticas con las que se recopilan, archivan y clasifican los datos de ciertas actividades que son pensadas con el mismo criterio que sus proliferantes protagonistas. ¿Por qué llamar “investigación”, o “ciencia”, o “construcción del saber”—en el caso de los más imaginativos—, a todo eso? Muchas veces, no se trata de algo que vaya más allá de la autofirmación escalonatoria de los grupos ante misteriosos tribunales demiúrgicos, como lo prueba la aparición entre nosotros de revistas oficiales con “referato secreto”.

Y no es que deba haber una ciencia enteramente heterogénea del mundo vivido. Al contrario: precisamente porque en lo que realmente interesa al conocimiento *no la hay*, resulta fervorosamente tonto imaginar un simulacro que repone en el nivel archivístico el mismo ideal de control de los grupos que son objetos de atención. Y llamar a ese simulacro: investigación. Sin garantías, además,

de que sean bien reproducidos, aun en su lógica más ostensible. Por eso, cuando en el ámbito de nuestras universidades escuchamos la palabra investigación, resignémonos ante las más severas manifestaciones de lo obvio.

Y sin embargo, investigar es encontrar la pregunta que destituye lo conocido, no lo que lo afirma en su grado más tenaz de naturalismo y trivialidad, como es el caso de observar diariamente en lo que se exhibe como investigación en nuestras facultades e institutos privados. Y si debiéramos limitarnos al área de las humanidades—aunque en esencia, no varía el problema en los demás sectores tradicionales de la ciencia—es evidente que se ha dejado de lado el concepto y la pasión del investigar, que debería ceñirse provocativamente a las múltiples maneras del descubrimiento. El descubrimiento, como un incansante arreglo perceptivo de lo real, tanto transcurre en el ámbito de la experimentación de laboratorio, como en la construcción de la novela o en la elaboración de las lógicas del lenguaje. Es así que Husserl o Wittgenstein llamaron *investigaciones* a sus itinerarios conceptuales, así como Heidegger los llamó *pregunta* y Sartre—siguiendo una larga tradición—los llamó *crítica*. Todos estos son ejemplos de lo que se ha perdido cuando la idea de investigar queda relegada sobre la reproducción ya producida de una agregación de datos—para colmo, destituidos de toda ilusión de conocimiento, pues también los datos deben ser rescatados, en su capacidad de irrumpir sobre o desde una serie, del triste destino al que los somete el pensamiento “enmarcante”, pensamiento de sobrevuelo, como lo condenaba Merleau-Ponty, que se queda con datos objetivos sin sorpresa “dentro” de “marcos teóricos” que ya lo tienen todo dicho, a costa de transformarse en subjetividades vacías. O en la subjetividad panóptica del Referi Secreto.

Es así que la llamada “investigación social”, como modelo inspirador de otras áreas y que tiene en los distintos comités oficiales—como el Conicet—sus órdenes de vigilancia, se impone hoy como el más férreo obstáculo contra la investigación realizada alrededor de preguntas, de nuevos materiales a interrogar, de revisión de lenguajes, de interlocución entre los conocimientos, de elaboración de los persistentes paralelismos entre la historia de la novela y la historia de la ciencia, de reconquista—en suma—del asombro por lo efectivamente desconocido y de placer de auscultar sin complacencia la base real de repetición que tiene el ciclo de nuestras vidas y de la sociedad. Auscultamiento que en el vaivén entre ficción y saberes técnicos, novela y ciencia, narratividad y política, se puede obtener, por ejemplo, en la lectura de las novelas de David Viñas, Ricardo Piglia o Rodolfo Fogwill.

Se pueden salvar las teorías, pero lo que así entendemos por teorías a salvar no es otra cosa que la virtud para situar un acontecimiento inesperado en la disposición preexistente del lenguaje. Si estas virtudes peligran es porque años de luchas políticas irresueltas, concluidas con resignadas alianzas entre el poder académico y los territorios más habituales de la política, amenazan con extinguir la potencialidad de la teoría dando incluso un paso ya muy avanzado y atrevido: criticar a las propias teorías por “cortar la experiencia”, tornándolas un “adorno”, un marco a ser verificado “mientras sigan nuestras investigaciones”. Es así que se las ataca pensando que en ellas se aventa el fantasma del “teoricismo”, enemigo de lo “real concreto”, mientras centenares y centenares de profesores y alumnos se lanzan a la más entusiasta ventriloquia e inandad. Ante tanta desidia intelectual, no es necesario advertir la falsedad de miras de la disyuntiva creada entre teoricismo y el concretismo, o como se lo llame. Las empresas contemporáneas alrededor de las teorías revelan—ya sea en la forma del reconstructivismo de Habermas, o del opuesto deconstructivismo de Derrida—hasta qué punto lo teórico es esencialmente lo interrogable por y

desde el lenguaje, los textos y el habla, desde una nueva posibilidad de la filosofía crítica.

Pero en estos lares, la Universidad vive de la fantástica idea de investigar lo real con una “ciencia básica”, que no sólo no contribuye a dotar de vida intelectual a la Universidad, sino que convierte lo “concreto” en esquivo en rutinario, objeto abstracto de una politización superficial, que confunde pedagogía con clientelismo, metodología con control burocrático y pensamiento con vigilancia de los lenguajes.

La posibilidad de que las ciencias sociales intervengan nuevamente con su potencial crítico y ético para establecer compromisos de acción está cada vez más ligada a la superación de esas viejas fórmulas academicistas y elitistas, por más pomposamente que insistan en llamarse “de alto nivel”—como en los años 60—o “de excelencia”—como en los años 90. Ni siquiera se trata de llamar a una actitud interdisciplinaria y de “articular docencia e investigación”, pues una y otra cosa presuponen ya un inculcable estado burocrático de la ciencia, lo que hoy sólo refleja un sector particular—y, por cierto, particularista y anacrónico—de las ciencias sociales. Es menester entonces declarar la pluralidad de lenguajes de las ciencias sociales, el destabancamiento de sus campos internos cosificados, el desentumecimiento de sus técnicas de investigación y el desmontaje del camino—que de ningún modo estaba inscripto en un destino—de generar una pequeña élite pseudocientífica y experta. Una élite tan inocua desde el punto de vista de su productividad social como estéril sería el conjunto de opiniones opuestas pero simétricas, que llevarán a insistir en la “práctica”, dándole a ese nombre el mero contenido que aconsejan las hegemonías del mercado. Así, encaminarán a generaciones de estudiantes que demandarán poner “manos a la obra” al destino trazado de las empresas de asesoramiento político, de marketing electoral y de operaciones de control social.

Pero no se trata de encerrarnos en filigranas de la reflexión cultural, sino en convertir la política universitaria, precisamente, en una pregunta por la conformación de las profesiones y horizontes de saberes de cada disciplina. Establecida una relación verdaderamente crítica en la que cada saber se interroga a sí mismo, se generarán mayores opciones de intervención—inclusive profesional—en los problemas y cuestiones de una sociedad sometida a toda clase de alquimias e injusticias. Debemos buscar una nueva conciencia crítica que recobre todas las fuentes históricas de las ciencias sociales, pluralizando las alternativas profesionales sobre la base de la innovación de lenguajes, haciéndolos autónomos de los imperativos del mercado. No es posible atar la Universidad a las hegemonías estilísticas y profesionales de los medios de comunicación establecidos y de los partidos políticos realmente existentes. Aún es posible pensar en una Universidad que produzca un modelo de intervención crítica en la sociedad, a través de la creación de lenguajes que no reproduzcan la escolástica dominante en los paradigmas de las ciencias normales y de los medios de comunicación. Para una y otra cosa, es preciso también mantener sin cerrar la brecha que separa la Universidad de la reproducción de las políticas oficiales, que muchos desean clausurar bajo el pretexto de la aceptación final de los reclamos de la “sociedad”. Es preciso volver a pensar la Universidad, por el contrario, recuperando el espíritu crítico que alguna vez la habitó y la animó. Sólo desde la reivindicación de esa vocación crítica se vuelve posible concebir para la vida universitaria, para la reflexión universitaria hoy en la Argentina, un futuro diferente del que ha imaginado ya para ella el gobierno y—con él—demasiados sectores *incluso pertenecientes a la Universidad misma* (entendámonos: a los más altos niveles de conducción política de la misma) que, por incapacidad, ceguera, convicción ideológica o complicidad profunda, ya murmuran aceptaciónes de diverso grado

—por ejemplo—al escandaloso proyecto gubernamental de arancelamiento de los estudios de grado. Porque se trata de un proyecto escandaloso, reaccionario y antidemocrático, y esto no puede ignorarse o callarse prudentemente porque algún cálculo de probabilidades indique que se trata ya de un *fait accompli* e invite en consecuencia a evitar quedar “mal parados” frente a lo inevitable. El debate acerca del arancelamiento de la Universidad pública argentina será sin duda el gran debate que dividirá las aguas políticas en nuestros claustros en pocos meses más, y es imperioso advertir acerca del carácter absolutamente inaceptable de semejante proyecto y de la falacia absoluta de los torpes argumentos en que se ampara. Se nos trata de mostrar, en efecto, la injusticia de que, dadas las características regresivas del sistema tributario argentino, los pobres terminen financiando la educación de la clase media. El argumento, sostenido por un gobierno que en ninguna otra área ha dado muestras de querer revertir ni el carácter regresivo de dicho sistema tributario ni la injusticia en la asignación de los recursos que por esa vía el Estado percibe, no podría ser de peor gusto. Repentinamente, y *precisamente en relación con este específico gasto del estado que es la educación—que ni es el más grande ni es el más impopular—*, el gobierno y la penosa oposición que supimos conseguir advierten que “no es posible” que los pobres le paguen los estudios a la clase media. ¿Y qué del modo en que financian, no sólo los estudios sino la vida, el bienestar, las eximiciones impositivas y los subsidios estatales a las clases altas? La reaccionaria abolición del principio democrático de la gratuidad de la enseñanza y de la igualdad de oportunidades, y el brutal ajuste sobre los cargos y los salarios docentes en la Universidad (que de este modo son literalmente expulsados de la misma al tiempo que se los invita hipócritamente a “profesionalizarse” para ver si son capaces de “servir de algo” en el mercado) se convierten entonces en los dos brazos de una siniestra tenaza que estrangula seriamente las posibilidades de reconstruir una vida universitaria activa, dinámica y en condiciones de hacer oír su voz en los difíciles tiempos que corren.

Son muchas las evidencias: una clase política universitaria está a punto de entregar una memoria social y política. Por eso, frente al neoempirismo profesionalista y al elitismo academicista que se dan la mano, debemos mantener la idea de una universidad pública no arancelada como garantía de la condición última del espíritu universitario: el saber autogobernado, que no se coloca límites disciplinarios exteriores ni los acepta en nombre de una supuesta eficacia profesional. Es contra este embotamiento de la vida intelectual y política universitaria que hay que reaccionar, pues de esa reacción—entre cuyos motivos inspiradores no debería faltar la propia historia de la Reforma de 1918—depende en gran medida que la actividad cultural del país no termine enteramente ocupada por la reproducción ideológica del “stock de mercancías” o la apología de los más ramplones fetiches comunicológicos. Resituar la crítica, disponer una nueva alianza de lenguajes histórico-políticos y político-ficcionales, investigar las raíces de lo que entre nosotros fue lo más original de la literatura filosófica, dotar de una dimensión autónoma al pensamiento y la labor artística, cruzando en todas direcciones a las ciencias sociales con departamentos de estética, son algunas de las evidencias prácticas que nos ofrece la reflexión sobre lo que hoy nos ocurre. Sobreabundan envejecidos modelos de lectura que llevan a leer mal a Marx, a descuidar los desafíos de Weber, a ignorar los lenguajes primeros de la filosofía, a pasar con alegre desparramo o desconocimiento frente a los grandes textos de Macedonio Fernández, Martínez Estrada, Carlos Astrada, al mismo tiempo que hay una autoinhibición para entresacar *del halo de repetición* que albergó la filosofía social y el ensayismo argentino, aquello que pueda

hoy suscitar nuevas inspiraciones a la teoría crítica, releyendo—por ejemplo—a José Ingenieros, Raúl Scalabrini Ortiz, Julio Cortázar, Oscar Masotta o John William Cooke. O revisando las revistas, desde *Contorno a Babel*, en las que se desempeñó la crítica renovadora.

Se puede salvar la teoría, y no en el último lugar del propio “teoricismo”, cuya reivindicación de lo que de un modo muy empobrecido se sigue llamando “teoría” paga el alto costo de quitarle lo que ésta tiene de interrogación radical sobre las cosas: esto es en fin lo que está en retroceso en la Universidad. No: salvar las teorías es salvar lo que ellas albergan—como lo supo insinuar en su momento Althusser—de práctica, de producción de realidades. Así, salvar la teoría es salvar, ni más ni menos, un sentido de la acción: el propio acto creador de lo humano cuando labora con los materiales del arte o de la política.

Si se acepta entonces que la teoría no es un espacio inerte que además debería llevar a la “práctica”, sino que la práctica es un acontecimiento interno de las teorías, es preciso entonces dar un paso más para señalar la revolución en la noción de *documento* que ha acompañado los intentos contemporáneos de *resituar* las teorías en el campo de la creatividad política y artística. Herencia del viejo compromiso de las ciencias sociales con las técnicas administrativas, el documento parecía ser apenas una señal exterior (cuantitativa, acumulable y “legitimadora”) de razonamientos previamente constituidos. En las últimas décadas, esta noción que hacía del documento un simple material de convalidación de enunciados ya adquiridos—lo que dejaba también la idea de que los documentos había que desenterrarlos, restaurarlos y museificarlos—dejó paso a la idea de que el documento, o la serie de documentos, contiene en su texto, sus soportes, sus interpretaciones y sus objetivaciones, las evidencias de los dramas silenciados que pugnan por recuperar la voz.

Es con transformaciones como éstas que el pensamiento crítico puede encontrar sus nuevos motivos de acción, a condición de que el archivo, el laboratorio, el gabinete pedagógico sean también interrogados como productores de documentos que ni son la versión final de la cadena del conocimiento ni dejan de reclamar, también ellos, por quien averigüe lo que efectivamente van. No es lo que ahora ocurre. Facultades, institutos privados de investigación, organismos “sociológicos” estatales, como el Inap y otros, son productores de documentos que “encuadran” realidades exógenas, resistiéndose notoriamente a ser ellos mismos objeto reversibles de una pregunta auto-interrogativa. Instituciones desprovistas de conciencia de sí se convierten en museos donde muere el saber, aunque se diga que allí se lo “produce”. Más que estudiar lo real, esas instituciones deben ser urgentemente estudiadas, esto es, interrogadas con la fuerza autocrítica de los propios conocimientos que han prometido albergar y desarrollar en su seno. Seremos mejores profesionales de las ciencias críticas de nuestro tiempo cuanto más seamos autoconstructores de una identidad intelectual autónoma, nunca definida por el aprior del mercado, de las agencias privadas de investigación o de las neo-burocracias oficiales o universitarias.

Se puede salvar la teoría, pero es necesario saber que es de estos múltiples y plurales riesgos de los que hay que salvarla. De ellos, y de nuestras preocupaciones y angustias sobre el destino de la vida teórica y de la Universidad argentina en estos tiempos de mezquindad intelectual y miseria política, se habla en este número de *El Ojo Mocho*.

**Horacio Gonzales** | *El Ojo Mocho*  
**Eduardo Rinesi** | Revista de Crítica Cultural  
**Christian Ferrer** | Buenos Aires, Otoño de 1994, N°5



# DICTADURA DEL CONSENSO

Una sociedad se inmoviliza cuando deja de atreverse; entonces repite, sus márgenes se limitan a la voluntad general y el pensamiento queda reducido a las posibilidades de ajuste de lo ya establecido. La cabeza abrocha su cinturón y desde ese momento ya no cabe nada más. Entonces el hombre, envejecido, sólo tiene tiempo para repetir, con más o menos exactitud, aquellas certezas que son sin discusión eso, certezas. Ya no se puede pensar, se ha dado paso al dogma. Las alternativas se cierran y vamos de la mano de no sabemos quién camlno de no sabemos qué.

Es esta disposición dogmática la que ha asumido el carácter de nacional bajo el ideal de la 'moderación'. Pues ¿qué hay detrás de esta palabra? 'Moderación', 'conciliación', son términos que ocultan una tendencia: la intolerancia. Los temas filudos no se tocan y si llega a hacerse es con guantes de cuero. La justicia se comercia, la búsqueda toma el derrotero de lo permitido, la poesía se lee a renglón saltado, la pintura es decoración y las marchas militares son lo más digno de respeto. Cuando la mal llamada moderación obliga a buscar consenso dentro de límites prefijados, los acuerdos no son tales, pues no parten de las diferencias. En este sistema no cabe la rabia, el grito ni la pasión. O hay riesgo, pues se elimina la posibilidad del fracaso y el triunfo. Una conciliación al precio de la intolerancia es contradictoria en sí misma y nos llevará al umbral de la estupidez.

La universidad debiese ser el lugar de encuentro de las inteligencias capaces de asumir el riesgo, el primer lugar donde se levanta la Incertidumbre. Pero es penoso ver cómo es precisamente en ella donde son formuladas con mayor petulancia las certezas. Y no se crea que nuevas certezas, sino las de siempre. La ideología ha ganado el terreno a la inteligencia: hay temas vedados, enfoques prohibidos y una cautelada vergonzante acompaña cada palabra de profesor y alumno. Se trata de formar sólo técnicos profesionales que como engranajes de un sistema recuerden sin cuestionar. Es así como la universidad se vuelve un aliado más de la intolerancia. Pretende ser la autoridad que decide entre la cultura y lo marginal sin darse cuenta de que paradójicamente está siendo ella misma muy poco creativa e incapaz de criticar a la sociedad que la sustenta. La gobierna el ojo torpe de Polifemo que cuida su rebaño. En su mirada la duda es un peligro y por tanto también la libertad. Pues la libertad engendra duda por ponernos

frente a infinidad de opciones y permitirnos crear siempre una nueva.

Fruto de lo anteriormente descrito, Chile se nos aparece como un país dormido. La dictadura le dio el somnifero y la democracia no se ha atrevido a despertarlo, sino por el contrario, ha promovido el fetiche del consenso a bajo costo y la consigna "es mejor ganar cediendo que perder defendiendo las convicciones". Los nuevos 'ideales de desarrollo y modernización' nos han transformado en una nación aletargada. Pero en medio de esta veneración a la quietud quizás sea aún posible invitar a la discusión -iracunda si se quiere- y a la insurrección, porque ni el arte ni el pensamiento deben pleitesía a nadie. No sea que las rígidas telas del miedo nos envuelvan convirtiéndonos en la última momia descubierta en Sudamérica.

Los EDITORES

(Andrés Claro, Patricio Fernández, Matías Rivas)  
"Lo", N° 1, año 1, noviembre de 1992



Ernesto Tugendhat  
El problema de la eutanasia

Adriana Valdés / Pablo Oyarzún  
Fragmentos de una conversación en torno a la universidad

Arturo Duclos

Diego Maquieira  
(Poemas inéditos)

Bruno Vidal, una ordalía totalmente descompuesta  
(Entrevista)



Es paradójico. La extraordinaria proliferación del teatro como actividad en la sociedad chilena en los últimos años, ligada a la multiplicación de centros de enseñanza en las universidades privadas, institutos, centros culturales, a la introducción de la pedagogía teatral en las aulas escolares, etc, no ha estado aparejada al desarrollo y maduración de la crítica sobre el teatro. Por el contrario, esta ha visto jibarizados sus espacios y limitados sus lenguajes críticos en la prensa diaria, cada vez más proclive a entenderla como una orientación al consumo de lo teatral. La proximidad del teatro con un ámbito de interés tan masivo como es la teleseñal, o también con el cine de vocación comercial, lleva a la prensa a resaltar dentro de lo teatral a uno de sus elementos: al actor protagonista, y este en su privacidad y no en tanto interprete y creador de personajes teatrales. La contaminación entre ambas esferas banaliza lo teatral ante la mirada pública y resta posibilidades de que referentes con base en la teoría crítica circulen más allá de los estrictamente iniciados en ella.

La crítica de lo teatral visto como espectáculo, como lenguaje de la escena en un espacio vivo de interlocución con un público presente, y elaborado sobre claves de una disciplina que maneja complejos presupuestos estéticos afinados hondamente en series articuladas y rearticuladas a través de una larga historia creativa y reflexiva, ha prosperado en diferentes centros de pensamiento a través del mundo occidental. No así en Chile, donde la crítica académica de lo teatral no ha sido capaz de generar un ámbito propio, con una densidad de producción cuantitativa y cualitativa. Esto, porque la academia enfatiza la dimensión creativa y realizadora, al formar directores, actores, diseñadores pero no críticos propiamente tales, y, al abordar la crítica, la ubica como la "parienta pobre" de otras disciplinas, que la tratan subsidiariamente, estirando sus marcos para incluirla a medias.

La sólida tradición de la crítica literaria en Chile y su actualización constante la convierten en un área de gran atractivo para quienes tienen una vocación crítica, pero en ella, lo teatral se recupera principalmente desde el texto y no desde la escena. Lo "literario" copa la esfera de lo teatral, y son las dramaturgias las que prevalecen en dicha crítica. El auge de los estudios culturales, no obstante, con los productivos cruces transdisciplinarios y la apertura de nuevas disciplinas, como los de la performance, abren auspiciosas perspectivas en la inclusión de la teatralidad como objeto de estudio. Pero se requieren corrientes vastas y hondas de pensamiento, aplicadas al objeto "teatro chileno, histórico o actual" para que se forme un "campo" de discusión con acumulaciones y disparos cruzados, con un mínimo de plataforma en la cual clavar una nueva estaca en el tejido de la red crítica, la cual aún no se dibuja suficientemente. Por ello, los escasos cultores de esta especialidad en Chile optan por insertarse en la red de estudios iberoamericanos y latinoamericanos existente en el resto de América y Europa, y acoger aquella como su referente e interlocución central.

Son escasos, si no inexistentes, los artículos referidos a lo teatral que aparecen en las publicaciones dedicadas a las artes y las humanidades en Chile, editadas ya sea por departamentos o institutos de estética, de historia, de letras, de filología, de

filosofía. La honrosa excepción, junto con la más reciente revista publicada por la U. Finis Terrae, es *Apuntes* de la Escuela de Teatro PUC, cuyos cuarenta y cinco años de publicación ininterrumpida, orientados y revitalizados por un atento comité editorial nacional e internacional, la mantienen como un puntal en este esfuerzo de generar un ámbito de crítica de lo teatral desde y en Chile.

Es una revista semestral abierta al medio, en la cual prevalecen dos tipos de escrituras. Las más, son reflexiones, testimonios, bitácoras de creación, manifiestos creativos, memorias, todos, puntos de inflexión en el proceso creativo de grupos y personalidades autorales del medio teatral chileno. Porque si bien en Chile no hay un núcleo vasto de críticos como en otras latitudes (Argentina, por ejemplo), la diferencia específica de nuestro medio es que, por su formación universitaria, el creador teatral es un intelectual de su práctica. Sus procesos creativos suelen inscribirse en una trama conceptual, poseer una conciencia de su ubicación histórica, política, de visión de mundo, de escuelas, estilos y raigambre de sus búsquedas y exploraciones, de negaciones y vetas inspiradoras. La intensa actividad reflexiva y de sistematización de experiencias y conocimiento que todo acto creativo teatral entendido como producción de arte genera y soporta, es llamada por *Apuntes* a cuajar también en un texto escrito publicable, sede de la memoria procesada, objetivada, puesta en común y, en tanto tal, sujeta a crítica y a ser acumulada-discutida por otros creadores. Por ello, los principales colaboradores de *Apuntes* son los creadores de nuestro teatro: directores, actores, diseñadores, dramaturgos, productores, gestores culturales.

Los segundos colaboradores privilegiados son por cierto los investigadores, críticos, historiadores del teatro chileno cuya raigambre es académica. También, los propios alumnos de teatro en sus trabajos teórico-críticos en que generan conocimiento desde un soporte textual escrito, especialmente en sus tesis de grado. Suele haber un núcleo de estos investigadores que ha publicado ya reiteradamente en estas páginas, pudiéndose seguir a través de ellas un trabajo académico que sienta líneas de interés, que adscribe a corrientes disciplinarias, que ilumina lo teatral desde ángulos renovados (teoría crítica, teoría de la performance, psicoanálisis, nueva historia, historia del teatro y del arte, semiología del espectáculo).

El estado del campo de la crítica teatral en Chile queda así en *Apuntes* puesto en evidencia. La crítica como actividad académica y como actividad inscrita en el acto creativo. También, el cuerpo de lo teatral se pone al alcance de la mirada pública: textos dramáticos inéditos, imágenes de las puestas en escena, fragmentos de textos como cita textual extensa no intervenida por el crítico, etc. son allí publicados. Son, entonces, expuestos en las páginas de *Apuntes* materiales críticos y materiales para la crítica futura. Por eso, *Apuntes* no es una revista de actualidad ni desechable: es entendida como una revista de colección, llamada a la perdurabilidad de sus ediciones y materiales, siempre productivas en sus lecturas.

MARÍA DE LA LUZ HURTADO, DIRECTORA REVISTA APUNTES

# Ciudad poética en la transición chilena

"Je pense à mon grand cygne, avec ses gestes fous,  
Comme les exilés, ridicule et sublime..."  
"Le cygne", Charles Baudelaire."

¿Cómo se imaginó y materializó la inserción de la producción poética en el nuevo escenario de la "transición democrática" en Chile de comienzos de los noventa? ¿Hasta qué punto, los poetas que comenzaban a publicar hacia fines de los ochenta se insertaron en el circuito oficial, o se auto-marginaron, o se distanciaron de los espacios públicos e institucionales que se comenzaban a establecer en el naciente contexto de post-dictadura?

Una sugestiva experiencia respecto a este momento la encontraríamos en la gestación, edición, publicación y distribución de la revista *Piel de leopardo*. En efecto, publicada por primera vez en agosto de 1992 y por última vez en marzo de 1995, sus cinco números traslucen una voluntad de intervención poética en el espacio ciudadano y público de la transición.<sup>2</sup> Al mismo tiempo, en tardío gesto baudelariano, sus páginas testimonian la condición extraña y extrañada de lo poético en la escena urbana de la neo-modernización chilena. Por cierto, esto ya no se expresa por la vía del demasiado gastado símbolo del cisne, sino que se da a través de la excéntrica figura del leopardo, de la imagen de su piel, indómita y decorativa a la vez, inscrita de modo ambivalente en el espacio mercantil y estético de la ciudad chilena.

## ESCENA POLÍTICA Y LITERARIA DE LA TRANSICIÓN

El inicio de la década de los noventa en Chile, ya culminado el período del régimen militar (1973-1990) y establecido el nuevo gobierno democrático, produjo una compleja trama de posicionamientos materiales y simbólicos en el espacio público y ciudadano. La euforia de una transición democrática de carácter consensual en el plano político-social y una legitimación mayoritaria del modelo de "libremercado" en el terreno económico instalaron la imagen del *país exitoso* en la cúspide de la gran política y la macroeconomía.<sup>3</sup>

Dentro de este escenario, se le comenzó a dar forma a un mercado literario acorde con una economía política de neo-modernización.<sup>4</sup> De este modo, cuentistas, novelistas, poetas, críticos y críticas, editores y agentes literarios reorganizaron sus prácticas en función de insertarse en el nuevo mercado de bienes simbólicos. Este ajuste cultural y económico se condensaría en el fenómeno de la llamada "nueva narrativa chilena", protagonizado por una serie de narradores aparecidos

hacia fines de los ochenta y que, en su gran mayoría serían publicados a través de la Colección Biblioteca del Sur inaugurada por Editorial Planeta hacia 1987.<sup>5</sup> Las librerías de la capital chilena se fueron así habituando a las nuevas imágenes y a los nuevos valores (portadas, títulos, autores) que se establecían desde la economía formal de la literatura y la cultura en Chile.

A su vez, la ciudad misma había cambiado. La "transición democrática" significó un devenir disciplinado y pacífico hacia el Chile de "los nuevos tiempos." En el Gran Santiago, capital y epicentro cultural de un país marcadamente centralizado, este proceso adquirió singulares configuraciones. Tras las oleadas de explosión social y política callejera de los ochenta, la capital chilena comienza también a retornar a un orden: la idea de "paz social" conlleva la voluntad de una ciudad sin convulsiones ni alteridades.<sup>6</sup> Dentro de este escenario, la revista *Piel de Leopardo* registró una voluntad de posicionamiento crítico al interior de la ciudad del "libre mercado" de inicios de los noventa, como bien lo manifiesta la editorial de su tercer número: "Hacer una revista de literatura y arte es siempre un riesgo y una apuesta, más aún, en medio de esta desolada modernidad chilensis" (*Piel* #3, 3). A su manera, en vez de ejercer el nuevo lenguaje del orden urbano, sus páginas registran un deseo poético por imaginar otra ciudad, en contrapunto con la racionalidad económica y tecnológica dominante, invocando una figura más bien indómita y selvática: la piel de leopardo.

## LO POÉTICO EN LA CIUDAD

La revista *Piel de leopardo* fue concebida en el curso de 1992, llegándose a publicar por primera vez ese año bajo la dirección de Jesús Sepúlveda, la sub-dirección de Guillermo Valenzuela y un comité editorial constituido por Alexis Figueroa, Alvaro Leiva, Jaime Lizama y Manuel Eduardo Pertier.<sup>7</sup> Aunque, desde su aparición, se identificó como "Revista de literatura, crítica y arte", en su primer número predominaría la crítica de poesía y la creación poética misma. Rocién el segundo número marcaría un giro definitorio hacia la convivencia de ensayos sobre literatura, cine, fotografía, música, política y ciudad. Este perfil híbrido caracterizó los siguientes cuatro números de la revista.

Su núcleo editorial más influyente lo conformarían Jesús Sepúlveda y Guillermo Valenzuela, ambos situados en el ámbito de la producción poética desde fines de los ochenta.<sup>8</sup> Luego, aunque más vinculado a la promoción literaria emergida a inicios de dicha década, Jaime Lizama también jugaría un rol significativo en las definiciones editoriales de la revista, en especial con respecto a su configuración interdisciplinaria, dado su híbrido interés en literatura, política y cultura urbana.<sup>9</sup>

La revista logró publicarse por cinco números, en las siguientes fechas: agosto de 1992, enero-marzo de 1993, segundo trimestre de 1993, diciembre 1993-marzo de 1994, octubre de 1994-marzo de 1995. El primer número se abre con una elusiva modalidad de definir el perfil editorial de la revista, insertando una entrada enciclopédica sobre la figura del leopardo. En referencia a su presencia en vastos parajes del Asia y África, el segmento central de la cita apunta lo siguiente:

...Débese esto a su notable adaptabilidad, pues lo mismo vive en las llanuras y en las montañas que en las grandes selvas, aunque siempre prefiere los lugares en que hay árboles porque es un excelente trepador y le gusta ponerse en acecho en una rama para caer sobre su presa. Además, es más astuto, más ágil y más atrevido que el león o el tigre, lo que le significa ventajas para sobrevivir donde estos grandes parientes suyos van retrocediendo ante la civilización. Se distinguen varias razas geográficas de esta especie; el tamaño oscila, según la raza, entre dos y tres metros de largo, y el fondo del pelaje, siempre elegantemente sembrado de rosetas negras es en unos casos de color bayo amarillo, y, en otros, casi blanco o de un tono arenoso muy claro. Algunos ejemplares son negros con las manchas de un negro más profundo y brillante [...] La bella piel de dicho animal ha sido siempre muy estimada, lo mismo por la dama elegante que por el rey zulú. En el antiguo Egipto era un símbolo de dignidad del sumo sacerdote... (*Piel* #1, 1)

La invocación del leopardo en calidad de símbolo señala aquí un deseo poético por inscribir una identidad de por sí extraña a la escena neo-modernizadora de la urbe chilena. Sin duda que la invocación del leopardo en este contexto constituye un acto retórico análogo a aquella figuración simbolista del poeta-cisne realizada por Charles Baudelaire, en medio de la moderna y modernizadora experiencia ciudadana del París de mitad del siglo diecinueve. Así, en su poema "Le cygne", Baudelaire registra la cambiante escena de la ciudad moderna, en la cual la belleza del cisne parece condenada a un transitar equívoco por sus calles, en calidad de figura extraña y trágica: "Un cygne qui s'étoit évadé de sa cage, / Et, de ses pieds palmés frattant le pavé sec, / Sur le sol raboteux traînait son blanc plumage. / Près d'un ruisseau sans eau la bête ouvrant le bec / Baignait nerveusement ses ailes dans la poudre, / Et disait, le coeur plein de son beau lac natal..." (126).<sup>10</sup>

Símbolo de una belleza que ha perdido terreno, la figura del cisne opera también como metáfora de aquella nueva realidad del poeta en cuanto especie en peligro de extinción dentro de la urbe moderna. En su extrañeza, el cisne baudelariano —¿el poeta?— se vuelve

un ser "ridículo y sublime." El leopardo de la revista chilena se inserta en un registro análogo, en la medida que se vuelve una entidad extraña al paisaje urbano de fines del siglo veinte. Aunque el cisne de Baudelaire encarna un icónico que se emparenta con una determinada noción clásica-europea de belleza mientras que el leopardo del medio santiaguino evoca más bien una imagen de belleza indómita asociada con África y Asia, ambos comparten la fijación romántica por la figura del extraño en la ciudad.

Este tardío simbolismo de signo romántico de los autores asociados con *Piel de leopardo* (principalmente, Sepúlveda y Valenzuela) se puede rastrear en la manera en que sus propias contribuciones traslucen una aproximación al fenómeno poético marcado por un cierto espíritu decimonónico. Así, Jesús Sepúlveda, director fundador de la revista, dedica un ensayo al poeta chileno Mahfud Massis, en el cual asocia éste "con otros desgarrados sublimes: Poe, Baudelaire, Rilke, Kafka, y sobre todo con el simbolismo en su conjunto" (*Piel* #1, 4).<sup>11</sup> Luego, al subrayar las torsiones realizadas por Massis respecto del discurso bíblico, el mismo autor apunta: "Esta salida individual imposibilita hacer una lectura desde la óptica social o marxista; por el contrario, debe hacerse desde el tópico del *extraño en el mundo, del incomprendido por la sociedad*, desde el desamparo fúnebre en que queda todo esquizofrénico" [italicas mías] (*Piel* # 1, 5).

Esta reedición de la vieja rebeldía romántica del poeta en las páginas de *Piel de leopardo* se engarza con un deseo de subrayar y recuperar el legado vitalista de los poetas y escritores de la modernidad europea de mitad del siglo diecinueve. De hecho, en varios artículos, se alude a los registros vitales de Baudelaire y Rimbaud. Esto mismo permite a la revista santiaguina construir un *sui generis* modo de relacionarse con el canon dominante de la poesía chilena (v.gr., Neruda, y, en menor medida, Mistral, Huidobro y De Rokha). Por ello, es significativo que el primer número incluya un ensayo sobre un poeta poco conocido y, además, caracterizado por su irreverencia simbólica y existencial: Mahfud Massis. En relación con la poesía de este autor, el artículo de Sepúlveda apunta: "en esta literatura prevalece una corrosiva intencionalidad herética, un 'armarse contra la divinidad', de acabar a los dioses, de desacralizarlos" (*Piel* #1, 5).

En el segundo número de la revista, Sepúlveda publica un nuevo ensayo, esta vez sobre Rodrigo Lira. Tras subrayar los aportes de las obras de Juan Luis Martínez y Raúl Zurita, como producciones "involucradas al máximo con la vida real antes que con la ficción literaria", el autor retrata a Lira de este modo: "Poeta que se suicidara a las 11:30 hrs. del día 26 de diciembre de 1981 (hora y día de su cumpleaños número 32), y cuya acción de

autoeliminación se ha tendido a interpretar como uno de los gestos más extremos de confusión entre vida y texto; realidad y lengua". Valga la pena anotar que esta conexión entre poesía y suicidio es un lugar bastante común entre quienes buscan resaltar una concepción vitalista y rebelde de la práctica poética, donde finalmente el estrato biográfico (la imagen del poeta) remite al locus del "extraño en el mundo, del incomprendido por la sociedad".<sup>12</sup>

De esta forma, la huella de *les poètes maudits* retorna espectralmente a las páginas de *Piel de leopardo*, invocándose una genealogía de emplazamientos poéticos o franca rebeldía frente a la racionalidad económica y política modernas. Esto se evidencia no sólo en los ensayos de Sepúlveda sino que también en los de otros miembros del equipo editorial. De allí que, en el primer número de la revista, Guillermo Valenzuela contribuya con una reseña centrada en un libro de rasgos desgarradoramente ciudadanos, autobiográficos y autorreflexivos: *Pena de extrañamiento* de Enrique Lihn. Al enfocarse en este texto de Lihn, obviamente no puede dejar de hacer referencia a la relación del poeta chileno con "la figura del flâneur baudelairiano" (*Piel* #1, 7).<sup>13</sup>

Fuera de estas dimensiones simbólicas de la imagen de la piel del leopardo, suerte de recurso de salida, desvío o digresión frente a la "civilización" literaria chilena—sus monumentos, sus instituciones, su canon dominante—, esta figura también estaría registrando cierta voluntad de no sujeción al marco neo-modernizador en que se fraguan los signos de continuidad entre el período político y económico del régimen autoritario de Pinochet y la etapa democrática de los noventa. De este modo, el título de la revista, en este rasgo de fiera indómita que connota la referencia al felino, pone en escena un deseo excéntrico ante la directriz "civilizatoria" adoptada por la transición democrática chilena. Se trata de una respuesta al empeño hegemónico por encuadrar el cuerpo ciudadano —el de los individuos y el de la urbe santiaguina— dentro del apacible paisaje del consenso, el orden y la estabilidad. Acorde con ello, en el quinto número de *Piel de leopardo*, Jaime Lizama —uno de sus editores— propone una sugestiva visión de la metrópoli chilena, los jóvenes y la marginalidad en el contexto del fin de la dictadura y el inicio de la democracia:

...Los jóvenes habían dejado de tener miedo en el preciso momento en que expusieron sus cuerpos a la refriega de la calle.

Así, parecía que para ellos el fin de la dictadura militar se ritualizaba mediante el fin de Pinochet, de la misma manera que para los jóvenes de la RDA el fin de los dos Alemanias se hacía plenamente ritual mediante el derrumbe del Muro. Los jóvenes alemanes derribaron el Muro; la juventud chilena, una vez que retornó la democracia a través de elecciones y de pactos, sentaron a ésta en las rodillas y la encontraron amarga, como Rimbaud encontró amarga la belleza, luego de la Comuna y de la miseria del Vo. (Lizama, 12)

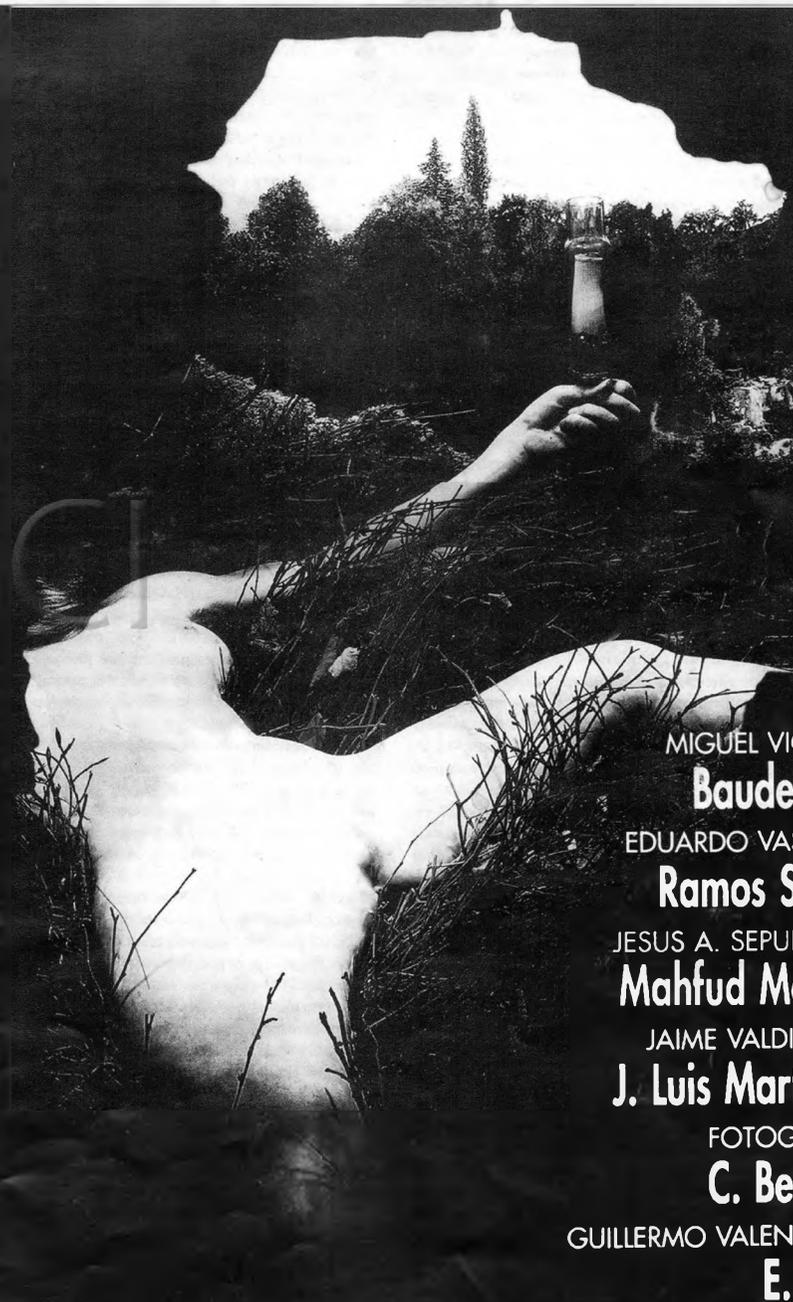
Como vemos, la reflexión ensayística de Lizama traza un simbólico paralelismo entre sensibilidades urbanas, políticas y poéticas de rebeldía *post*: la cul-

tura urbana, juvenil y marginal en el Santiago post-Pinochet, la experiencia de los jóvenes alemanes tras la caída del muro de Berlín y la actitud rimbaudiana luego de los sucesos de la Comuna de París.<sup>14</sup> Así el ensayo de Lizama estaría "ritualizando" en las páginas de la revista una voluntad común de sus gestos, cual es la intersección entre lo poético, lo político y lo urbano. El propio texto de Lizama constituye un juego de transposiciones, un ritual de escritura híbrida y creativa. En efecto, al abordar asuntos de la ciudad, la política y los sujetos sociales, su prosa renuncia a la retórica de las ciencias políticas y la sociología, optando por un lenguaje estilizado, de aliento creativamente ensayístico, con un formato que prescinde del aparato académico de las notas y las citas. Es claro que el aporte crítico de este autor imprimió un perfil aún más híbrido a la revista, ya que, a diferencia del resto de los miembros del equipo editorial, Lizama era poseedor de un registro teórico y literario en el cual sus afanes poéticos se entrecruzaban con la práctica ensayística, promoviendo así más amplias conexiones entre poética, ciudad y política. Su ensayo, por ello, puede leerse como una apuesta a la *leopardización* simbólica de la urbe chilena de la transición, tanto en lo literario como en lo político: "La ciudad hay que intimidarla, poseerla en cierto modo, cifrar con ella innumerables complicidades, de otra manera no será más que un anticipado infierno en la tierra" (Lizama 14).<sup>15</sup>

A pesar de este ímpetu rebelde, la poética (y la política) de *Piel de leopardo* quedó contenida dentro de un juego de reversos. Por un lado, su apelación poética al dominio del símbolo —la figura de la piel de leopardo— resulta un gesto altamente problemático dentro de una sociedad en que impera "la economía política del signo" (Baudrillard).<sup>16</sup> Se trata de un escenario de libre mercado, de consumo intensificado de marcas e imágenes, donde todo se absorbe en un juego de transacciones y, por tanto, se vuelve intercambiable dentro de una semiosis ilimitada de signos. Los símbolos, en consecuencia, han perdido su trascendencia y se han vuelto parte trivial de la transacción, transformados en *logos* o imágenes de *marketing*. Al apelar poéticamente al ámbito del símbolo, como ocurre con la figura del leopardo en su primera editorial y luego con sus variadas referencias de carga simbolista, la revista santiaguina, hasta cierto punto, agencia una "resistencia residual". Por otro lado, no es menos cierto, sin embargo, el hecho de que su semántica convive, de un modo reflejo, con las imágenes de agresividad y competitividad circulantes en la cultura de mercado del Chile de inicios del noventa. En este escenario, como lo apunta Moulián, se había "cultivado un cuidadoso marketing del éxito económico" a partir de "exageraciones semánticas", entre ellas, las de un "Chile jaguar, Chile puma".<sup>17</sup> La lógica del país-imagen, al promover una identidad de impronta masculina, busca realizarse a través de su reverso natural: el jaguar, el puma. Esta iconografía de la nación se erige, en efecto, como una maniobra de mercado. La imagen del "Chile jaguar" o el "Chile puma" remite a la del "tigre asiático", aquella telemática imagen de

# PIEL DE LEOPARDO

REVISTA DE LITERATURA, CRÍTICA Y ARTE



MIGUEL VICUÑA  
Baudelaire

EDUARDO VASALLO  
Ramos Sucre

JESUS A. SEPULVEDA  
Mahfud Massis

JAIME VALDIVIESO  
J. Luis Martínez

FOTOGRAFIA  
C. Bertoni

GUILLERMO VALENZUELA  
E. Lihn

Nº  
1

SEPTIEMBRE 92

los países del sudeste asiático que se insertaron en el nuevo orden económico transnacional y global.

De un modo espectacular, y espectacular, la figura del jaguar adquirió protagonismo en las pantallas de la televisión chilena en el curso de los ochenta, publicitando la imagen de una economía inserta exitosamente en el mercado global. En el Chile post-dictatorial, esta fauna del "libre mercado" se vuelve a reiterar, aunque esta vez en el marco de una compensatoria trama de civilidad, orden y estabilidad democrática. En este contexto, la identidad simbólica de *Piel de leopardo* se vuelve ostensiblemente problemática, en la medida que se halla contenida dentro de un juego especular de similitud y reverso con respecto a la lógica económica agresiva, competitiva y masculina producida por la propia semiótica del mercado hegemónico.

Ahora bien, si se analiza la iconología de la revista, se puede advertir que la mayoría de sus portadas y contraportadas se tramaron en torno a cuerpos de mujeres, "objetualizados" por la cámara fotográfica y el diseño gráfico, e inscritas de un modo suplementario sobre la superficie de *Piel de leopardo*.<sup>18</sup> El primer número materializa esta retórica visual de género a partir de una portada tramada en blanco y negro, con un cuerpo de mujer que se expande sobre un paisaje boscoso: el cuerpo de la mujer y el cuerpo de la naturaleza, bajo la mediación técnica del diseño, se configuran como abertura(s).<sup>19</sup> De espaldas, sobre un matorral, frente a una gruta que se abre hacia un fondo de bosque y un cielo en color blanco, el cuerpo de la mujer se presenta como otro espacio—también en blanco—que se abre; en una de sus manos, ella sostiene una lámpara dispuesta en forma fállica tanto en relación con la cavidad del paisaje como con la abertura de piernas del cuerpo femenino. Aquello que ilumina—¿el numen fállico de la poesía?—es lo activo; naturaleza y mujer son pasivas.<sup>20</sup>

Coherentemente, lo que prevaletó en el despliegue visual de la revista a lo largo del tiempo fue una heterosexual fijación masculina por exponer cuerpos femeninos (desnudos, semidesnudos o en exóticos atuendos). Hasta cierto punto, esta impronta patriarcal y masculina, que marcó la mayoría de los números de la revista, se intentó implícitamente desbordar en su cuarto número. Allí, se incluyen ensayos de Malva Marina Vázquez, sobre el travestismo en Sarduy (*Piel* #4, 5-7); de Carolina Ferreira, sobre la escritura de Clarice Lispector (*Piel* #4, 8-9); de Jaime Lizama, sobre cine y erotismo, (*Piel* #4, 13-14), así como un texto creativo de Carmen Berenguer (*Piel* #4, 25) y la traducción de escritos poéticos y autobiográficos de Sylvia Plath (*Piel* #4, 34-37). La portada de este número consiste en la figura de un muchacho expuesto en un desnudo de medio cuerpo (cabeza, rostro, pecho y brazos). Se trata, curiosamente, de una fotografía sobreaturada, de altos contrastes que se generan a partir de las variaciones e intensidades del color negro. El texto visual juega así con la retórica del maquillaje (¿homo?, ¿travesti?, ¿femenino?) sobre un cuerpo masculino. Esto, sin duda, fue un significativo giro dentro de la trayectoria de la revista, aun cuando no constituyó un desarreglo de su encuadre simbólico y editorial visto de modo más global.

## ¿VENTA MARGINAL DE LA DIFERENCIA?

Si ahondamos aún más en la figura del leopardo, veremos que también funciona en otra red de significación asociada, ahora sí directamente, con el mercado: su valor de mercancía. Esto es lo que se pone en evidencia en la conclusión de la ya citada columna editorial del primer número de *Piel de leopardo*: "La bella piel de dicho animal ha sido siempre muy estimada, lo mismo por la dama elegante que por el rey zulú". La bella piel del leopardo establece una relación metonímica con el estatus de la propia revista, en el sentido de la valoración de su exótica diferencia dentro del mercado. Por ella, al revisar sus diferentes números, resulta sugerente poner atención, en un plano visual, a las portadas y las contraportadas. En el primer número, el previamente comentado cuerpo femenino yace caído en un pastizal, sosteniendo en la mano una lámpara y desplegándose sobre un espacio fronterizo entre el bosque y quienes miran la revista. En el segundo, una réplica de la piel amarilla del leopardo, con roseanes negros, constituye la superficie misma de la contraportada. En el cuarto, vemos al ya referido joven de torso desnudo, de imagen ligeramente *queer*, transfigurado a partir de los efectos de una fotografía sobreaturada; mientras que una mujer en atuendos típicos de baile aparece en la portada del número cinco.

Así, la revista santiaguina parece operar a la manera de "la bella piel" del leopardo, oscilante entre el valor estético y económico de sus (des)pliegues exóticos. A la manera de los modernistas hispanoamericanos, *Piel de leopardo* juega con la cotización estética y mercantil de lo raro; en este caso, de lo salvaje (el animal del Asia y el África). Su rareza reitera una voluntad de intervenir en el circuito ciudadano —la escena de la segunda modernización en el Gran Santiago— a partir de la diferencia de lo poético, tanto en su calidad de género literario (la poesía), de figura (el poeta), de mirada (la actitud rebelde y vitalista) como de lenguaje (simbólico y metafórico).

La cuestión poética constituiría el eje ordenador de sus diferentes números. En primer lugar, esto se refleja en el privilegiado estatus que se le otorga al género poético dentro de la revista. A través de su sección "Poesía", se publican textos de varios poetas chilenos contemporáneos. Por una parte, se dan a conocer las colaboraciones de una serie de autores de la promoción poética emergida en la segunda mitad de los ochenta y hacia fines de la misma década: Isabel Larrain, Álvaro Lelva y Alexis Figueroa en el primer número (10-11); Víctor Hugo Díaz en el segundo (15); Egor Mardones en el tercero (13); Eduardo Vasallo y Luis Correa Díaz en el cuarto (18-19); y, finalmente, Felipe Moya, Sergio Parra, Marta Román, Gloria Salas, Jesús Sepúlveda y Guillermo Valenzuela en el quinto (20-25). En *Piel de leopardo* #4, su columna editorial justifica este protagonismo de la poesía en sus páginas centrales en términos bastante elocuentes:

Pretendamos, en esta edición, hacer un mentís a aquellos que fagocitan —autores y lectores— del boom novelístico en boga: pequeñas copias o reflejos de ese otro invento comercial que se fraguó en la década del

60 a costa de una delirante adhesión política. En efecto, frente a esta sobreabundancia "balzaciana" queremos resituar el discurso poético mediante una sugerente muestra de textos chilenos. No es que no nos guste la novela; se trata de tomar riesgos y de hacer apuestas disensuales. (*Piel* #4, 3)

De esta manera, esta opción por la poesía intenta constituirse en una toma de posición frente al mercado literario de la transición, cuyos espacios fueron capados por el denominado fenómeno de "la nueva narrativa chilena". Este deseo de reinstalar la poesía en el espacio literario chileno de los noventa, como propósito expreso de *Piel de leopardo*, no sólo se relaciona con la referida inclusión de textos poéticos sino también con la puesta en circulación de un discurso crítico en torno al género poético. Subsecuentemente, todos los ensayos anunciados en la portada del primer número abordan el aporte de diferentes poetas: Charles Baudelaire, José Antonio Ramos Sucre, Mahfud Massis, Juan Luis Martínez y Enrique Lihn. En el segundo número, aparecen ensayos sobre los registros poéticos de Alvaro Mutis y Rodrigo Lira. Otro aspecto significativo en el curso de la revista es su constante incorporación de reseñas críticas a libros de poetas del período. Por ejemplo, se publicarían comentarios sobre libros de poesía de Jesús Sepúlveda, Carlos Decap y Bruno Vidal (*Piel* #1); Tomás Harris, Juan Pablo del Río y Elvira Hernández (*Piel* #2); Marina Arrate y Eugenio Dávalos (*Piel* #3); y, Sergio Parra (*Piel* #4).

Asimismo, la revista desarrollaría variadas estrategias con el propósito de incorporar a los poetas en su proyecto. Es así que, en el segundo número, reconocidos poetas chilenos de los ochenta contribuyen vía otros formatos o géneros, como ocurre con Claudio Bertoni a través de la fotografía y Tomás Harris con un ensayo sobre cine. En este mismo número, se incluye una entrevista a Nicanor Parra. El cuarto número dedicaría algunas páginas a Sylvia Plath en traducción. En el quinto, se publica una conversación con Gonzalo Rojas y otra con Gonzalo Millán, así como un dossier con cartas y poemas inéditos de Carlos, Pablo y Winnet de Rokha.

Lo poético ofrece, por tanto, la posibilidad de imaginar un espacio diferenciado respecto del mercado de "la nueva narrativa chilena". En este marco, la revista le otorgó una protagónica presencia a la producción de poetas emergentes y periféricos. Junto a ello, abrió sus páginas a aquellos registros narrativos que sus editores consideraban "apuestas disensuales" dentro de la tradición literaria contemporánea. A este respecto, se incluirían textos críticos sobre Mauricio Wacquez, Severo Sarduy, Clarice Lispector y Pier Paolo Pasolini, es decir, referencias menos habituales en la cartografía dominante de la crítica y el consumo literario en el Chile del período.<sup>21</sup>

Sin duda que el antecedente de *Piel de leopardo* es la revista de poesía y crítica *Número quebrado* que, bajo la dirección de Miguel Vicuña Navarro, se publicó en Santiago en dos ocasiones (septiembre-diciembre de 1988 y diciembre de 1988). Una primera asociación que se podría establecer entre ambas es aquella del formato: el tamaño tabloide, con portadas y contraportadas de cuidado tramado gráfico y visual.<sup>22</sup> El formato

de ambas revistas develaría una cierta voluntad de ocupar y producir espacio dentro del tráfico cultural ciudadano. Otra semejanza significativa es la mixtura que se establece entre la poesía y la reflexión crítica sobre la misma, en convivencia con las artes visuales (fotografía y plástica) y la filosofía, situando a la escritura poética dentro de un híbrido cruce de géneros y disciplinas. *Piel de leopardo* también seguirá este modelo, como lo confirma su constante incorporación de trabajos fotográficos y de ensayos sobre cine, plástica y cultura urbana, junto a textos poéticos y a una diferenciada aproximación al ámbito de la narrativa.

Vale la pena señalar el hecho de que la revista *Número quebrado* se constituyó a partir de un haz de cursos poéticos, estéticos y críticos marcados por un perfil elaboradamente conceptual y filosófico.<sup>23</sup> En sus páginas, se publicaron principalmente poetas, críticos y artistas provenientes de las promociones literarias emergidas en los sesenta y en el decenio inmediatamente posterior al Golpe de 1973. Entre ellos: Waldo Rojas, Juan Luis Martínez, Rodrigo Lira y Gonzalo Muñoz en poesía; Gonzalo Díaz y Carlos Altamirano en plástica; Federico Schopf, Carmen Foxley y Nelly Richard en crítica.<sup>24</sup> *Piel de leopardo* reiteró varios de estos nombres, así como otros que ya gozaban de relativo reconocimiento en los circuitos culturales chilenos, construyendo así puentes con autores de promociones literarias y críticas previas.<sup>25</sup> No obstante, por otro lado, incluiría poetas y registros críticos que comenzaban a emerger a inicios del noventa, muchos de los cuales se hallaban en una posición marginal respecto del sistema de referencias y reconocimientos de la literatura, el arte y la crítica en el Chile de la época.

En este contexto, y en congruencia con su identidad simbólica, *Piel de leopardo* adoptó una economía de astuta y agresiva inserción en el mercado cultural del "Chile jaguar". De hecho, la revista se agenció a sí misma como una *micro-empresa* que buscó combinar recursos del ámbito de la economía informal con epistémicos respaldos institucionales. Así, los dos primeros números y el cuarto se editaron básicamente a partir de los recursos económicos personales de los editores, de algunas suscripciones e ingresos por avisaje y, sobre todo, de las donaciones de amigos. De modo excepcional, los otros dos números se editarán con el respaldo de los debutantes fondos estatales para la literatura, las artes y la cultura en Chile: el tercero, gracias al apoyo del "Fondo de Apoyo a Iniciativas Culturales" y, el quinto, con el aporte del "Fondo de Desarrollo de la Cultura y las Artes".

Entre 1964 y 1970, según Soledad Bianchi, las revistas literarias chilenas "aparecen gracias al patrocinio de las universidades donde estudian los poetas", instituciones que son "un reflejo del 'Estado proveedor' (o 'Estado-providencia') que existió en Chile entre 1938 y 1973 aproximadamente" (258).<sup>26</sup> Luego, en el período del régimen militar, se puede sostener a *grosso modo* que las publicaciones de este tipo fueron gestionadas en base a recursos personales y campañas solidarias dentro de los círculos de la oposición democrática en el interior y en el exterior del país.

En el escenario del primer gobierno democrático y el reinado del "libre mercado", *Piel de leopardo* expresa una modalidad híbrida de gestión y financiamiento.

Más aún, haciendo gala de un espíritu "competitivo", sus editores exploraron variadas formas de distribución, desde la venta persona a persona hasta la comercialización en librerías y en algunos quioscos de revistas y periódicos dentro del Gran Santiago. En este sentido, en tiempos de "salvaje" mercado, los editores de *Piel de leopardo* se las ingeniaron para sobrevivir en concordancia con la articulación ambivalentemente utópica y mercantil de su identidad simbólica. Este perfil de la revista ya se insinuó en el primer número, al invocar, en su columna editorial, a un leopardo "más astuta, más ágil y más atrevido que el león o el tigre" y, por ende, con "ventajas para sobrevivir donde estos grandes parientes suyos van retrocediendo ante la civilización."

En suma, la revista se constituyó en una apuesta de creatividad poética, sociabilidad y economía a la vez. Se trataba entonces de un modo de habitar la ciudad

de la transición chilena, inscribiendo así, en medio de un "bosque" de malls, pantallas y marcas comerciales, el deseo utópico de una ciudad poética. Se imaginó una revista, y también, con ella, una ciudad, como un espacio propicio para ritualizar tráficos formales e informales, canónicos y no canónicos, de signos, bienes y sentidos (nombres, títulos, poemas, ensayos, fotografías, dineros, amistades, contactos, redes). En dicho proceso, *Piel de leopardo*, al articular su rebeldía de modo icónico—el felino indomable—reiteró, sin embargo, una voluntad patriarcal, hegemónica, acaso el reverso "ridículo y sublime" de la agresiva fauna—el Chile jaguar, el Chile puma—en que se constituyó la civilizatoria escena de la neo-modernización en democracia.

Luis E. Cárcamo-Huechante  
Universidad de Harvard

(NOTAS)

1. Véase Charles Baudelaire, *Les fleurs du mal* (Paris: Editions Gallimard, 1996), pág. 126.
2. Esta revista se ha transformado en una publicación de cultura y política en internet. Su primer número virtual apareció en mayo-julio del 2000. A cargo de Jorge Lagos Nilsson, se publica en <http://www.pieldeleopardo.com>. Esta versión de *Piel de leopardo* es de cualquier forma, una revista radicalmente diferente y que, por lo mismo, no es de mi interés considerar para los efectos del presente ensayo.
3. Sobre la transición democrática chilena, y para tener en consideración divergentes enfoques, véase Manuel Antonio Garretón, *Hacia una nueva era política: estudio de las democratizaciones* (Fondo de Cultura Económica, 1995), págs. 103-132; Tomás Moulián, *Chile actual: anatomía de un mito* (Santiago: LOM Ediciones, 1997), págs. 31-79.
4. La noción de neo-modernización es usada aquí como sinónimo de segunda modernización en el contexto de la historia económica, política y social del país. Recordérase que la primera modernización se suele situar entre fines del siglo diecinueve y las primeras décadas del siglo veinte. Al respecto, se puede consultar el estudio de Cecilia Montero: *La revolución empresarial chilena* (Santiago: Dolmen Ediciones CIEPLAN, 1997).
5. En *Nueva narrativa chilena*, libro editado por Carlos Olivares (Santiago: LOM Ediciones, 1997), se reúnen varios ensayos sobre este fenómeno. Por su alcance más global, resultan útiles los artículos de Soledad Bianchi, "De qué hablamos cuando decimos nueva narrativa chilena" (29-34); Alberio Fuguet, "21 notas sobre la nueva narrativa" (119-122); y Carlos Orellana Riera, "[Nueva narrativa o narrativa chilena actual]" (43-51).
6. Sobre este proceso histórico, véase Moulián, op. cit.
7. De una u otra manera, también circulan alrededor del ambiente de la revista otros poetas emergentes de fines de los ochenta e inicios del noventa, tales como Víctor Hugo Díaz (1961), Sergio Parra (1964) y Eduardo Vassallo (1963). Díaz contribuyó al segundo número con una selección de poemas de su autoría (*Piel* #2, 15); Parra aportaría al primer número con un ensayo sobre John Ashbery (*Piel* #1, 2) y al quinto con algunos textos poéticos suyos (*Piel* #5, 21); Vassallo aportaría al primer número con un ensayo sobre José Antonio Ramos Sucre (*Piel* #1, 3); al tercero con uno sobre T.S. Eliot (*Piel* #3, 5) y al cuarto con sus propios poemas (*Piel* #4, 18). No se puede dejar de llamar la atención sobre la presencia de Alexis Figueroa (1956) en el equipo editorial, ya que éste era quizás, en aquel entonces, el autor de mayor proyección internacional en el grupo. Con su libro *Virgen del sol sin cobert* (1985) había obtenido el Premio Casa de las Américas de 1986. Proveniente de la ciudad de Concepción, su relación con *Piel de leopardo* sería más bien episódica, relacionada con su estrecha amistad con Sepúlveda y su residencia temporal en Santiago; publicó algunos poemas inéditos en el primer número de la revista (*Piel* #1, 11).
8. Jesús Sepúlveda (1967) había publicado ya dos libros de poesía: *Lugar de origen* (Santiago: Ediciones Hecatombe, 1987) y *Remos del príncipe caído* (Santiago: Ediciones Documentas, 1991); a su vez, Guillermo Valenzuela (1961) tenía a su haber un libro de poesía: *Fabla gráfica* (Santiago: Ediciones de la Hecatombe, 1987). Dentro del grupo asociado con *Piel de leopardo*, Valenzuela es, a mi juicio, quien ha logrado mayor resonancia en la crítica en Chile y en América Latina en general. Esto amerita, por cierto, otro estudio, centrado no sólo en evaluar críticamente la producción poética de los autores involucrados directamente en esta revista sino que debía incluir a otros poetas del periodo, y de similar calidad, tales como Víctor Hugo Díaz, Sergio Parra y Malú Uribeola.
9. Los libros publicados a la fecha por Jaime Lizama eran: en poesía, *Llama salida de la muerte* (Santiago: Analogía Ediciones, 1985), en ensayo, *La ciudad, un cuerpo de otros* (Santiago: Venus Negra, 1990) y *Los nuevos espacios de la política* (Santiago: Ediciones Documentas, 1991).
10. Véase Charles Baudelaire, op. cit., pág. 126.
11. Mahfud Massis: poeta chileno (1916-1990). Véase Jesús Sepúlveda, "Mahfud Massis o la entree de un soñador" (*Piel* #1, págs. 4-5).
12. Hago alusión aquí una vez más a los términos usados por Sepúlveda en su ensayo sobre Mahfud Massis (*Piel* #1, 5).
13. Véase Guillermo Valenzuela, "Cansad de lo visto, memoria de lo vivido" (*Piel* #1, 7).
14. En relación con esta sensibilidad post de los poetas emergidos a fines de los ochenta en Chile, véase mis propias elaboraciones en *Ciudad poética post: diez poetas jóvenes chilenos*, con compilación y comentarios de Oscar Galindo y Luis Ernesto Cárcamo (Santiago: Fondo de Iniciativas Culturales-Instituto Nacional de la Juventud, 1992).
15. En un sugestivo ramado editorial, el artículo de Lizama es seguido por la contribución de Vicuña Navarro en torno al poema *Los aveces* de Baudelaire.
16. Lo que define esta nueva economía, en los términos de Baudillard, es que "el objeto-signo no está ya dado ni cambiado: está apropiado, detentado y manipulado por los

17. Véase Moulián, op. cit., pág. 97-98.
18. Permítaseme situar mi propio lugar de enunciación en relación con esta aproximación genérico-sexual a *Piel de leopardo*: también compartí, hasta inicios del noventa, esta retórica "naturalizadamente" patriarcal y masculina en el modo de abordar el fenómeno de la poesía y la literatura en general. Creó que, tanto para mí como para Jesús Sepúlveda, el desplazamiento a Estados Unidos en 1995 marcó un giro drástico en términos de enfoques de género.
19. Gonzalo Arqueiros analiza la portada del primer número de modo detallado, aunque sin considerar en ningún momento sus dimensiones de género. Más bien, termina centrándose en "el sujeto que mira para 'verse ver'" es decir, re-assume la mirada (masculinista) sobre aquel objeto—cuerpo, paisaje—que se despliega. Véase Gonzalo Arqueiros, "Como basura en el ojo: nota sobre la portada de *Piel de leopardo* 1" (*Piel* #2, 10-11).
20. En su estudio sobre la teoría romántica de la lírica en el contexto de la tradición poética inglesa, M.H. Abrams saca a relucir el vínculo entre la metafora de la lámpara y lo que él denomina el dominio de "la mente poética" (57-69). Véase M.H. Abrams, *The Mirror and the Lamp: Romantic Theory and the Critical Tradition* (London: Oxford University Press, 1971) [1953].
21. Esto también se reflejará en algunas de las publicaciones de narrativa comentadas a través de reseñas: *Ciudad capital* de Guadalupe Santa Cruz (*Piel* #2, 34); *Desde mejor con un pájaro* de Alejandro Jodorowsky, *El Auditor* de Marcelo Mellado e *Hijo de mi* de Antonio Gil (*Piel* #3, 31, 34-36).
22. *La Revista de crítica cultural*, publicada por primera vez en mayo de 1990, es el otro medio crítico y cultural santiaguino que comparte un formato similar.
23. En su primer número, colabora, por ejemplo, Martín Hopenhayn con un breve ensayo sobre sensación y espacio urbano bajo el título "Triburbe (fragmento, I)" (*Número* #1, 11); Nelly Richard con una aproximación a la propuesta conceptual y plástica de Gonzalo Díaz (*Número* #1, 14-19); Fernando Balcells con un trabajo ensayístico titulado "La escena de avanzada: el cuerpo de la des dicha", teniendo como referencia el arte conceptual practicado por Víctor Hugo Codocedo, Lois Rosenfeld, CADA, Carlos Lepe, Eugenio Dittborn y Carlos Altamirano (*Número* #1, 29-33). En el segundo número, se incluyen, entre otros, una intervención fotográfica y crítica conjunta de Claudia Donoso y Paz Errázuriz (*Número* #2, 47); un ensayo de Hugo Salazar del Alcazar sobre la plástica de Eugenio Dittborn (*Número* #2, 8-9); un nota en torno a las propuestas plásticas de Gonzalo Díaz y Eugenio Dittborn (*Número* #2, 14-15); una conversación de Carlos Ruiz, Miguel Vicuña y Humberto Giannini con el filósofo francés François Laruelle (*Número* #2, 18-23); y un ensayo filosófico de Miguel Vicuña Navarro enfocado en la cuestión de la negatividad (*Número* #2, 32-34). Cabe, por último, apuntar el hecho de que el primer número incluía textos de Enrique Lihn y el segundo de Juan Luis Martínez, instaurando así una voluntad de vincularse a poetas de acentuado perfil crítico, autorreflexivo y conceptual en el escenario literario chileno de fines de los ochenta.
24. Rojas, Millán y Schopf son habitualmente asociados a la promoción de poetas del sesenta, lo mismo que el trabajo crítico del último y el de Carmen Foxley. A su vez, Díaz, Dittborn, Muñoz y Richard se sitúan en la denominada "escena de avanzada" de los ochenta; Martínez y Lira, ligándose a la producción poética de los ochenta, sin embargo, constituyeron registros y posicionamientos más descorridos de las silencias grupales o colectivas del periodo. En relación con estos procesos, véase: Carmen Foxley, *Seis poetas de los sesenta* (Santiago: Editorial Universitaria, 1991); Nelly Richard, *Margins and Insidians* (Melbourne: Ash and Text, 1986); María Eugenia Briso, *Corpos mirados: literatura post-golpe en Chile* (Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1990); y Luis Ernesto Cárcamo, "Poesía chilena: variedad vital" (Suplemento Literatura y Libros, *Diano La Epoca*, 01/04/1990: 1-2).
25. Un buen ejemplo de esta voluntad de *Piel de leopardo* por tender puentes con autores de generaciones previas es la manera en que organizó su dossier especial sobre crítica y literatura en Chile, al invitar a críticos tales como Soledad Bianchi, Eduardo Llanos Melusa, Raquel Olea y Federico Schopf (estos dos últimos habían colaborado en *Número quebrado*). Véase *Piel* #4, 27-32.
26. Véase Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1995)

# crítica sobre MATADERO

Alguien afirmó, en algún lugar de cuyo nombre no queremos acordarnos, que el revés de la trama de la historia literaria son las revistas. En ellas quedan fosilizados los fogonazos deslumbrantes y los traspasos ruidosos. En eso pensamos, hoy, cuando rememoramos el origen, el por qué nace una revista de creación literaria como la nuestra. Fue concebida como un espacio —plataforma aglutinadora, cohesionadora, divulgadora— para nuevas y jóvenes voces en poesía y narrativa y para abrir otros debates en el ámbito literario. Desde Santiago de Chile, buscábamos ¿buscamos? reflejar "qué se escribía o escribía" ahora en América Latina, ante el notorio proceso de democratización que vivían casi todos los países de la región. En este sentido, el surgimiento de la revista comulgaba con el deseo y la necesidad presente en Chile y otros países, de hacer una serie de ajustes con la memoria, divulgando textos que contribuyeran a recuperar la identidad y a entregar la visión literaria de la historia reciente de la región. En ese entonces hablábamos de que la literatura también había sufrido la "fractura" y el "desaparecimiento". Con la publicación de *Matadero* (entre amigos, autogestionado, autofinanciado) quisimos incentivar a los escritores nacionales y latinoamericanos, principalmente a jóvenes que escriben tanto poesía y narrativa, como ensayos y entrevistas. Queríamos por sobre todo recuperar el imaginario del concepto de "matadero", que está en el barrio, en las micros, o sea recuperar ciertas tradiciones y en tal sentido buscamos una mancomunidad entre los escritores y los artistas plásticos, fenómeno que se daba en las décadas de los 50 o 60 (en esa época los portados de los libros eran hechas

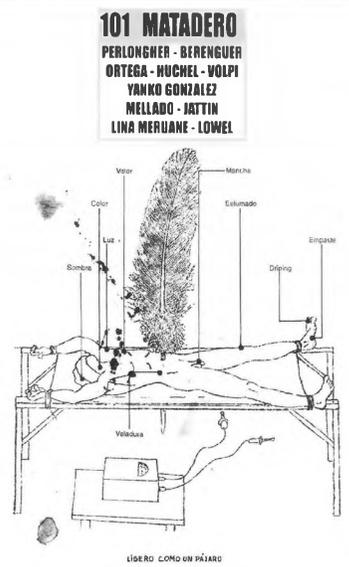
por artistas que se imbuían del trabajo literario). O sea nuestro deseo era también recuperar las portadas. Por eso concebimos las portadas como un trabajo visual unido con un letrero móvil que semejava al letrero de una micro donde los nombres de los escritores eran el recorrido literario o de lecturas que debía recorrer el lector. Erán las lecturas que nosotros queríamos dar a conocer, recuperando escrituras que estaban ausentes en nuestro espacio literario. Sentíamos un déficit, veíamos que no habían revistas que nos entregaran o representaran lo que realmente queríamos leer (¿la añoranza de una divulgación bien hecha?). No había ningún contacto; no teníamos noticia de qué se escribía en otros países latinoamericanos. La revista pretendía reivindicar la palabra impresa, y al mismo tiempo hacer uso de la "ideología" del internet, en tanto que se proponía mostrar la realidad a través de muchas y diversas ventanas y agilizar la comunicación en la globalización de un mundo cada vez más interconectado.

Entonces, *Matadero* fue compromiso con la literatura, como la sentíamos o deseábamos nosotros; con la escritura fue homenaje (de ahí la sección de fotografía con un escritor o lector invitado) y rescate: por eso la proposición de *¿Dónde está?* impregnando a la reedición de obras inencontrables o desaparecidas.

Por último, queríamos representar el mejor espejo de lo que es la literatura viva, cuando las pautas de lectura se están fabricando, a la vista del lector.

MILTON AGUILAR y SERGIO PARRA  
(EDITORES, MATADERO)

## ¿dónde está?



# Esa extraña pasión nuestra por huir de la crítica

Hace algunas semanas, Nelly Richard me invitó a opinar acerca del significado del proyecto editorial que dirijo en función del lugar que asignamos a la crítica dentro del debate de ideas. Explicar, explicarse es en este instante difícil -más aun cuando se trata de una revista que hacemos entre varios y de cuya lectura cada uno espera seguramente algo distinto-, pero no resulta vano intentarlo. A veces pienso que *Extremocidente* comenzó por su fin, que cuenta con la desdicha propia de todas aquellas cosas que partieron muriendo. A veces pienso que eso nos eximió de la obligación de tener una causa, que aventados por un común y maldito designio de la lengua, como siempre sucede, no contamos desde el principio más que con un inventario de términos imprecisos para designar una cosa intangible y que, conscientes de eso, tomamos el camino de hacer una revista sobre lo que hubiera a mano, una revista-collage, una revista-góndola, una revista-bazar. Un amigo habló incluso alguna vez de *emporio*. Una revista emporio, cuyo estilo, por otra parte, fue una particular falta de estilo: apilar, mezclar, atiborrar. De este modo la idea de un guisado hecho con los rejuntes y sobras de una velada hermenéutica anterior terminó pareciéndose más a lo que hicimos, que la idea de una revista objeto o una revista de edición. El estilo de esta *falta de estilo* se convirtió así en una edición de lo no editado. *Extremo* devino una revista para el "espectador distraído", una revista para esa mirada en la que Benjamin entrevió un siglo atrás la interrupción de un modo burgués de percibir. No nos resultó ni difícil intuir que en Chile por lo general no se lee ni fácil confeccionar un proyecto que estuviese a esa altura, pero sabemos, como dice Deleuze, que cualquier escrito que reclame hoy para sí una concentración singular, una atención especial, corresponde a otra época y condensa definitivamente a ese escrito. Hicimos por eso una revista de ojeo, una revista que liberó a los pocos críticos que tuvimos de la labor de leerlos y a la que el mismo director de publicaciones del Arcis (a río revuelto, ganancia de trepadores) no tardó en gratificar excluyéndola muy pronto de todo financiamiento. Nos fuimos, somos más libres que antes.

Pero eso no nos vuelve más críticos ni responde a la pregunta de Richard respecto de nuestra relación con ese problema, probablemente porque *Extremocidente* no tiene ese problema. No es una revista de crítica. Llegamos tarde a esa palabra o llegamos, al menos, en un momento en el que ésta había perdido buena parte de sus usos incisivos.

Uniformada por la jerga de un humanismo conciliador y un mercado que logró por fin fijar un sentido insobornable a su voracidad, la crítica se convirtió en una palabra-perilla, de modo tal que nuestra dificultad para ejercerla no puede desconsiderar su sencillez para ofrecerse. Ya no existen ni textos ni enunciados ni personas que no sean críticos. Así, a la crítica se está hoy engrillado o expuesto, encerrado en la ausencia de todo refugio; se trata de una dislocación, pero una a la que se permanece amarrado, pues en el esfuerzo por salir de ella lo único que se revela es nuestra común condena a ella. La historia de la crítica ha devenido de esta manera un agente de poder o una máquina de intimidación dentro de la producción ensayística, por lo que el asunto no es tanto cómo ejercerla, sino cómo huir de su impulso, que nos traspasa.

Si no es fácil consumir esta huida, huir de este impulso, entonces la urgencia no estriba tanto en establecer la relación de nuestra revista con el lugar de la crítica, sino en explicar qué es lo que realmente entendemos por esta palabra y en qué sentido ha llegado a degradarse. A mí particularmente siempre me interesó la idea benjaminiana según la cual el objeto de la crítica era develar el contenido objetivo histórico de cualquier obra o discurso como un destino de caducidad. La crítica nació para mostrar el rostro moribundo de las cosas como su precondición, un fulgor ruinoso de la obra por medio del cual se anuncia su inestabilidad e inquietud. Una amenaza de quiebre o interrupción que recae sobre el programa de estabilización de un discurso y que, por lo mismo, permanece asociada a una anterioridad de la cosa respecto del objeto -los objetos no existen; son modos que tienen las cosas de fingirse inmortales- y al carácter destructivo. La crítica es de este modo la revelación del objeto cultural como "cosa moribunda" (el objeto cultural sólo como ruina perdura) y la interrupción de cualquier conciencia que se anticipe a declarar como supuesta la existencia de la historia o el mundo. Un pasaje efímero que despierta en el seno de las cosas pasiones contrapuestas.

De manera que si el actual estado de la crítica está marcado según mi parecer por un fracaso -el de su propia disponibilidad-, éste se debe precisamente a una doble traición respecto de aquella misión que Benjamin le confería: la crítica, por un lado, ha abandonado hace ya tiempo su lectura del objeto cultural como ruina o entequeia mortuoria, mientras que, por otro, ha distraído su papel en el carácter destructivo entregándose de lleno a

un programa cultural de reificación. Respecto del primer punto, podría decirse que la pregunta por la cosa que se presenta con anterioridad al objeto ha sido sustituida por la custodia del objeto cultural como pieza sacra de un comercio semiológico conservador y estetizante. Se pasa así del pensamiento de la cosa a la operación cultural. Desechada de su propia era histórica, el objeto se hace ruina, pero en lugar de interrogar esas ruinas, la crítica fetichiza las cosas. Ya no hay ruinas; ahora hay bienes culturales que circulan como golosinas sedadas al interior del espacio académico. La emergencia de los estudios culturales -en Inglaterra primero, en EECU después y después en América Latina- comporta el mejor ejemplo de esta nueva alianza entre la alicaída lengua de la hermenéutica cultural y los actuales índices de inteligibilidad impuestos por la informática del aparato universitario. A cambio de que en la vida pública no ocurra nada, la academia nos ofrece el pobre consuelo de una crítica de claustro.

La segunda traición no me parece más que una extensión de la primera; separada de la tarea de explorar en el reino olvidado de las cosas el mecanismo ciego de la producción histórica, la crítica se vuelve ella misma vigía de la referencialidad simbólica. Se torna experta en la defensa de la representación de todo; el truco de la eliminación, como escribe Lem, es el reflejo defensivo de su experticia. Ahora la crítica es "natural". O mejor, vivimos, como decíamos antes, en un tiempo en el que es natural ejercer la crítica. Pero esto no fue siempre así. Ya cuando en la línea de la duda cartesiana Husserl situó la suspensión (o epojé), lo hizo precisamente contra esta naturalidad, esto es, contra esa consciencia de la que disponemos cuando ejercemos nuestra capacidad innata de no interrogar la existencia del mundo que nos rodea. Lo que define esta actitud es nuestro estar vueltos hacia los objetos como si estos realmente existieran. La actitud natural, escribió Husserl, adolece de una absoluta falta de crítica, pues extraviada en el mercado de las cosas, vuelta hacia ellas como si realmente existiesen, desatiende la pregunta acerca del valor de verdad que tienen los objetos que a ella se le presentan. La epojé es en tal sentido una retención o suspensión de todo juicio que se anticipe a declarar la existencia de la situación tal como se le presenta. El método del fenomenólogo pasa en cierta medida por el carácter destructivo. Destruir es despejar del mundo la narratividad histórica que busca naturalizar la impropiedad del hombre respecto de sus cosas, rastrear el síntoma

### Dossier: Escritura y Subversión

Arte y Política.  
Conversación con  
Francisco Brugnoli y Virginia Errázuriz  
Noticias de Jabés y Agamben  
Sobre Tulinck en Chile  
Documenta  
Neoliberalismo y pobreza.  
Entrevista con Robert Castel  
Parlongher sobre Paris  
W. G. Sebald

Palcofronteras / Narrativas  
Poética / Ciencias Sociales / Cine / TV / Reseñas  
Novedades / Artículos

UNIVERSIDAD  
ARCIS

de lo expropiado en lo que en la contemporaneidad de la consciencia se presenta como si así hubiese sido siempre. En su célebre ensayo acerca de la destrucción, Benjamin escribió: "el carácter destructivo sólo conoce una consigna, hacer sitio, sólo una actividad, despejar". Asignaba con esto a la crítica el papel de un pequeño golpe, un golpe similar al del taco de billar en la cabeza distraída del espectador de cine. Ese carácter de la destrucción nada odia, por otra parte, pues "su necesidad de aire fresco y espacio libre es más fuerte que todo rencor". El carácter destructivo no odia, se limita al deseo de poner por fin la historia ante su propio cielo despejado, por lo que el odio quedará siempre ligado precisamente al carácter reificante. No hay, por lo tanto, dos destrucciones; la verdadera, la única destrucción se erige siempre contra la gran arquitectura simbólica de la historia. Al igual que el lenguaje, la única historia que el carácter destructivo puede contar es la de su propia imposibilidad para detenerse en una totalidad simbólica. La izquierda no tiene cobijo, solo crítica; el fascismo o el conformismo nada destruyen, solo estetizan.

Intensificada a partir de los años 80 y progresivamente transformada en un objeto de consumo masivo, ha sido curiosamente la memoria la figura recurrente de esta nueva crítica natural. Arjun Appadurai se vio obligado por eso a separar la con-

Dossier:

## La Memoria Perdida

A treinta años del Golpe

Conversación con Alain Badiou

Cartas de Flaubert

OCTOBER, Crítica y Obsolescencia

Diálogo con Tomás Moulián

Mirtha Rosas

Nicole Brossard

Piglia sobre literatura y complot

Psicoanálisis/ Narrativa/  
Poesía/ Sociología/ Reseñas/  
Novedades/ Anticipos/ Género



mercantilización de la memoria en el mercado de la cultura, la "memoria imaginada", de la "memoria vivida", y Andreas Huyssens bromó alguna vez acerca de la declaración de un Departamento de Estado según la cual "si se seguían manteniendo los niveles actuales de consumo de memoria correríamos el riesgo de quedarnos sin pasado". Son muchos los puntos con los que deberíamos dialogar para situar el problema de la memoria en toda su complejidad, pero, ateniéndonos a la extensión de este escrito, digamos que lo que en el Chile de los últimos años se llamó "memoria" no fue más que una estrategia que, sumida en el uso uniforme de una repetición algo irreflexiva, delegó también en este concepto una extraña misión reificante. Con la memoria se barrieron escombros, se levantaron los nuevos edificios de las Organizaciones No Gubernamentales, se sancionaron ensayos que no tardaron en adoptar la forma de decretos, se erigieron fortalezas culturales. Habría que aclarar, sin embargo, una vez más, que si Benjamin se interesó alguna vez por esta palabra fue justamente en virtud de su relación con el carácter de la destrucción. Incluso podría decirse que si hay un tema que recorre su obra es el de la memoria destructiva, pero la memoria destructiva no es una memoria que busque reponer algo que fue olvidado, un hecho originario reprimido que debe

retornar, sino el modo mismo del pensamiento como dislocación de la historia en tanto que historia de un modo burgués de percibir, un modo fundado en la reificación, la acumulación o el progreso. La memoria no es una relación al pasado, en absoluto, sino el punto de dislocación por medio del cual se agita el carácter destructivo.

De un modo similar obró Heidegger cuando nombró el modo metafísico de estar en el mundo, o bien la esencia misma de la metafísica, con la palabra "olvido". La historia de la metafísica es la historia del "olvido del ser". Pero ese olvido, tal como nos recuerda Tatián, no debe entenderse jamás como opuesto a un recordar el ser que pudiéramos aferrar. El recuerdo o la memoria nada reconstruyen; son simplemente el revés sin sustancia de toda operación representacional. Son, en otras palabras, el impresentable mismo. Por eso el *andenken* o la memoria es el pensamiento mismo que piensa siempre su situación como diferida o inconsumada, como constitutivamente no presente. La destrucción no es la presentación del impresentable; por el contrario, a la destrucción la anima lo que en ella no se presenta. Así, el sentido de la memoria (del *andenken*) no es la presentificación del pasado bajo la inscripción de lo acontecido, no es la restitución de la historia a lo que en ella estaba reprimido, sino la destrucción misma como eventualización de la simbolización. La destrucción es una lucha contra la representación, una lucha contra el olvido máximo del ser en la revelación del ente como cálculo, pero precisamente por eso la destrucción habita en el seno de una tarea incumplida. Y es esta tarea incumplida la que como crítica la impulsa a eventualizar las formas simbólicas de presentación de la historia. El día que la crítica se volcó a la interpretación del objeto, ese día olvidó que la estructura de la interpretación ya era ella misma un símbolo histórico erigido contra la destrucción.

Ahora bien, si no me parece del todo abstracto hacer este breve recorrido acerca del lugar de la crítica, no es sólo porque siento que *Extremoccidente* está en falta respecto de su ejercicio (eso ya lo explicamos), sino más precisamente por las secuelas que su ejercicio dejó en el Chile de los últimos treinta años. No considero, al respecto, que a la hora de revisar tal historia sea más justo apelar una vez más al acontecimiento del golpe, que al daño que la consciencia crítica chilena fue capaz de inflingirse a sí misma en virtud de la deriva de sus lecturas e interpretaciones, empezando por la de suponerle al golpe una dimensión acontecimental. Estrictamente hablando, el golpe no fue ningún acontecimiento, fue un simulacro, uno que la mayoría de las tareas de desescombros que dieron lugar al debate intelectual que prosiguió no tardaron en denegar, despejando para sí la necesidad de seguir siendo leales al verdadero acontecimiento de Chile: el de la llegada de la Unidad Popular

al poder. Sobre decir que nadie se preguntó jamás ni jamás se disutió por qué la recomposición del campo intelectual de los ochenta decidió asignar a los sucesos del 73 esa condición, como si lo que uno hace o deja de hacer públicamente pudiera ordenar para sí una independencia respecto del orden que proyecta. A pocos años de ocurrido el golpe (que no hubiese pasado de ser un atentado si se lo hubiese leído desde el acontecimiento que lo precedió), se habló de catástrofe, de golpe a la lengua, de quiebre definitivo del aparato representacional moderno. Sin ningún miramiento, se le cedió a una derecha incapaz del más mínimo programa el prospecto de la destrucción y se abandonó de un plumazo el proyecto crítico en el que la izquierda se había embarcado hacia apenas unos pocos años. El acontecimiento de la dignidad de Chile - un acontecimiento, este sí, único en su historia - se había esfumado, entre otras cosas porque nadie volvió a hablar de él. Con las únicas excepciones de la tardíamente reconocida *Batalla de Chile* de Patricio Guzmán y un breve ensayo publicado por Pérez Villalobos hace algunos años en esta misma revista - *Tono y dignidad* -, no se registra un solo libro, un solo artículo, una sola novela, una sola investigación que retomara el acontecimiento de la dignidad. Las claves de lectura acerca de lo que sucedió estuvieron, por lo general, asociadas a un conjunto de abstracciones interminablemente prolifas, mas abstracciones que, sin someter a ningún tipo de revisión crítica la disponibilidad retórica de su propia lengua - la de la filosofía académica, la del boom neocstructuralista, la de la crítica de objeto, la de un deconstructivismo un tanto apresurado, confeccionaron una especie de maqueta tan eficaz como ilusoria, complacida en la mera reproducción de un ensayismo orgánico de la catástrofe.

En ese inconfesado concurso de eficacias, acólito inconsciente de una política reificante por medio de la cual muchos de nosotros estaremos en el futuro, como dice Sebald, en la vanguardia de la reconstrucción, el golpe emergió como un quiebre que requería ahora de una "política de la memoria", no de la fidelidad a aquel proceso que Allende soñó proseguirse en nosotros, para rearmar el desencampado de la nación. Una política que en su autmatismo de repetición, si evocó el recuerdo, no fue más que para liquidarlo. Y fue la casi total falta de interrogación acerca de lo que eso significó realmente lo que vino a mostrar que la nueva intelectualidad chilena había traducido de un modo infinitamente apático la experiencia emocional de la era de su dignidad a un nuevo mecanismo de reconstrucción que, aun emergiendo de la ruina, no fue capaz de dialogar realmente ni con su experiencia ni con su historia. El debut espectacular de ese ensayismo orgánico de la catástrofe, al que de todos modos no tenemos derecho a suponerle ninguna mala intención, se propagó como un reguero de pólvora en el campo de la crítica, conformando, similar a esa verdad que une a los hom-

Dossier:

## A 100 Años de Adorno

Cassigoli, Forster, Galende, Rojas, Sobarzo

Los Nombres Extraviados de la Historia  
Juan Seoane, ex guardia presidencial de Salvador Allende,  
habla sobre La Moneda en llamas

La Norteamericanización del Mundo  
Conversación con Nicolás Casullo y Josefa Ludmer

Crucifixión en el Asilo  
Accelluno, Elit, Lombardo, Steil

Derrida sobre Celan

Déolte: Un mundo sin horizontes

Homenaje a Gonzalo Díaz, Premio  
Nacional de Artes 2003

Escritores: Richard, Oyarzún, Dittborn, Brugnoli, Pérez V.,  
Thayer, Valdés, Langlois, Matthey, Rojas, Machuca.

bres en torno a un secreto familiar vergonzoso, un objeto que terminó por ocultar un momento de Chile del que ya no era posible hacerse cargo. Fue ese el momento en el que el último presidente digno de este país murió esperando lo mismo que fue traicionado, no por el golpe, un accidente rastreo al que supo restarle todo valor el día mismo de la traición, sino por una izquierda a la que, sumida en la inercia de la época, ese navío de incidencias, le resultó más directo confeccionar un decreto de suspensión del carácter destructivo. Lo que perdura por detrás de ese decreto, si es que algo perdura, nos sigue inquietando, pero no estoy tan seguro que en este instante, después de lo dicho, el camino correcto sea más la crítica, que la vuelta de un hecho inmemorial a los turnos de una conversación sin objeto. *Extremo* es una revista armada con pedlazos de voces y bailes de nombres, una revista cualquiera que apenas si intenta exponer la dramática tensión entre la provisoriedad de las cosas y el caos que, escondido en una sentencia inesperada, de vez en cuando las amenaza o cae sobre ellas, invisible, de la copa de un árbol de palabras.

Federico Galende  
Director *Extremoccidente*

# DEBATE

algunas notas sobre

# FEMINISTA

Para Diego Lamas

**"*debate feminista* nace de la necesidad compartida entre varias feministas de disponer de un medio de reflexión y debate, un puente entre el trabajo académico y el político, que contribuya a movilizar la investigación y la teoría feministas, dentro y fuera de las instituciones académicas, y ayude a superar la esterilidad de los estudios aislados del debate político. No compartimos la concepción de las 'mujerólogas' (especialistas en el tema de la mujer, desvinculadas del movimiento feminista) y tampoco aprobamos el antiintelectualismo que tiñe algunas posiciones en el movimiento. *debate feminista* es una toma de posición frente a la fabricación de estudios banales (y su aprovechamiento curricular) y las explosiones de resentimiento a nombre de la Revolución."**

Con este párrafo se abre, en marzo de 1990, el número 1 de *debate feminista*; párrafo que es a la vez declaración de principios y establecimiento de objetivos. Los nuevos aires que *debate feminista* lleva al interior y al exterior del movimiento de mujeres comienzan, sutilmente, con una "pequeña" transgresión ortográfica de una enorme fuerza simbólica: *debate* será siempre *debate*, con minúscula, no por minimizar sino por hacer de lo "menor" punto de crítica y resistencia —como proponían Deleuze y Guattari—, por bajarle el tono grandilocuente al discurso hegemónico; el Partido, la Revolución, las Instituciones, muestran ya, hacia 1990, las grietas del edificio que sostuvo al PRI (Partido Revolucionario Institucional) en el poder durante casi setenta años<sup>2</sup>. A pesar del mal sabor de boca que habían dejado las elecciones de 1988<sup>3</sup>, o quizás por lo mismo, era un buen momento para detenerse a pensar, a crear espacios de reflexión, a tratar de imaginar nuevos caminos para la sociedad mexicana. *debate feminista* se propone, así, desde un principio transformar las "minúsculas", el margen, la transgresión a las expectativas sobre lo que *debía* ser una revista, sobre lo que *debía* ser el feminismo, en espacio generador de inquietudes, de análisis, de incomodidades para cualquier tipo de agenda política (hablo también, por supuesto, de política de género, de política académica, de política militante). No es gratuito que el tema principal de este primer número sea la democracia.

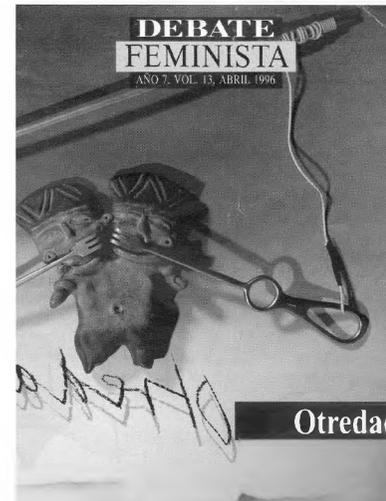
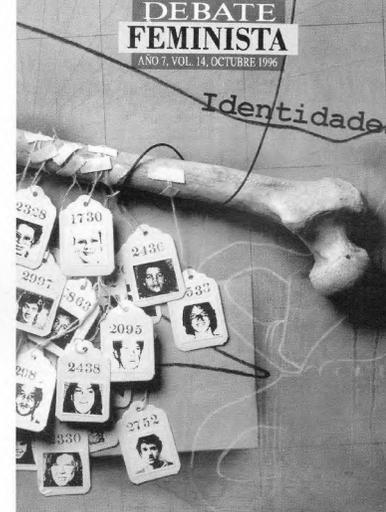
"Nos proponemos analizar los asuntos necesarios para el cambio político y trabajar en la fundamentación de un programa político feminista. Para transformar las condiciones de vida y la práctica política en México, también es

preciso reflexionar y teorizar sobre esas condiciones de vida, sobre esa práctica y sobre el país. (...) Una práctica feminista democrática supone un difícil equilibrio: funcionar sectorialmente (género femenino) y participar en la democratización de la vida nacional."

Nace de este modo, gracias a la inquietud, al compromiso y a la crítica entendida como una de las "bellas artes" que caracteriza a Marta Lamas<sup>4</sup>, uno de los espacios más rigurosos y propositivos del mundo cultural mexicano. Esta aventura intelectual cumple en 2005, quince años de vida. Sin duda, la democratización es ya un proceso imparable, a pesar de violentos vaivenes; sin duda, la secularización y la modernización de la vida nacional han cambiado en muchos aspectos la realidad de 1990; sin duda, el movimiento feminista ha replanteado sus estrategias políticas; y sin duda también *debate feminista* es producto de todo esto, y al mismo tiempo uno de sus motores menos complacientes. En las páginas de *debate* se han discutido temas vinculados a la situación de México y a los conflictos internacionales —del levantamiento zapatista a la guerra de Irak, de los asesinatos en Ciudad Juárez a las leyes de cupo en Europa—; se ha reflexionado sobre conceptos y problemas clave del pensamiento contemporáneo (identidad, alteridad, ciudadanía, empoderamiento, género, cuerpo, racismo, nación, *queer*, escritura, sexualidades, justicia); se han revisado los vínculos entre teoría y praxis, entre producción intelectual y militancia, entre análisis y *realpolitik*; se han deconstruido los supuestos más firmes del pensamiento feminista para revisarlos una y otra vez. La discusión en torno al aborto ha ocupado un sitio importante dentro de la revista.

"Para mí el tema del aborto sigue siendo una línea para medir tanto el activismo de las mujeres como el avance del movimiento. En este sentido, yo creo que si ha habido avances en el tema de la condición femenina y de la situación de las mujeres tiene que ver más con los procesos de modernización de los países, con los procesos de ciudadanía, con cierto tipo de demandas de secularización y de necesidades del propio capital de una fuerza de trabajo más flexible, que con el movimiento como movimiento. En temas como el poder decidir sobre tu cuerpo, no hay avances significativos, y en cambio sí los hay en los temas que le convienen a la derecha, como el tema de la violencia que es una demanda de la que la derecha se ha apropiado."<sup>5</sup>

El mayor logro de *debate feminista*, ha dicho Carlos Monsiváis, colaborador asiduo de la revista, y sin duda su principal



interlocutor en México, "Es, así lo sepan todavía muy pocos, mantener y ampliar los beneficios sociales de una corriente de pensamiento"<sup>6</sup>.

Los análisis coyunturales se articulan, en cada uno de los números, con las reflexiones teóricas que surgen de las principales líneas del debate internacional. En este sentido, cabe señalar la importancia de la labor de divulgación que *debate feminista* ha realizado, dentro del ámbito latinoamericano, de algunos de los más importantes pensadores contemporáneos. Por sus páginas han pasado, en muchos casos con textos traducidos por primera vez a nuestra lengua, Pierre Bourdieu, Pietro Barcellona, Judith Butler, Mary Louise Pratt, Jean Franco, bell hooks, Benedict Anderson, Luisa Muraro, entre muchos otros.

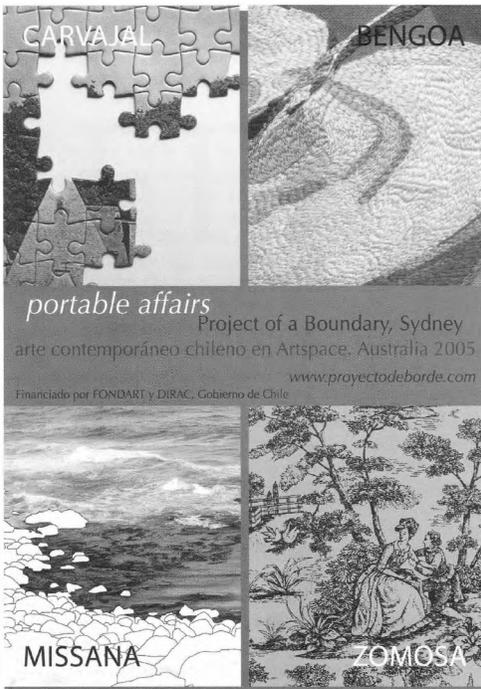
*debate* es como la propia Marta Lamas —alma, motor y sostén de la revista— rigurosa e irreverente, (auto) crítica mordaz, curiosa, cuestionadora y creativa. Junto a ella trabaja, desde hace quince años, un equipo de intelectuales, académicas, militantes y artistas comprometidas con la misma pasión en la elaboración de cada uno de los números de este "ladrillo" feminista, como Marta la llama cariñosamente.<sup>7</sup> Escribió Sara Sefchovich, y muchos suscribimos esta idea, "Si hubiera que llevarse libros a una isla desierta, si hubiera que decir cuál es la referencia intelectual del México finisecular, *debate feminista* sería, sin duda alguna, la elección".<sup>8</sup>

La teoría social, la reflexión política, el psicoanálisis, la filosofía, la literatura, la fotografía, son algunos de los hilos que se van tejendo para armar la densa y sugerente trama de la revista, a partir de una mirada feminista que, como sucede con las mejores tradiciones del pensamiento, ejerce una crítica permanente sobre sí misma, privilegiando los cuestionamientos sobre las certezas, revisando una y otra vez sus presupuestos, imaginando, preguntando, desacralizando, subvirtiendo cualquier espacio de poder desde el poder de las "minúsculas".

SANDRA LORENZANO\*

(Notas)

- Sandra Lorenzano es profesora-investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana (México), autora de *Escrituras de sobrevivencia. Narrativa argentina y dictadura* (UAM-Beatriz Vittori) y directora de la colección de narrativa *Primeros Sueños* coeditada por la Editorial Allegoría y la Universidad del Claustro de San Juan.
- Escribí estos párrafos pocos días después de que la Cámara de Diputados votara, en un gesto embaudo, el desahucio contra el jefe de Gobierno de la Ciudad de México, al perredista Andrés Manuel López Obrador. El viejo dinastario priista parece levantar una vez más la cabeza de la mano de uno de los más corrajes de sus dirigentes, Roberto Madrozo, bajo la tutela de Carlos Salinas de Gortari, y en convenio con el derechista Partido Acción Nacional.
- En 1988 la "caída del sistema" dejó para siempre dudas con respecto a la limpieza del triunfo de Carlos Salinas sobre Cuauhtémoc Cárdenas.
- Marta Lamas milita desde hace más de 30 años en el movimiento feminista; es antropóloga de formación y uno de los referentes indiscutibles sobre el feminismo en el aseno mexicano. Directora de *debate feminista*, fue fundadora también de la revista *Fem* (1976), y del suplemento "Doble jornada" del periódico *La Jornada* (1987); en 1992 fundó y encabezó desde entonces el Grupo de Información en Reproducción Elegida (GIRE).
- Marta Lamas entrevista inédita.
- Silvia Lucbal Gómez, "Juicio al feminismo" (entrevistas), en "Enfatico", suplemento del periódico *Informe*, número 557, 31 de octubre de 2004.
- Forman el comité editorial de *debate feminista*: María Acevedo, Marisa Delavillaugueña, Gabriela Cono, Dora Cardoso, Mery Goldsmith, Lucreia González, Sandra Lorenzano, María Consuelo Mejía, Araceli Mingo, Hortensia Moreno, Cecilia Olivares, Mabel Piccini, María Teresa Priego, Raquel Sauer, Estela Solares y María Luisa Terrés. Los excepcionales portadas de la revista son obra Carlos Aguiar.
- Sara Sefchovich, "Quince años de *debate feminista*", en *Hexes*, núm. 377, México, octubre de 2004.



portable affairs

Project of a Boundary, Sydney  
arte contemporáneo chileno en Artspace, Australia 2005

www.proyectodeborde.com

Financiado por FONDART y DIRAC, Gobierno de Chile

Escuela de Arte  
Pontificia Universidad Católica de Chile

Licenciatura en Arte  
Teléfono: 3545210 - 3545205 - Fax: 3545155

Programa de Educación Continua  
Teléfono: 3545210 - Fax: 3545217

Artes UC  
www.puc.cl/artes/

**ediciones/metales pesados**  
José Miguel de la Barra 460  
Teléfono: 638 75 97  
Mail: mpesados@metalespesados.cl

# MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES



## PROGRAMACIÓN 2º SEMESTRE

LUIS WEINSTEIN BANCO CENTRAL FOTOGRAFIA 21 ST CENTURY DANDY PABLO DOMINGUEZ RAMIRO LLONA ELSA BOLIVAR SEIS ESCULTORAS	(Chile) (Chile) (Bélgica) (Inglaterra) (Chile) (Perú) (Chile) (Chile)	Panamericana 5 Sur / Fotografía Colección Monedas y billetes Caza de lo Natural Arte y diseño Pinturas Tiempos de simbolización / Pinturas Exposición Antológica / Pinturas y dibujos Aura Castro, Francisca Cerda, Patricia del Canto, Cristina Pizarro, Verónica Astaburuaga y Francisca Núñez	Julio - Agosto Agosto Agosto - Septiembre Agosto - Septiembre Agosto - Septiembre Agosto - Noviembre Septiembre - Octubre
REBERVERANCIA CARLOS HERMOSILLA GUILLERMO KUITCA HOMENAJE A LA VEGA F COPELLO - C GIUSTI ARTE EN VIVO CASASEMPERE CIRO BELTRAN CARLOS CAPELAN ROSEMARIE TROCKEL ALEJANDRO REID V BIENAL MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES	(Chile) (Chile) (Argentina) (Chile) (Chile) (Chile) (Chile) (Uruguay) (Alemania) (Chile)	Colectiva Arte sonoro Grabados Pinturas Colectiva Estelar / Instalación Concurso-Taller Librería Nacional Cerámica Pinturas Instalación Fotografía Esculturas	Septiembre - Octubre Septiembre - Octubre Septiembre - Octubre Octubre - Enero 2006 Octubre - Noviembre Octubre - Noviembre Noviembre Noviembre - Enero 2006 Noviembre - Enero 2006 Noviembre - Enero 2006 Diciembre - Marzo 2006 Noviembre - Febrero 2006
	(Chile)		Enero - Marzo 2006



GOBIERNO DE CHILE

www.mnba.cl

Informaciones: tel. 633 4472 / Guías: tel. 638 4060

Tienda - Librería: tel. 633 5806





UNIVERSIDAD  
PEREZ  
ROSALES

## Area Arte y Diseño

Brown Norte 290  
Ñuñoa - Santiago  
Tel. 757 13 03  
www.upr.cl

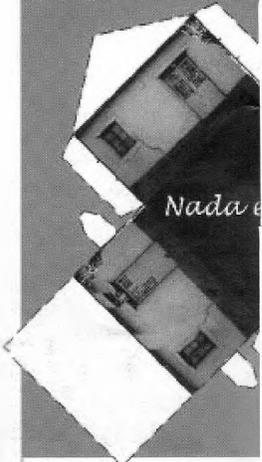
Pablo Núñez Gutiérrez

Director Area Arte y Diseño

14 julio - 20 agosto 2005

Encuentro con el artista, martes 23 agosto, 19.00 hrs.

Galería de Arte | gm  
Gabriela Mistral

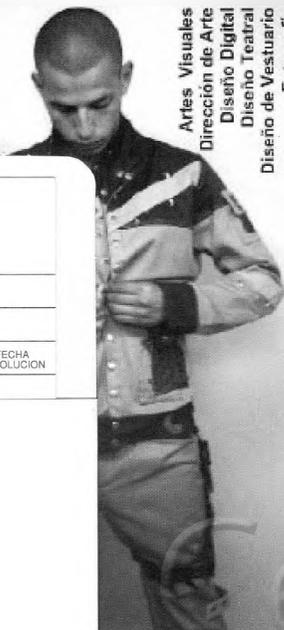


AUTOR		
TITULO		
FECHA PRESTAMO	NOMBRE DEL LECTOR	FECHA DEVOLUCION

## Licenciatura en Arte y Diseño

Artes Visuales  
Dirección de Arte  
Diseño Digital  
Diseño Teatral  
Diseño de Vestuario  
Fotografía

Diseño de Objetos y Ambientes  
Pedagogía en Arte y Diseño  
Pedagogía en Teoría en Historia del Arte y Diseño  
Arte Terapia



ño presenta la Revista:  
Número 7 - año 2005



# es decir

CHILE



ARTE  
DISEÑO  
COMUNICACIÓN

# MAC

Museo de Arte  
Contemporáneo

Facultad de Artes  
UNIVERSIDAD DE CHILE



## ESPACIO QUINTA NORMAL

PROGRAMACION JUNIO - DICIEMBRE 2005

CIVILIZACIÓN Y BARBARIE - ARTE CONTEMPORÁNEO ARGENTINO / GUSTAVO POBLETE / FRANCISCA MONTES / CRISTIÁN NAVARRETE / SELECCIÓN NATURAL / FLUXUS / FRANCISCO SANFUENTES / CARLOS HERMOSILLA / MAKING THE ENEMY - SUIZA / DIBUJOS DE HUNGRÍA / SABYNE BARTHELEMY / XIMENA COUSIÑO / JUAN MEZA-LOPEHANDIA / RODRIGO ZAMORA / ALEJANDRA MUNIZAGA / ALEJANDRA DORADO / DORRIT JACOBY / BIENAL DE VIDEO / ATTITUDES / PATRICIO GONZÁLEZ / HÉCTOR DEL CAMPO

mac@uchile.cl / www.mac.uchile.cl

Matucana 464 Metro Quinta Normal Tel: 681 83 06 - 681 71 16

CeD nCl